



ESTHER DURAND

La fría
Mackenzie
Sutton

LA FRÍA
MACKENZIE
SUTTON

Esther Durand

Derechos de autor © 2025 Esther Durand

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada en un sistema de recuperación o transmitida en cualquier forma o por cualquier medio, electrónico, mecánico, fotocopiado, grabación o de otro tipo, sin el permiso previo y por escrito de la autora.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación de la autora o se utilizan de manera ficticia. Cualquier semejanza con personas reales, vivas o muertas, eventos o lugares reales es pura coincidencia.

Registrada el 01/12/2025

Este libro puede tener escenas que dañen la sensibilidad del lector.

Si decides leer, prioriza tu bienestar emocional.

Índice

[Índice](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Agradecimientos](#)

Capítulo 1

El teléfono no deja de vibrar sobre la mesita de mármol, como si cada notificación fuera un puñetazo directo a la superficie y, de rebote, al centro mismo de su pecho. El zumbido se le mete a Mackenzie Sutton debajo de la piel, se le enreda en las costillas y le sube por la nuca hasta hacer que su propio pulso suene igual que esa alarma rabiosa. Sabe perfectamente lo que significa; millones de desconocidos están devorando su vida privada en ese mismo instante, desgarrando su intimidad con la misma naturalidad con la que uno parte un higo maduro y se lleva el jugo a la boca.

Mackenzie camina descalza por la tarima de roble; el suelo está helado y cada paso le quema los pies como si pisara brasas. Los ventanales del ático, esa pared entera de cristal que siempre había sido su refugio, se ha convertido en un escaparate grotesco. Nueva York la observa desde abajo, la señala, la desnuda sin piedad. Los titulares se suceden en la pantalla: «La heredera intocable se revuelca en la corrupción y el deseo», «Mackenzie Sutton: de los salones del poder a los portales del escándalo», «Fotos íntimas y sobornos disfrazados de amor: el precio de ser una Sutton».

El corazón le golpea tan fuerte contra las costillas que casi espera que alguien desde la calle, cincuenta y siete pisos más abajo, levante la cabeza y lo oiga.

Aprieta los dientes hasta hacerse daño y, por fin, desliza el dedo para desbloquear el móvil. Las imágenes aparecen una tras otra. Su cuerpo desnudo en la penumbra del dormitorio, los labios entreabiertos en un gemido que Nicole inmortalizó con la frialdad de quien fotografía a una presa herida; instantáneas robadas bajo la ducha, sobre las sábanas revueltas, en el sofá de cuero italiano donde ella había creído, ingenuamente, que el amor era territorio seguro. Y después están los chats trucados, frases que jamás escribió, promesas de contratos millonarios a cambio de noches de pasión. Todo falso. Una condena que podría enterrarla para siempre.

—Maldita seas, Nicole... —susurra, y el nombre le quema en la garganta—. Maldita seas una y mil veces.

El teléfono vuelve a sonar, ahora con la melodía estridente que tiene asignada a Emily. Descuelga sin mirar.

—Dime —logra articular Mackenzie, aunque la voz le sale áspera, como si hubiera tragado gravilla.

Al otro lado, la respiración de su asistente es entrecortada, casi histérica.

—Señorita Sutton... —Emily traga saliva con tanta fuerza que se oye perfectamente—, están abajo. Decenas de periodistas. Han bloqueado toda la acera. Los de seguridad del edificio intentan contenerlos, pero hay cámaras por todas partes ... uno ha intentado colarse por el garaje subterráneo. ¿Quiere que llame a la policía? ¿O prefiere que baje yo y...?

—No —la corta Mackenzie, cerrando los ojos con tanta fuerza que ve destellos blancos—. No hagas nada todavía. Mantén la calma y, sobre todo, no abras la boca con nadie. Ni una palabra, Emily. ¿Me has entendido?

—Sí, señora —responde la chica con un hilo de voz.

Cuelga.

Mackenzie se acerca al ventanal. La ciudad se extiende bajo un cielo de plomo sucio; los rascacielos parecen lanzas oxidadas que intentan, sin éxito, atravesar las nubes bajas. El Hudson brilla como una lámina de acero sucio. Siempre había adorado esa vista: la geometría perfecta, la sensación de flotar por encima del mundo. Hoy se siente crucificada en una jaula de cristal, expuesta al viento gélido que azota el

edificio y que, de alguna manera imposible, consigue colarse hasta sus pulmones.

Un golpe seco en la puerta principal la arranca del trance. La puerta se abre de par en par y Charles Sutton entra como si el ático ya le perteneciera otra vez. Alto, canoso, con ese porte de quien nunca ha tenido que pedir permiso para nada en la vida. A su espalda aparece Marcus Whitmore, el abogado de la familia desde antes de que ella naciera, erguido, en su impecable traje azul marino, con el maletín de piel de cocodrilo aferrado con fuerza.

Charles ni siquiera la saluda. Sus ojos recorren el salón como si buscaran pruebas incriminatorias.

—Esto es un desastre absoluto —sentencia, cortante, sin rastro de ternura.

Mackenzie se yergue, levanta la barbilla, aunque por dentro tiemble como un cachorrito abandonado.

—Buenas tardes también para ti, padre. Qué detalle que hayas venido en persona.

Charles la atraviesa con la mirada del mismo gris helado que ella heredó.

—No estoy para sarcasmos, Mackenzie. Esto no es una rabieta de adolescente: es un ataque coordinado contra todo lo que he construido durante décadas, contra la empresa que un día será tuya... si es que queda algo que heredar después de que termines de revolcarte en el fango.

El aire se vuelve tan denso que casi se puede cortar. A Mackenzie le arde la cara.

—¿Revolcarme en el fango? —repite en voz baja, pero con un filo peligroso—. Me han robado fotos íntimas, han falsificado conversaciones, me han convertido en un meme pornográfico con supuestos tintes de corrupción... ¿y tú lo reduces todo a que yo me revuelco en el fango?

Charles aparta sus palabras con un gesto desdeñoso de la mano, como quien ahuyenta una mosca molesta.

—Da igual cómo haya empezado. El resultado está claro. Los inversores asiáticos han cancelado la reunión de mañana, el consejo de administración me ha convocado de urgencia y las acciones han caído un siete por ciento en la última hora. Siete por ciento. ¿Eres capaz de entender lo que eso significa en números reales?

—Entiendo perfectamente que te preocupa más la cotización bursátil que tu propia hija —responde ella, y esta vez la voz no le tiembla; le sale afilada como un bisturí.

Charles entrecierra los ojos.

—No dramatices, por Dios, que ya tienes treinta y cuatro años —gruñe—. Lo que me preocupa de verdad es que, por primera vez en ochenta y dos años de historia, el apellido Sutton se asocie a un escándalo sexual y posible malversación. Y eso, hija mía, no lo voy a consentir.

Marcus carraspea con suavidad y da un paso adelante, conciliador.

—Mackenzie —su voz es calmada, casi hipnótica—, comprendemos que estás dolida y furiosa. Pero ahora la prioridad absoluta es contener la hemorragia. Los chats manipulados son gravísimos; las acusaciones de que utilizaste fondos de la fundación benéfica para favores personales ya están en manos del fiscal del distrito. Necesitamos tiempo para desmontarlo todo. Por eso creemos firmemente que lo mejor es que desaparezcas del radar mediático durante una temporada.

—¿Desaparecer? —Mackenzie suelta una risa amarga—. ¿Cómo voy a desaparecer exactamente?

Charles retoma la palabra, implacable como siempre.

—Ya está todo organizado. He alquilado una cabaña en Vermont, en medio de la nada más absoluta. Sin vecinos, sin cobertura decente, sin prensa. Sales esta misma noche.

El suelo parece abrirse bajo sus pies.

—¿Me estás exiliando? —susurra, incrédula—. ¿Como si fuera una apestada?

—Te estoy protegiendo —responde Charles Sutton, tajante—. Y protegiendo lo que queda de la compañía. No es negociable. Prepara las maletas.

Mackenzie retrocede un paso, como si las palabras de su padre fueran un golpe físico que le hace crujir las costillas.

—No soy una niña a la que puedas enviar a su cuarto sin postre, papá. Ya soy mayorcita. Dirijo el área de expansión internacional. No puedes...

—Claro que puedo —la interrumpe él, y su voz adquiere esa dureza de acero templado que ella conoce desde que tenía uso de razón—. Y lo voy a hacer. Además, no irás sola.

Un silencio gélido cae sobre el salón. Hasta el rumor lejano de la ciudad parece enmudecer.

—¿Cómo que no iré sola? —pregunta Mackenzie; se le eriza la piel de la nuca porque intuye que lo que viene no le va a gustar nada.

Charles intercambia una mirada fugaz con Marcus antes de soltar la bomba.

—He contratado a una profesional. Una guardaespaldas. Vivirá contigo las veinticuatro horas del día hasta que esto se resuelva del todo.

Mackenzie parpadea, atónita. La palabra «guardaespaldas» le suena ridícula, casi de película mala.

—¿Me vas a poner una niñera con pistola? —Su voz sube de tono sin que pueda controlarlo—. ¿En serio, padre? ¿Voy a estar vigilada día y noche porque tú has decidido que soy un peligro?

—No es una niñera —replica Charles, impasible—. Es una de las mejores del sector. Exmilitar, especializada en protección de altos perfiles. Habla cuatro idiomas, tiene entrenamiento en contrainteligencia y, lo más importante, no hará preguntas ni hablará con la prensa bajo ningún concepto. Estarás segura.

—¿Segura? —Mackenzie suelta una carcajada que retumba contra las paredes de cristal—. ¿Segura de qué exactamente? ¿De que no me suicide por culpa de la vergüenza? ¿De que no salga corriendo a contar

mi versión a quien quiera escucharla? Porque eso es lo que de verdad te aterra, ¿verdad? Que abra la boca.

Charles da un paso hacia ella; por primera vez, Mackenzie percibe algo distinto a la frialdad habitual en sus ojos: un destello de miedo auténtico.

—No voy a permitir que destruyas ochenta años de legado por un capricho lésbico que salió mal —sisea, y el veneno de sus palabras le quema más que cualquier titular—. El coche sale en una hora.

El silencio que sigue es tan espeso que parece vibrar. Mackenzie siente las lágrimas ardientes agolparse en los párpados, pero se niega a dejarlas caer delante de él.

—No pienso ir —declara con una calma que le cuesta la vida mantener—. Me quedo en Nueva York.

Charles la mira durante un segundo que se hace eterno. Luego, sin alzar la voz —lo que resulta mucho más aterrador—, sentencia:

—Te irás porque yo lo digo. Y porque, en el fondo de tu alma, sabes perfectamente que no tienes otra salida. Así que... haz las putas maletas de una vez.

Se da media vuelta y se marcha de ahí, seguido de Marcus, que le dedica una última mirada de disculpa casi imperceptible.

—La esperaré fuera.

Mackenzie se queda sola en medio del salón, temblando de rabia y de frío a la vez. Recorre el pasillo hacia el dormitorio como si flotara fuera de su propio cuerpo. Una vez dentro, cierra con llave —gesto infantil, lo sabe, pero necesario— y se deja caer sobre la cama, hundiendo la cara en la almohada que todavía conserva el perfume que Nicole le regaló en su último aniversario. El olor la golpea como una bofetada.

«¿Cómo pude ser tan ciega?», se pregunta mientras las lágrimas, por fin libres, empapan la seda egipcia. Recuerda la primera vez que Nicole la besó, en la terraza del Met, bajo una lluvia fina de abril que les empapaba el pelo y les hacía reír como adolescentes. Recuerda cómo Nicole le susurró al oído «contigo hasta me gustaría envejecer», y cómo ella se lo creyó con todo su ser. Mentira. Todo fue una mentira calculada, fría, cruel.

Se levanta, se seca la cara con brusquedad y abre el vestidor de par en par. Saca prendas sin mirar demasiado: jerséis gruesos de cachemir, pantalones de lana virgen, botas altas de cuero, abrigos largos. Las arroja dentro de la maleta Louis Vuitton con rabia, como si cada prenda fuera una traición más que añadir a la lista. El sonido metálico de las cremalleras es lo único que rompe el silencio sepulcral.

Cuando baja, Marcus la espera en el vestíbulo, tieso como una estatua. Su padre ya se ha esfumado. El abogado no dice nada; solo asiente cuando la ve aparecer arrastrando la maleta. El ascensor privado los traga en un silencio que pesa toneladas.

Durante el descenso, Marcus intenta romper el hielo.

—Sé que esto es muy duro, Mackenzie —murmura, claramente buscando calmarla—. Pero créeme: en unas pocas semanas será solo un mal recuerdo. Ya estamos moviendo todos los hilos para solucionarlo, para hundir a Nicole de una vez. Tenemos pruebas sólidas de que los chats fueron manipulados desde una IP en Rumanía. En cuanto las presentemos...

—Cállate —lo corta Mackenzie, mirando fijamente el panel digital que marca los pisos—. No me importa cómo lo hagáis mientras lo hagáis —sentencia con frialdad.

Marcus suspira, resignado.

Las puertas del ascensor se abren al garaje privado. Un todoterreno negro blindado espera con el motor en marcha y las luces bajas encendidas. El chófer, un hombre fornido al que ella no recuerda haber visto nunca, abre la puerta trasera con gesto profesional.

Antes de subir, Mackenzie se detiene y mira al abogado por última vez.

—¿Algún día vais a preguntarme cómo estoy de verdad? —susurra con la voz rota—. ¿O siempre voy a ser solo una casilla más en el informe de riesgos de mi padre?

Marcus la observa un largo segundo. Por un instante, ella cree ver que algo en su expresión se ablanda, que quizá haya un atisbo de cariño auténtico.

—Sube al coche —responde poco después—. Saldrás hacia Vermont mañana a primera hora.

Ella obedece. Dos segundos después ya lleva el cinturón abrochado.

Mientras el vehículo blindado asciende por la rampa y sale a la calle, esquivando los flashes que estallan como metralla contra los cristales tintados, Mackenzie apoya la frente en el frío del cristal y cierra los ojos con fuerza.

La tormenta acaba de empezar.

Y en algún lugar de la ciudad, una mujer a la que aún no conoce está a punto de irrumpir en su vida y cambiarlo todo para siempre.

Capítulo 2

El despacho de Lionel Cooper apesta a café recalentado por tercera vez, un olor rancio que se adhiere cada vez más a las paredes. Cadence Serra lo detecta antes siquiera de cruzar el umbral, igual que un lobo huele la sangre antes de verla. La única luz proviene de la lámpara de pantalla verde que proyecta un círculo amarillento sobre la mesa; el resto de la habitación permanece sumido en una penumbra densa, como si las paredes mismas se negaran a ser testigos de lo que allí acontece.

Lionel no levanta la vista del expediente hasta que ella ya está sentada, con la espalda perfectamente recta, los tobillos cruzados y las manos apoyadas sobre los muslos en la postura que el ejército le grabó a fuego. Hace años que no lleva el uniforme, pero el cuerpo no olvida la disciplina; nunca olvida.

—Llegas puntual —comenta él, cerrando la carpeta con un golpe seco—. Me alegra comprobar que por fin vas adquiriendo la costumbre.

Cadence no responde. Entre ellos las palabras de más siempre han sido munición desperdiciada. Lionel la observa por encima de las gafas de montura metálica, buscando alguna grieta en la armadura que ella ha perfeccionado durante más de una década: mandíbula firme, ojos

oscuros que no parpadean ante nada, pelo negro recogido en una coleta tan tirante que parece doler. Él conoce las grietas, claro. Las ha visto abrirse en otras ocasiones, aunque pocas.

Empuja el expediente hacia ella con dos dedos.

—Este es para ti. Y de nadie más.

Cadence lo coge sin prisa, pero nota que el cartón está caliente, como si llevara horas bajo la lámpara absorbiendo el calor.

—¿Qué tipo de encargo es esta vez? —pregunta en voz baja, casi ronca, con ese timbre que aún arrastra el recuerdo del tabaco que dejó hace años pero que le raspa la garganta en los días malos.

—Protección personal. Veinticuatro siete. Nivel VIP absoluto — responde Lionel, reclinándose en la silla, que cruje bajo su peso—. Y no es negociable.

Ella arquea una ceja. El gesto es mínimo, pero en Cadence equivale a un grito de incredulidad.

—Sabes perfectamente que llevo meses rechazando cercanías prolongadas, Lionel. No soy niñera de famosos con crisis de identidad.

Él suelta una risa seca, sin una gota de humor.

—No es una famosa cualquiera, Cadence. Se trata de Mackenzie Sutton.

El nombre cae entre los dos como una granada sin anilla. Cadence no parpadea, pero algo se mueve detrás de sus ojos: un destello rápido de reconocimiento. Las noticias de las últimas horas han inundado televisiones, redes y periódicos. Incluso las fotos pixeladas mostraban demasiado. Recuerda los titulares oliendo a sangre fresca: «La reina del lujo desnuda y traicionada», «Sutton: sexo, poder y venganza», «Nicole Vasseur destapa la doble vida de la heredera».

Cadence deja que el silencio se alargue hasta hacerse incómodo. Es una de sus armas favoritas.

—Entiendo... la del escándalo lésbico-financiero —dice tras unos segundos de silencio, sin inflexión alguna en la voz—. La que su ex ha convertido en una tragedia griega con todos los ingredientes.

—Exacto —confirma Lionel, y su mandíbula se tensa de esa manera que a Cadence le indica que hay muchísimo dinero en juego—. Nicole Vasseur filtró fotos íntimas, chats manipulados, extractos bancarios falsificados... Un montaje completo para hundirla hasta el fondo. La familia Sutton está en modo contención de daños total. Necesitan que la heredera desaparezca del mapa hasta que los

abogados limpien toda la mierda. Y han pedido expresamente a la mejor.

Cadence abre el expediente. La primera fotografía es de Mackenzie en una gala benéfica: vestido negro de alta costura, espalda al descubierto, mirada gris que atraviesa el objetivo como si ya supiera que alguien, algún día, la usaría en su contra. En la segunda ríe junto a Nicole en una premiere; la mano de la influencer reposa en su cintura con una posesión que ahora resulta evidente que era veneno puro.

Cadence cierra la carpeta de golpe.

—No me gustan los casos donde la clienta es el propio problema y lo sabes de sobra —le recuerda con voz serena pero afilada—. Y esta lo es. Orgullo desmedido, dinero a raudales, ex tóxica con ansias de venganza... La receta perfecta para que todo salga mal.

Lionel se inclina hacia delante, apoyando los codos sobre la mesa.

—Escúchame bien, Cadence. No te estoy pidiendo que te caiga bien la mujer. Te estoy diciendo que los Sutton pagan el triple de la tarifa habitual, con prima de riesgo incluida. Y que tú... —Hace una pausa calculada, cruel—, también necesitas ese dinero desesperadamente. ¿O tengo que recordarte que los tratamientos de

Elena han vuelto a subir? El centro de desintoxicación acaba de enviar la factura de noviembre y no es precisamente barata.

El nombre de su hermana en boca de él es un puñetazo directo al estómago. Cadence siente que el aire se le escapa de golpe. Su maravillosa Elena, de ojos verdes como los de su madre, con una adicción que ha estado a punto de devorarla más rápido que cualquier bala que ella haya esquivado en Oriente Medio. Cada ingreso, cada sesión, cada noche en vigilancia ha sido una dentellada constante a sus ahorros, a su vida, a su alma.

—No metas a Elena en esto —susurra, y por primera vez su voz tiembla ligeramente.

—No lo hago, solo te recuerdo la realidad tal cual es —responde Lionel sin piedad—. Está ingresada otra vez... va para largo. Y tú necesitas este encargo. ¿Vas a leerte el expediente o prefieres que lo haga yo por ti?

Cadence abre de nuevo la carpeta y pasa las páginas con dedos firmes. Informes de amenazas en redes que ponen los pelos de punta: «Ojalá te mueras, lesbiana corrupta», «Te vamos a encontrar, Sutton, y te haremos pagar». Capturas de paparazzi acechando cada rincón del edificio donde vive. Un vídeo granulado donde alguien sigue el coche de

Mackenzie durante cuarenta y siete minutos exactos. Y luego las fotos íntimas, difuminadas por respeto en el informe, pero lo bastante claras para que se le revuelva el estómago.

Cierra los ojos un segundo. Recuerda otra mujer, otro país, otro encargo que empezó como «protección sencilla» y terminó con sangre en sus manos y un nombre que todavía le roba el sueño en las noches más oscuras.

—Esta mujer necesita un armario con traje negro y pinganillo, no a mí —murmura.

—Precisamente por eso te quieren a ti —replica Lionel sin dudar—. Porque eres mujer, porque eres discreta, porque no pareces lo que eres hasta que ya es demasiado tarde para el enemigo. Y porque Mackenzie Sutton se negará en redondo a tener «un gorila pegado al culo» y solo complicará las cosas, palabras textuales de su padre. Contigo podría pasar por amiga íntima, pareja... por lo que sea. Cero sospechas, cero fotos comprometidas.

Cadence suelta una risa breve que después le duele en el estómago.

—¿En serio? ¿Conmigo?

Lionel se encoge de hombros.

—Eres muy guapa cuando te arreglas un poco. Y cuando no también, aunque te empeñes en esconderlo bajo esa cara de mala hostia permanente.

Ella lo fulmina con la mirada.

—No voy a acostarme con la clienta, Lionel. Ni a fingir que lo hago.

—No te estoy pidiendo eso —responde él, ahora completamente serio—. Solo que vivas con ella en una cabaña en medio de la nada durante unas semanas y que, si alguien pregunta, hagas tu puto trabajo. Control perimetral, vigilancia constante, rutinas de seguridad estrictas... Tu misión es mantenerla viva y callada. Eso es todo.

Cadence se levanta y camina hasta la ventana. Nueva York brilla abajo como un circuito eléctrico a punto de estallar. Recuerda la última vez que aceptó un «eso es todo». Recuerda el olor a pólvora, a miedo, a muerte.

—¿Cuánto tiempo? —pregunta sin volverse.

—Tres semanas mínimo. Puede que un mes entero. El tiempo que tarden los abogados en limpiar su nombre por completo.

Ella se gira lentamente y afirma.

—¿Alguna condición que deba tener en cuenta? —quiere asegurarse Lionel.

Después se quita las gafas y se frota los ojos con cansancio. Cadence regresa a la silla, coge el bolígrafo de Lionel y firma la hoja de aceptación sin releerla.

—Contacto diario contigo. Un rifle de largo alcance en la cabaña. Acceso total a los sistemas de seguridad. Y si la señorita Sutton me toca demasiado los cojones, permiso expreso para atarla a una silla hasta que aprenda a callarse la boca.

Lionel sonríe, esta vez de verdad, mostrando unos dientes amarillentos por el café.

—Hecho. Quiero que estés en el punto de encuentro mañana al amanecer. El padre ha organizado un traslado discreto por carretera desde las afueras; allí cambiarás de vehículo y subirás al que te llevará directamente a la cabaña. Y Cadence... —añade cuando ella ya tiene la mano en el pomo—, mantén la cabeza fría. Esta mujer está destrozada. Y la gente destrozada suele morder cuando menos te lo esperas.

Ella se detiene un segundo.

—La gente rota es mi especialidad —responde sin mirarlo—. Por eso me pagáis tan bien.

*

El apartamento de Cadence en Brooklyn es un cubículo con vistas a un patio interior donde nunca entra el sol. Entra, tira las llaves sobre la encimera y enciende la luz sin miramientos. El desorden es, paradójicamente, meticuloso: ropa técnica amontonada con precisión, pesas en el suelo, una nevera que solo contiene fruta, agua y algún suplemento proteico. Se quita las botas con dos patadas secas y se queda en calcetines, sintiendo el frío del suelo subirle por las plantas de los pies.

Abre el armario blindado y saca un maletín negro: Glock 19 con supresor, tres cargadores extra, navaja táctica, miras nocturnas, un dron plegable del tamaño de un libro. Nunca se sabe lo que puedes necesitar.

Mientras prepara la maleta, su mente trabaja sola. Mackenzie Sutton. Treinta y cuatro años. Metro setenta y ocho. Ojos grises que en las fotos parecen hielo líquido. Una mujer que ha crecido entre algodones de lujo y ahora se encuentra desnuda ante el mundo entero. Cadence se pregunta cómo debe de sentirse eso: tenerlo todo y perderlo de la noche a la mañana por confiar en la persona equivocada.

Coge el móvil y marca el número de Elena. Suena cinco veces. Cuelga. Hoy no puede permitirse derrumbarse. Así que hace las maletas, y deja de nuevo su casa.

En el garaje subterráneo, Diego la espera apoyado en su Jeep, con esa sonrisa ladeada que siempre le recuerda a los compañeros que se quedaron para siempre en la arena.

—Joder, Serra —dice al verla cargar el maletín—. Vas equipada para invadir un país pequeño.

—Solo voy a Vermont —responde ella, abriendo el maletero.

Diego se acerca, le quita la bolsa de las manos con naturalidad y la coloca dentro.

—Así que te ha tocado la señorita Sutton... ¿Me pasarás luego los vídeos?

Cadence lo mira con frialdad.

—Eso no es asunto tuyo.

Él levanta las manos en son de paz.

—Vale, vale. Solo digo que... es guapa. Mucho. Y está jodida hasta el cuello. Combinación explosiva.

—No me voy a tirar a la cliente, Diego.

—Claro que no —responde él, con ironía—. Tú nunca lo harías. Te implicas hasta los huesos, que es mucho peor.

Cadence se apoya en el coche y se cruza de brazos.

—¿Desde cuándo te has vuelto psicólogo de combate?

—Desde que te vi destrozada después de Kandahar por salvar a una intérprete que ni siquiera era tu responsabilidad directa. —La mira fijamente—. No repitas el patrón, Cadence. Protégela, cúbrela, pero no intentes salvarle el culo a toda costa.

Ella traga saliva. El recuerdo de Amina le quema la garganta.

—No soy la misma de entonces. Y esto no es Oriente Medio.

Se quedan en silencio un momento. Luego él le da una palmada suave en el hombro.

—Lláname si necesitas algo. O si necesitas que mate a esa princesita —dice guiñándole el ojo.

Cadence sube al coche, ajusta el retrovisor y arranca el motor. Antes de cerrar la puerta, Diego se inclina.

—Oye... ten cuidado, ¿de acuerdo?

—Siempre lo tengo.

Ella lo mira un segundo largo. Luego cierra la puerta y arranca sin despedirse.

Mientras cruza el puente de Brooklyn y la ciudad se desvanece lentamente en el retrovisor, Cadence siente que algo se abre dentro de ella: una grieta fina, casi invisible, por donde se cuela una pregunta que no quiere formular.

¿Qué habrá exactamente detrás de la fachada helada de Mackenzie Sutton?

Aprieta el volante hasta que los nudillos se le ponen blancos.

Pronto lo sabrá.

Y cuando lo sepa, quizá ya sea demasiado tarde para retroceder.

Capítulo 3

La nieve cae con rabia, copos gruesos y pesados que golpean el parabrisas como si quisieran romperlo, borrando Nueva York en cuestión de minutos bajo un manto blanco que no perdona. Mackenzie Sutton se aferra a su Birkin con tanta fuerza que los nudillos se le ponen blancos bajo los guantes de cuero negro; dentro lleva documentos que ya no sirven para nada, un pasaporte que por primera vez en treinta y cuatro años duda si volverá a usar y el peso de una vida que se desmorona.

El móvil vibra sin descanso en su otra mano; titulares nuevos, vídeos manipulados donde Nicole sonríe con esa mueca de serpiente satisfecha mientras niega haber manipulado nada. Mackenzie no mira la pantalla; mirarla sería aceptar que la humillación es real, que la heredera de un imperio ahora es trending topic mundial por unas fotos robadas en la intimidad de su propio dormitorio. Aprieta el botón lateral hasta que todo se oscurece y lo guarda en el bolsillo como quien entierra un cadáver todavía caliente.

Tom, el conductor que lleva con la familia desde que ella tenía dieciséis años, conduce en silencio absoluto. Tiene el rostro ceniciento,

los labios apretados; sabe todo lo que pasa, como lo sabe media mundo ya. Mackenzie suelta un suspiro largo y tembloroso. El calor artificial del habitáculo la envuelve, pero no logra llegarle al alma; cierra los ojos un segundo y aspira el olor a cuero nuevo mezclado con el ambientador de pino que Tom siempre usa para disimular el tabaco.

En el punto acordado por su padre, a las afueras de la ciudad donde las luces se vuelven escasas, la puerta del lado contrario se abre de golpe. Una ráfaga de aire helado entra como un cuchillo y precede a la mujer que sube sin pedir permiso, como si el espacio ya le perteneciera por derecho propio. Es alta, más alta que Mackenzie incluso sin tacones, y se mueve con esa economía brutal de quien ha aprendido que cualquier gesto de más puede costarte la vida. Botas militares que crujen sobre la moqueta, pelo castaño oscuro recogido en una coleta tirante, chaquetón negro que oculta lo justo. La luz mortecina del salpicadero dibuja sombras duras en su rostro: pómulos altos, una cicatriz fina que cruza la ceja izquierda y unos ojos de un marrón tan oscuro que absorben la luz en lugar de reflejarla.

—Señorita Sutton —pronuncia con voz grave, sin inflexiones, como si estuviera leyendo un parte militar—. Soy Cadence Serra. A partir de este preciso instante, su seguridad es responsabilidad mía y solo mía.

Mackenzie alza una ceja con esa lentitud estudiada que ha usado para cerrar operaciones de cientos de millones y para acallar a periodistas en ruedas de prensa. Fuerza la sonrisa número siete del manual de relaciones públicas: labios cerrados, comisuras apenas levantadas, suficiente para parecer accesible sin mostrar los dientes.

—Mackenzie, por favor —corrige con la voz aún áspera por el frío—. «Señorita Sutton» me hace sentir como si estuviera en la sala de espera del tanatorio y en tu boca no suena nada agradable.

Cadence gira apenas el torso; la luz de un neón lejano —a pesar de día— ilumina su perfil durante un segundo: nariz recta, labios carnosos que ahora forman una línea dura, mandíbula apretada...

—Muy bien, Mackenzie —concede con la misma calma que emplearía para leer la lista de la compra—. Mientras yo esté al mando, hará exactamente lo que yo diga, cuándo lo diga y cómo lo diga. Regla número uno, y no habrá dos: nada de llamadas, mensajes, correos electrónicos, redes sociales ni ninguna conexión digital que no haya sido autorizada previamente por mí. Su vida en línea queda suspendida indefinidamente.

Mackenzie suelta una risa breve y cortante que retumba dentro del habitáculo.

—¿Perdona? —Se inclina hacia delante, entrecerrando los ojos—. Creo que ha habido un malentendido bastante grande. Mi padre contrató protección, no una celadora de prisión de máxima seguridad.

—No hay malentendido alguno —responde Cadence sin parpadear—. Cuando alguien está pagando millones por destruirla y aún no ha terminado el trabajo, la diferencia entre protección y prisión desaparece por completo. Si no le gusta, bájese ahora mismo. La calle está libre.

Tom gira el volante con un carraspeo discreto. Los limpiaparabrisas luchan contra la nieve que cae cada vez más espesa, como si la ciudad entera quisiera borrarla del mapa para siempre. Mackenzie se recuesta en el asiento, cruza los brazos sobre el pecho y clava la mirada en la ventanilla empañada. Los rascacielos se desdibujan, fantasmas de cristal y acero que se alejan como una vida que ya no le pertenece. El SUV se incorpora a la interestatal; el tráfico es denso, nervioso, bocinas lejanas que suenan a lamento.

Necesita hacer algo con las manos, con la cabeza, con el nudo que le aprieta el estómago desde hace setenta y dos horas interminables. Abre su MacBook con un gesto automático, los dedos tiemblan ligeramente sobre el teclado de aluminio frío. La pantalla se ilumina y

pide la contraseña. Teclea los doce caracteres que ha usado desde la universidad...

Una mano aparece de la nada —fuerte, decidida, con cicatrices diminutas en los nudillos— y cierra la tapa con un golpe seco y una autoridad que no admite discusión.

—¿Qué demonios te crees que estás haciendo? —susurra Mackenzie, con la rabia subiéndole por la garganta.

—Evitando que nos localicen en menos de sesenta segundos — responde Cadence sin siquiera mirarla—. Ese portátil lo abrirá cuando yo lo haya limpiado a fondo, y no antes. Le acabo de decir que nada de conexiones con el mundo exterior sin mi permiso expreso.

—¡Necesito trabajar! —esta vez Mackenzie sí grita, y el grito retumba dentro del habitáculo—. ¡No puedo desaparecer del mapa porque a una desconocida con complejo de Rambo se le antoje jugar a los espías!

Cadence se gira del todo por primera vez. La luz de los faros de un camión ilumina su rostro durante un instante.

—Escúcheme bien, Mackenzie —pronuncia su nombre despacio, como si lo probara en la lengua, como si decidiera si le gusta o no el sabor—. No va a desaparecer. Va a sobrevivir a esta locura. Y para

sobrevivir, a veces hay que dejar de ser quien eras durante unos cuantos días. Si no le gusta, ya sabe dónde está la puerta. Yo no pienso retenerla contra su voluntad. Pero si se queda, tendrá que obedecer. Sin peros, sin negociaciones, sin dramas de niña rica acostumbrada a salirse siempre con la suya.

Mackenzie se queda con la boca entreabierta, sin palabras por primera vez en mucho tiempo.

Tom finge concentrarse en la carretera; sus nudillos blancos sobre el volante delatan que ha oído cada sílaba. Mackenzie siente cómo la rabia sube y baja por su garganta como una marea. Quiere gritar, abofetearla si es preciso. En lugar de eso, cierra los ojos y cuenta hasta diez en voz baja, como le enseñó su terapeuta de Park Avenue antes de que todo explotara. Cuando los abre, Cadence ya ha vuelto a mirar al frente, impertérrita.

—Eres insoportable —musita Mackenzie, en un hilo de voz que apenas se oye entre el rumor de los neumáticos.

—Perfecto —responde la otra sin volverse—. No estoy aquí para gustarte ni para caerle bien a nadie. Estoy aquí para protegerte de los tiburones que hay ahí fuera y que huelen sangre a kilómetros.

La interestatal se convierte en un túnel blanco. La nieve cae ahora en ráfagas oblicuas que golpean el parabrisas como perdigones. Los árboles aparecen y desaparecen como espectros al borde de la carretera. Mackenzie se frota los brazos, aunque la calefacción está al máximo. El frío que siente no tiene nada que ver con la temperatura: es un frío que le ha congelado el corazón desde que vio su rostro en la portada del New York Post con el titular «La heredera desnuda».

De pronto, el SUV da un bandazo. Primero leve, casi imperceptible, un desliz que podría ser solo un bache. Tom maldice por lo bajo y reduce velocidad.

—Joder, el asfalto está como una pista de patinaje...

Mackenzie se incorpora de golpe, con el corazón latiéndole en las sienes como un tambor de guerra.

—¿Qué pasa?

El segundo bandazo es brutal. El mundo entero se ladea con una lentitud aterradora, como si alguien hubiera pulsado el botón de cámara lenta de una película de acción. Los neumáticos pierden agarre por completo; el coche derrapa hacia la cuneta en un giro interminable, el ABS retumba, y el chillido del caucho contra el hielo se le clava en los oídos. Mackenzie ve pasar los árboles borrosos, la zanja que se acerca

como una boca negra abierta, la nieve que gira en espirales hipnóticas alrededor del vehículo. El tiempo se estira, cada milisegundo se convierte en una eternidad: siente cómo el cinturón se le clava en el pecho, cómo el Birkin sale volando y golpea el techo, cómo su propio grito se le queda atascado en la garganta.

Y entonces Cadence se mueve.

Es un borrón negro, una sombra que cobra vida con una rapidez inhumana. Se desabrocha el cinturón de un tirón seco, se lanza sobre el respaldo del asiento del copiloto y empuja a Tom con el hombro mientras sus manos ya están en el volante. El conductor, sorprendido, se deja apartar sin resistencia. Cadence gira el volante a la derecha con una fuerza que no parece humana, pisa el freno a fondo y a la vez acciona el freno de mano en una fracción de segundo. El SUV colea violentamente, la parte trasera se cruza, los faros barren la nieve como reflectores desesperados... y finalmente el vehículo se detiene en seco, con la rueda delantera derecha colgando sobre la zanja, a centímetros del vacío blanco que se abre debajo como una tumba helada.

El silencio posterior es tan denso que duele. Solo se oye la respiración agitada de los tres, el tic-tac del intermitente que alguien ha activado sin darse cuenta y el viento que aúlla fuera como un lobo herido.

—Fuera —ordena Cadence, como si fuera un cuchillo de combate—. Ahora mismo, los dos.

Mackenzie obedece sin pensar, por primera vez en su vida adulta. Abre la puerta y el viento la golpea como un puñetazo en plena cara. La nieve le llega a los tobillos y el frío se le mete entre los zapatos de diseñador como miles de agujas. Cadence rodea el coche en tres zancadas imposibles, la agarra del brazo con firmeza y la aparta del vehículo como si pesara menos que una pluma. El contacto es eléctrico: los dedos de Cadence queman a través de las capas de lana y cachemir, su aliento cálido roza la mejilla de Mackenzie cuando la empuja hacia atrás, lejos del borde del precipicio.

—Respira —le ordena, sosteniéndola por los hombros, obligándola a mirarla a los ojos—. Mírame a la cara. Estás viva y entera. Repítelo conmigo.

Mackenzie intenta hablar, pero solo sale un jadeo entrecortado.

—Estoy... estoy bien —consigue articular, y suena tan frágil que casi no se reconoce la voz.

Cadence asiente una sola vez. Luego la suelta, pero no del todo: su mano permanece un segundo más en el brazo de Mackenzie, como si comprobara que realmente está ahí, respirando.

Tom sale tambaleándose, pálido como un cadáver, y las manos temblando mientras se agarra al capó.

—Dios santo, Cadence —balbucea—. ¿Cómo coño lo has hecho? Eso ha sido... imposible.

Ella no contesta al elogio. Se agacha junto a las ruedas, palpa el hielo con los dedos desnudos, revisa la zanja con una linterna que saca de algún bolsillo. Luego se incorpora y asiente.

—Tendrías que haber puesto las cadenas antes de salir de la ciudad. Hazlo ahora mismo —ordena a Tom y su expresión no admite discusión—. Y tú... —Se vuelve hacia Mackenzie—, quédate detrás de mí y no te separes ni un centímetro.

Mackenzie no discute. Por primera vez en mucho tiempo, no tiene ganas de discutir nada.

Mientras Tom coloca las cadenas con dedos torpes y maldiciendo entre dientes, Cadence permanece de pie entre ella y la carretera, un muro humano contra el viento y contra lo que sea que pueda venir después. Mackenzie no puede evitar observarla: espalda recta, hombros cuadrados, mandíbula apretada. La luz de los faros dibuja su silueta como una estatua de guerra antigua. Y de repente comprende que esa

mujer acaba de salvarles la vida con una sangre fría que ella jamás ha tenido.

«Lo que me faltaba, verme más ridícula todavía», protesta para sus adentros.

Cuando vuelven a subir al coche, el ambiente ha cambiado por completo. El calor vuelve a envolverlas. Mackenzie se sienta atrás, con las manos sobre el regazo, y nota que ya no le tiemblan. Cadence se coloca de nuevo en el asiento del copiloto. Sus nudillos están enrojecidos, algunos cortados por el hielo.

—Gracias —dice Mackenzie, tan bajo que apenas es un susurro, pero lo suficientemente claro como para que ella la escuche por encima del motor.

Cadence no gira la cabeza, pero Mackenzie ve cómo la comisura de su boca se alza un milímetro. Casi es una sonrisa. Casi.

—No me des las gracias todavía. El viaje acaba de empezar. Y la tormenta también.

La carretera sigue ascendiendo hacia las montañas de Vermont, cada vez más estrecha, más oscura, más solitaria. La nieve forma un muro blanco a ambos lados que parece tragarse el mundo entero.

Dentro del SUV, hay una corriente subterránea, un pulso compartido que late bajo la superficie.

Mackenzie observa el perfil de Cadence recortado contra la ventanilla: la curva suave del labio inferior, el leve movimiento de su garganta al tragar. Y por primera vez desde que todo explotó —las fotos, las mentiras, la traición de Nicole, el linchamiento público—, siente que quizá, solo quizá, no está completamente sola en esta tormenta.

La noche se cierra sobre ellas como una mano gigante. El aislamiento se acerca, inevitable.

Y con él, algo más.

Algo que Mackenzie Sutton aún no sabe si teme o agradece con todas sus fuerzas. Algo que tiene nombre propio y acaba de demostrarle que, cuando el mundo se derrumba, a veces la única tabla de salvación viene envuelta en cuero negro, cicatrices y una calma capaz de salvar vidas.

«Tendrás que ganarte su confianza para sobrevivir...»

Capítulo 4

La cabaña aparece de repente entre los pinos como un bloque macizo de madera oscura y cristal que desafía la tormenta con una arrogancia silenciosa, casi insultante. Las luces de los faros se reflejan en los ventanales enormes y devuelve a Cadence su propia imagen deformada: una mujer de hombros cuadrados, abrigo negro empapado que se le pega al cuerpo como una segunda piel, y una expresión que podría congelar el infierno. El SUV se detiene con un último crujido de neumáticos sobre la nieve compacta; el motor se apaga con un suspiro agotado y, por un instante que parece eterno, solo queda el golpeteo insistente de los copos contra el parabrisas.

Cadence inspira hondo, llenándose los pulmones del aire cortante de Vermont que quema como alcohol puro, pero que al mismo tiempo le despeja la cabeza y le borra las telarañas del viaje.

—Yo entraré primero —anuncia Cadence en voz baja, ya con la mano en la manilla helada—. Tú te quedas aquí, quietecita y sin rechistar.

Mackenzie ni siquiera se digna responder. Clava la mirada en la casa como quien contempla una cárcel de lujo, con los labios apretados

en una línea pálida y desdeñosa, los ojos enrojecidos por el cansancio y por lágrimas que se niega a derramar delante de nadie, mucho menos de ella. Desde el casi accidente en la carretera, cuando el vehículo patinó hacia la cuneta como si quisiera suicidarse, no ha abierto la boca. El silencio entre ellas se ha vuelto pegajoso, como si cada kilómetro hubiera añadido una nueva capa de hielo sobre los reproches mudos.

Cadence sale sin esperar contestación, porque no la necesita ni la quiere. El viento la azota de lleno, un latigazo salvaje que le mete los copos en los ojos y le pega el pelo mojado a las mejillas. Sube los tres escalones del porche con paso militar, la mano derecha siempre cerca de la pistolera oculta bajo el abrigo, preparada para cualquier sombra que se mueva. La llave gira en la cerradura con una facilidad que le resulta casi insultante. Al abrir, la recibe una ráfaga de aire templado cargado de olor a madera vieja y pino.

Recorre el interior con la precisión que le han grabado a fuego misiones mucho más hostiles: barrido rápido, metódico, sin dejar rincón sin revisar. Salón diáfano de techos altos, vigas vistas. Una pared entera de cristal que da al bosque infinito: preciosa, sí, pero una puta invitación abierta a cualquier francotirador con paciencia. Cocina americana con isla de granito negro, despensa repleta de latas y paquetes. Dormitorio principal con cama enorme y edredón blanco

inmaculado, tan perfecto que parece de exposición. Baño de mármol claro, ducha de lluvia que promete excesos, espejo que ocupa toda la pared... armarios empotrados vacíos de gente, pero llenos de posibles escondites. Nada fuera de lugar.

—Demasiados puntos ciegos —murmura Cadence para sí misma mientras pasa un dedo por una estantería alta donde no hay ni una mota de polvo—. Si alguien quiere entrar de verdad, esta casa es un escaparate con luces de neón.

Cuando regresa al salón, Mackenzie ya está dentro, plantada en el centro exacto de la alfombra persa como si el suelo le perteneciera por derecho divino, lleva el abrigo largo aún puesto y goteando nieve derretida mientras está de brazos cruzados. La luz mortecina le dibuja un halo plateado en el pelo revuelto y acentúa las ojeras moradas, profundas como cardenales. «Le había dicho expresamente que se quedara en el coche. ¿Es que esta mujer no es capaz de obedecer ni una orden sencilla?».

—¿Y bien? —pregunta Mackenzie con esa voz fría y clínica que usa cuando interroga a subordinados incompetentes, alzando apenas una ceja.

—Todo seguro —responde Cadence, escueta—. Por ahora.

El «por ahora» queda colgando en el aire como una amenaza que ninguna de las dos quiere recoger. Mackenzie arquea la ceja todavía más, un gesto de escepticismo aristocrático que resulta casi cómico de lo tan estudiado que es.

En ese momento Tom empieza a subir las maletas —Mackenzie mandó a su asistente a por más cosas antes de abandonar la ciudad—; el ruido de las ruedas sobre la madera noble retumba como un trueno en el silencio opresivo. Cadence se pone manos a la obra con los sensores de movimiento, instalándolos con la eficiencia de quien lleva años haciéndolo en sitios donde equivocarse significa morir. Puertas principales, ventanas del norte, las más ocultas entre los pinos cargados de nieve. Nota, de reojo, que Mackenzie la observa desde el sofá, donde se ha dejado caer con todo el peso del mundo, con las piernas elegantemente cruzadas y el mentón apoyado en una mano de uñas perfectas. Su mirada punzante disecciona cada movimiento como si estuviera tomando notas mentales para una futura demanda.

Cuando coloca el tercer sensor, Mackenzie suspira con un fastidio que llena toda la sala.

—¿De verdad es necesario todo ese circo? —pregunta arrastrando las palabras con esa cadencia perezosa y condescendiente que usa cuando habla con gente que considera inferior—. Parece que estés

convirtiendo la casa en el pentágono. No sé si sentirme protegida o en Guantánamo. Y no se te ocurra volver a llamarme de usted —protesta.

Cadence no levanta la vista del dispositivo, ajustando el led rojo que parpadea confirmando la conexión.

—Las dos cosas suelen ir en el mismo paquete cuando alguien está dispuesto a pagar millones por verte destruida —responde secamente, repitiendo casi las mismas palabras que en el coche. «Qué poco argumento tiene»—. Y tu ex no parece de las que envían flores.

Mackenzie aprieta los labios hasta que su sonrisa condescendiente desaparece.

—No hace falta que me lo recuerdes cada dos por tres como si fuera imbécil.

—Pues deja de comportarte como si lo fueras y de cuestionar cada decisión que tomo —replica Cadence, esta vez sí alzando la cabeza para clavarle la mirada—. Nicole ha demostrado que es capaz de cualquier cosa. Así que sí, hace falta esto. Y más.

El silencio que sigue es eléctrico. Mackenzie desvía la vista hacia la chimenea apagada, como si las cenizas frías pudieran consolarla mejor que la mujer que tiene delante.

—No me gusta sentirme vigilada a todas horas —confiesa después de un rato—. Me asfixia. ¿No te han mencionado que nunca me han gustado los gorilas?

«Ya veremos dónde está tu paciencia, querida».

Cadence ignora lo último.

—Y a mí no me gusta que mis clientas acaben en una bolsa de plástico —contesta Cadence sin inmutarse—. Pero aquí estamos.

Mackenzie abre la boca para soltar otra réplica cortante, pero en ese preciso instante la puerta principal se abre de golpe y entra Harold, el cuidador, como un vendaval bonachón envuelto en abrigo raído y bufanda hasta las orejas coloradas, con una sonrisa que pretende ser tranquilizadora pero que a Cadence le pone todos los sentidos en alerta máxima.

—Buenas noches, disculpen la intromisión —dice el hombre con acento rural, quitándose la bufanda con manos torpes—. Soy Harold. Me encargo de la casa cuando no hay nadie. Pensé que llegarían hambrientas después del viaje y les traje algo casero para que no tengan que preocuparse esta primera noche.

Cadence se pone en guardia al instante; cuerpo tenso como un resorte, evaluando en fracciones de segundo al hombre que tiene

delante. Setenta y pocos, manos nudosas, andares lentos pero firmes, sin amenaza aparente... pero la experiencia le ha enseñado que «aparente» es la palabra más peligrosa del diccionario.

—¿Tiene llaves de la casa? —pregunta Cadence sin saludar.

Harold parpadea.

—Eh... sí, claro. Los clientes siempre me dejan una copia por si surge alguna emergencia.

—Perfecto. Pues a partir de ahora, no necesitaremos ayuda. ¿De acuerdo? Será mejor que no te veamos el pelo mientras estemos por aquí.

El hombre se queda pasmado y asiente con energía casi cómica.

—Entendido, entendido, no hay problema, agente... ¿señorita...?

—Cadence.

Mackenzie se levanta entonces del sofá con esa elegancia felina que parece llevar cosida a la piel y se interpone entre los dos con una sonrisa melosa.

—Harold, muchísimas gracias por las provisiones —dice con un tono envenenado que está claro va por Cadence—. Ha sido muy amable. No le haga caso a mi... —Hace una pausa teatral, como si la palabra le

quemara— ...guardaespaldas. Está un poco nerviosa por el viaje, ya se le pasará.

Cadence siente cómo la sangre le hierve.

—No estoy nerviosa —la corrige—. Estoy trabajando. Algo que me tomo muy en serio.

Harold sonríe con indulgencia paternal, como quien presencia una riña de pareja.

—Tranquilas, tranquilas. Yo solo dejo esto y me marchó. Si de casualidad necesitan leña, más comida o que les quite la nieve del camino, estoy a una llamada. Vivo a dos kilómetros, en la casa azul del desvío.

—No se preocupe, sabremos desenvolvernó bien —le recuerda Cadence.

El hombre se despide con un gesto amplio... pero antes de salir del todo se gira en el umbral con una sonrisa bobalicona.

—Estoy seguro de que terminarán disfrutando la estancia. Esta zona es muy romántica por estas fechas... —bromea guiñando un ojo.

Mackenzie se queda rígida como un bloque de hielo.

Cadence siente que la sangre se le congela y luego le hierve en las sienes con violencia. La idea es tan absurda, tan repulsiva, tan profundamente ofensiva que le provoca náuseas inmediatas.

Harold palidece al instante, comprendiendo su metedura de pata.

—¡Perdón! Ya me voy...

Sale disparado. La puerta se cierra con un golpe seco que hace temblar los cristales. Mackenzie se gira lentamente hacia Cadence.

—Ni en tus peores pesadillas me imaginaría en algo así contigo — escupe.

—Lo mismo digo, princesa —responde Cadence.

Mackenzie da un paso adelante, desafiante y con el mentón alto.

—Tranquila. Preferiría volver a acostarme con Nicole y dejar que me arruine la vida otra vez antes que compartir oxígeno contigo más tiempo del estrictamente necesario.

—Pues qué lástima tan grande —replica Cadence, acercándose también hasta que solo hay un palmo entre sus rostros—. Porque vas a compartirlo bastante tiempo. Mucho más del que tu delicada sensibilidad puede soportar. Así que ve acostumbrándote desde ya, Mackenzie.

Se miran fijamente, como dos animales a punto de saltarse al cuello. El viento aúlla fuera. Mackenzie es la primera en romper el contacto visual, pero la tensión sigue vibrando como un cable a punto de romperse.

—Odio esta mierda con toda mi alma —susurra, casi para sí misma.

Cadence sonríe sin humor.

—El sentimiento es mutuo.

Mackenzie sube las escaleras sin decir más y Cadence se queda sola en el salón, respirando agitada.

La madrugada cae del todo mientras Cadence termina la instalación de los sensores con movimientos mecánicos, con la cabeza en otra parte, reviviendo una y otra vez la cercanía de sus cuerpos, el olor sutil a perfume caro de Mackenzie mezclado con el frío.

—Esta tía me va a meter en más de un problema —murmura. Pero ya no hay nadie que la escuche.

Capítulo 5

La luz del amanecer se filtra por los ventanales como una caricia tímida que roza el suelo de madera noble, baña de un oro pálido las vigas altas y despierta lentamente los rincones todavía adormilados de la cabaña. El silencio es tan denso que Cadence puede escuchar el latido acelerado de su propio corazón, un tambor sordo y constante que acompaña cada parpadeo de la pantalla del móvil mientras revisa los mensajes de seguridad. Apenas ha dormido cuatro horas seguidas; no es la falta de sueño lo que la mantiene en vilo, sino esa inquietud nueva y pegajosa que se le ha instalado justo debajo de las costillas, como una astilla imposible de localizar y mucho más difícil de arrancar.

El móvil vibra y el nombre de Lionel parpadea en la pantalla. Cadence resopla, se frota la cara con la palma de la mano para ahuyentar los restos de la noche y desliza el dedo para contestar.

—Dime —saluda Cadence.

—¿Todo en orden por ese paraíso blanco y helado? —pregunta él sin rodeos, con ese tono fingidamente relajado que emplea cuando pretende hacerse el amigo comprensivo.

—A las mil maravillas —responde ella, cargando cada sílaba de un sarcasmo que no pasa desapercibido—. Cuando esto termine, voy a solicitar que me condecoren por heroísmo civil, ya verás.

Lionel suelta una carcajada que retumba a través del altavoz.

—Vale, vale... Sé que no era el plan de tus sueños, pero este contrato nos va a dar oxígeno puro, Cadence. Mucho oxígeno. Y tú lo sabes mejor que nadie.

Cadence se levanta de la cama, abandona su habitación y se apoya en la barandilla del altillo, desde donde domina todo el salón como si fuera su puesto de mando. Un mechón rebelde le cae sobre la mejilla; lo aparta con brusquedad, como si el pelo tuviera la culpa de todos sus males. No quiere pensar en dinero, aunque es plenamente consciente de lo que se esconde tras el encargo: las facturas médicas de su hermana pequeña, la hipoteca de la oficina, los agujeros negros que se abren cada mes en sus cuentas. Obligaciones que nunca pidió, pero que carga a la espalda como quien arrastra una cruz imposible de soltar.

—No solo trabajo por el dinero, Lionel —murmura, más agotada que enfadada.

—Lo sé, joder, perfectamente. Pero también sabes que con esto taparemos unos cuantos boquetes importantes. Y que tu hermana no

tendrá que volver a...

—No sigas —lo interrumpe Cadence con voz tajante—. Ya sé exactamente lo que está en juego.

Se hace un silencio breve.

—Solo quería recordártelo —musita él, bajando el tono hasta convertirlo en un susurro.

—Lo tengo grabado a fuego en la memoria —responde ella, esta vez sin aspereza—. Por ahora todo está bajo control, así que podemos estar tranquilos.

Después hablan de detalles técnicos: los puntos muertos de la propiedad, la ridícula falta de iluminación perimetral, la posibilidad de instalar un generador auxiliar y cámaras térmicas de última generación. Lionel refunfuña cuando ella le confirma que la cabaña, en términos de seguridad, es un auténtico coladero disfrazado de postal navideña de lujo.

—¿De verdad lo compraron pensando que era un refugio seguro? —pregunta Cadence, incrédula.

—Era una casa vacacional de alto standing —explica él—. Pensada para selfies junto a la chimenea y copas de champán cristalino, no para... bueno, para esto.

Cadence baja la mirada hacia la planta baja. La chimenea apagada parece una boca negra y hambrienta en medio del salón. Todavía no ha visto a Mackenzie, pero Cadence sabe que está despierta; la ha oído caminar durante la noche, con pasos nerviosos, casi desesperados, como un animal enjaulado que prueba las rejas una y otra vez.

—Ya encontraré la forma de reforzarlo mientras estemos aquí —le asegura Cadence—. Te aviso si surge algo urgente.

—Perfecto. Y Cadence... ten un poco de paciencia con ella, ¿vale?

Cadence pone los ojos en blanco, harta de que se lo repitan.

—No me digas cómo hacer mi puto trabajo, Lionel.

Cuelga la llamada y guarda el móvil en el bolsillo trasero del pantalón antes de bajar por las escaleras con paso sigiloso. Antes de llegar a la cocina, un ruido extraño la detiene: golpecitos, seguidos de un bufido contenido y claramente irritado. Cruza el umbral y se queda clavada en el sitio.

Mackenzie está frente a la cafetera de cápsulas, sosteniendo una de ellas entre los dedos como si fuera un artefacto extraterrestre y altamente sospechoso. Frunce el ceño con expresión de concentración absoluta. La encimera es un campo de batalla, con la cafetera medio

desmontada, la tostadora ladeada y un paquete de pan de molde abierto que ha dejado un reguero de migas por todas partes.

Cadence parpadea, atónita, y de repente siente que su coraza profesional se ablanda sin permiso alguno.

—¿Qué demonios estás haciendo? —pregunta, incapaz de evitar que su voz adquiriera una pizca de diversión.

Mackenzie ni siquiera se gira. Sigue mirando la máquina como si pudiera doblegarla con la sola fuerza de su voluntad.

—Intentando preparar un maldito café —responde con sequedad—. ¿Es que tienes un doctorado en obviedad?

Cadence observa el desastre y no puede contener una risa breve.

—No tienes... ni la más remota idea de lo que estás haciendo, ¿verdad? —murmura, más para sí misma que para la otra mujer.

—Si has bajado solo para burlarte —replica Mackenzie, girándose por fin con los ojos echando chispas—, puedes dar media vuelta y seguir vigilando desde tu torre de control, como la profesional intachable que eres.

Pero Cadence ya está a su lado, apartándola con una suavidad que la sorprende a ella misma. Sus dedos se rozan un segundo; un contacto

eléctrico que Cadence registra y archiva de inmediato como «no relevante», aunque su pulso traicionero diga exactamente lo contrario.

—Apártate antes de que incendiemos la casa entera —ordena, aunque las palabras no le salen con toda la autoridad que pretende.

Mackenzie parece a punto de protestar, pero al final suspira y retrocede un paso, cruzando los brazos con esa elegancia resignada que parece llevar pegada al ADN.

—Adelante, señorita experta —dice con retintín—. Sorpréndeme con tus habilidades domésticas de élite.

Cadence prepara dos tazas de café con movimientos precisos, casi militares: coloca las cápsulas correctas, pulsa los botones adecuados, tuesta el pan hasta el punto perfecto, bate los huevos en un bol con sal y pimienta, derrite mantequilla en la sartén hasta que el aroma llena la cocina. Mackenzie la observa en silencio, apoyada en la isla, y Cadence siente esa mirada clavada en la nuca como un hierro candente.

Cuando todo está listo, sirve la mesa sin intercambiar palabra y las dos se sientan frente a frente. El silencio ya no es abiertamente hostil, pero sigue cargado de los restos de la noche anterior.

Mackenzie remueve el café con la cucharilla en círculos lentos y perfectos, sin levantar la vista del remolino oscuro.

—No pienso seguir encerrada como un animal en una jaula de lujo. Necesito saber exactamente hasta dónde llega mi libertad dentro de esta casa.

Cadence arquea una ceja, pero no responde de inmediato. Mackenzie continúa sin esperar permiso.

—Quiero usar mi ordenador cuando me dé la gana, no solo cuando tú decidas. Tengo correos, documentos y reuniones que no pueden esperar eternamente porque a ti te parezca «de alto riesgo». Si esto va a durar semanas, no voy a convertirme en una prisionera desconectada del mundo.

Se inclina un poco hacia delante, con los ojos grises fijos en Cadence.

—Y cuando digo «usar mi ordenador», me refiero a sin que estés respirándome en la nuca, vigilando cada tecla que pulso, como si fuera a convocar a mis perseguidores con un simple e-mail. ¿Está eso dentro de tus márgenes de seguridad o también vas a vetarlo?

Cadence deja la taza con una enorme calma estudiada sobre la mesa.

—En cuanto le eche un vistazo podrás usarlo. Pero te lo advierto...
—comunica, y la mira fijamente—. Nada de videollamadas sin mi

supervisión previa, nada de adjuntar archivos y todo el tráfico pasará por mi servidor seguro. Si aceptas eso, lo tendrás cuando quieras.

Mackenzie aprieta los labios en una línea fina.

—¿Y si no?

—Entonces seguirá guardado en mi habitación hasta que cambies de opinión —responde Cadence con la misma calma glacial, dándole un enorme bocado a la tostada y después, habla con la boca llena—. Tú decides qué prefieres.

Un silencio tenso se instala entre ellas. Mackenzie se recuesta en la silla, cruza los brazos y suelta un resoplido.

—Bien. Acepto tus condiciones... Pero que quede claro: no estoy aquí para que me gusten tus reglas. Estoy aquí porque no me queda otra. Y cuando esto termine, no quiero volver a verte el pelo nunca más.

Cadence esboza una media sonrisa sin humor.

—Créeme, Sutton, el sentimiento es mutuo.

Terminan el desayuno y cuando se levantan, Cadence recoge los platos antes de que Mackenzie pueda siquiera terminar de apartar su taza.

—Vístete adecuadamente —ordena mientras lava la sartén con movimientos mecánicos y precisos—. Vamos a inspeccionar los alrededores.

—¿Y eso por qué? —pregunta Mackenzie desde la escalera.

—Porque hay al menos seis entradas al claro que no se ven desde la casa. Y porque no me fío ni un pelo de la calma aparente de este sitio.

*

Quince minutos después, Mackenzie baja las escaleras y Cadence tiene que hacer un esfuerzo titánico para no quedarse mirándola boquiabierta.

Lleva unos leggings que se ajustan a sus piernas como una segunda piel de lujo absoluto, botas altas de ante negro con tacón de aguja que cuestan más que el sueldo anual de medio mundo, un jersey oversize de cachemir gris perla que resbala por un hombro dejando al descubierto la línea perfecta de su clavícula, y un abrigo largo que cae hasta media pantorrilla como si estuviera desfilando para la portada de Vogue en plena nevada. Mackenzie se ha dejado el pelo suelto, brillante como seda salvaje, y lleva maquillaje sutil pero impecable que resalta sus pómulos altos y unos ojos felinos. Es una visión tan obscenamente fuera de lugar que duele mirarla.

Cadence respira hondo, se cruza de brazos y suelta sin filtro alguno:

—No pretenderás salir así vestida, ¿verdad? Pareces un anuncio de perfume perdido en medio del bosque siberiano.

Mackenzie alza una ceja, desafiante, aunque Cadence detecta el leve rubor que trepa por sus mejillas.

—¿Disculpa? —replica Mackenzie—. No pienso ponerme cinco capas como un esquimal solo porque tú tengas alergia al estilo. Esto es Loro Piana, Bottega Veneta y un abrigo de Max Mara que cuesta más de lo que nunca podrás ganar, así que me siento perfectamente cómoda, gracias.

—¿Cómoda? —repite Cadence, incrédula—. Vas a congelarte las piernas en menos de cinco minutos, dejarás huellas de tacón que se verán desde un satélite y, si tenemos que correr, te vas a romper las piernas. Pero adelante, princesa de hielo, tú mandas en tu guardarropa.

—¿Por qué debería de correr? Y deja de llamarme así, joder. No es mi culpa que tú tengas tan mal gusto —sisea Mackenzie, acercándose un paso con los ojos entrecerrados—. Si tanto te molesta mi ropa, podrías mirar hacia otro lado de vez en cuando, ¿no crees?

—Créeme, lo intento —murmura Cadence entre dientes.

Poco después salen al exterior. El aire frío las golpea como un muro sólido, arrancándoles el aliento en nubes blancas y densas. El cielo está encapotado, plumizo, pero la nieve refleja la poca luz que hay y convierte el bosque en un escenario irreal, casi onírico.

Cadence camina dos metros por delante, escanea el terreno: la línea de árboles, las sombras entre los troncos, el camino de acceso medio oculto bajo la nieve. Todo lo registra automáticamente, pero su atención se desvía una y otra vez hacia atrás.

Mackenzie avanza con una determinación que no logra disimular del todo el temblor leve de sus piernas por el frío. Se abraza el abrigo al cuello con una mano enguantada de cuero negro, aparta el pelo cuando el viento lo revuelve con furia, y frunce el ceño cuando una rama baja le roza la mejilla. Cada gesto es elegante, incluso la forma de resbalarse un poco en la nieve y recuperar el equilibrio con una gracia innata que Cadence envidia con rabia.

Después, finge observar un grupo de pinos, pero en realidad la observa a ella. De reojo.

Y Mackenzie lo nota. Su respiración se acelera un poco cada vez que siente los ojos de Cadence sobre ella, sobre la curva de su cintura, sobre la línea de su cuello cuando el viento aparta el abrigo...

—¿Siempre devoras con la mirada a todas tus clientas, o es que yo tengo el privilegio exclusivo? —suelta Mackenzie de pronto sin detenerse ni girarse.

Cadence casi tropieza.

—No sé de qué hablas —responde con sequedad.

—Claro que sí—insiste la otra, deteniéndose para mirarla por encima del hombro—. Me estás devorando con la mirada desde que salimos, y no creo que sea parte del protocolo de seguridad.

Cadence aprieta los dientes.

—Estoy haciendo mi trabajo.

—Tu trabajo no incluye comerte con los ojos cada centímetro de mi cuerpo —replica Mackenzie, con algo de burla.

«Esto será divertido».

Cadence no responde. Sigue caminando, dejando huellas paralelas en la nieve. El bosque las observa, indiferente y hermoso. Un pájaro grazna a lo lejos, como recordándoles que están solas. Completamente solas. Será mejor que se desvíen al pueblo si no quiere que Mackenzie empiece a darle problemas.

Capítulo 6

El pueblo se extiende ante ellas como una postal congelada en el tiempo: casas bajas con tejados cubiertos por una capa reciente y esponjosa de nieve, fachadas de madera curtida por los años que conservan esa belleza sencilla y cotidiana de los lugares donde nada parece suceder jamás, y calles angostas que serpentean con pereza entre porches decorados con macetas heladas, buzones oxidados y pequeños escaparates empañados por el aliento de los vecinos. A sus espaldas, el bosque se adivina apenas entre troncos húmedos y ramas desnudas que crujen con cada ráfaga de viento helado, ese viento cortante y despiadado que solo conoce quien ha vivido un invierno de verdad en Vermont.

Cadence avanza sin mirar atrás ni una sola vez. Lleva un buen rato obligándose a mantener la vista fija al frente, sin permitir que sus ojos se desvíen ni un milímetro más allá de lo estrictamente imprescindible para no tropezar. Sin embargo, esa disciplina férrea que tanto le ha costado construir se agrieta sin remedio cada vez que, casi sin querer, gira la cabeza un instante hacia un lado. Ahí está Mackenzie, desafiando toda lógica y toda gravedad conocida, envuelta en un abrigo de

cachemir negro que parece absorber la luz en lugar de reflejarla, con aquellas botas de tacón fino que se hunden en la nieve como si tal cosa. Es una visión completamente fuera de lugar, una nota estridente y deslumbrante en medio de una sinfonía monocroma de grises y blancos, y Cadence, a pesar de todos sus años de entrenamiento y de su autocontrol casi militar, siente que esa nota le retumba muy dentro del pecho, como un tambor que se niega a callar.

Ya antes de llegar a la plaza central nota las miradas clavadas en ellas como alfileres. Al principio son solo destellos fugaces en los cristales empañados: un ojo curioso que asoma detrás de una cortina, un visillo que se mueve con disimulo allá a lo lejos. Después se vuelven más descaradas, casi tangibles. Un hombre deja la escoba a medio camino y se queda paralizado con la boca entreabierta; una mujer finge buscar algo en el buzón mientras estira el cuello hasta casi desencajarlo. Nadie se molesta en disimular. Es lógico: Mackenzie brilla como un diamante sobre un trozo de terciopelo sucio, mientras que Cadence parece la sombra severa y silenciosa que siempre acompaña a la joya. Dos mundos que jamás debieron cruzarse, y mucho menos en este rincón perdido y helado del planeta.

—Nos miran como si acabáramos de bajar de un platillo volante
—susurra Mackenzie con esa voz baja y aterciopelada que siempre

suenan a secreto compartido, mientras se ajusta el cuello del abrigo con un gesto tan elegante que podría perfectamente ilustrar la portada de Vogue—. Aunque, siendo justos, tú siempre has tenido más pinta de astronauta con cara de pocos amigos que de extraterrestre glamurosa.

Cadence aprieta la mandíbula hasta que le crujen los dientes. No contesta, al menos no de inmediato; se limita a seguir caminando como si no hubiera oído nada.

—Te miran porque pareces un anuncio de perfume de lujo perdido en un reportaje sobre la América profunda —responde al fin con sequedad, sin apartar la vista del frente—. Y porque esos tacones ridículos suenan como si estuvieras taladrando el hielo con un martillo neumático. No hace falta ser muy listo para darse cuenta.

Mackenzie suelta una risa breve y cristalina que se rompe contra el aire gélido como un copo de nieve al sol.

—La envidia, querida Cadence, es un veneno lento y delicioso —replica con esa condescendencia innata que le brota sin esfuerzo—. No es culpa mía que este pueblo parezca el decorado barato de una película navideña de los cincuenta que nadie se ha molestado en actualizar.

«No me extraña que tu ex te dejara tirada como un kleenex usado», piensa Cadence con rabia contenida.

Pero no cae en la trampa; sabe que no puede permitírselo. Está demasiado ocupada grabando a fuego lento cada detalle: la tiendecita de ultramarinos con el letrero descolorido que proclama «Abierto desde 1958», la farmacia con su cruz verde parpadeante, el taller mecánico con el cartel medio torcido, las múltiples tiendecitas que rodean la plaza... Cada esquina, cada escaparate, cada posible ruta de escape o de emboscada se incrusta en su cerebro como si realmente fuera a necesitarlo en cuestión de horas. Porque Cadence lleva años sintiendo esa punzada en la nuca que le avisa de que las cosas siempre terminan torciéndose —es una ley no escrita en su profesión— y necesita tener el mapa entero tatuado en la retina para poder reaccionar en fracciones de segundo cuando llegue el momento.

—No hemos venido de turismo ni a hacer amigas —advierde con voz baja y cortante—. Necesito saber exactamente dónde está cada tienda, cada callejón y cada salida si vamos a pasar semanas metidas en este agujero. La improvisación mata, y tú deberías saberlo mejor que nadie, aunque te empeñes en fingir lo contrario.

—Claro, mi capitana —responde Mackenzie con esa burla dulzona que tanto saca de quicio a Cadence—. Tu obsesión por controlarlo todo

es casi enternecedora. ¿Alguna vez te permites respirar sin calcular cuántos mililitros de oxígeno estás gastando?

Cadence abre la boca para soltarle una réplica que la deje muda, pero una presencia inesperada la interrumpe de golpe. A su derecha, una mujer mayor aparece entre la nieve como si hubiera brotado del suelo mismo. Lleva un abrigo de lana grueso de color burdeos oscurecido por los años y una bufanda tejida a mano que le cubre hasta la nariz. Solo sus ojos —de un azul tan claro y limpio que recuerda al agua de un glaciar— quedan al descubierto, y brillan con una calidez que Cadence no está acostumbrada a recibir de nadie.

—¡Buenos días, queridas! —saluda la mujer con una voz que parece salir directamente de una chimenea encendida—. No os tenía vistas por aquí. ¿Sois nuevas en el pueblo?

Cadence se detiene en seco, con todos los músculos en tensión. Mackenzie, en cambio, despliega una sonrisa tan radiante que podría derretir medio Vermont.

—Encantada de conocerla —responde con ese tono suave y sedoso que reserva para el público—. Acabamos de instalarnos por una temporadita. Yo soy Mackenzie Sutton, y esta —añade, señalándola con

un gesto teatral que roza lo exagerado— es Cadence, mi sombra inseparable y, a veces, mi cruz particular.

Pronuncia su nombre como si lo saboreara, con una calidez que a Cadence le suena falsa y casi insultante viniendo de unos labios que normalmente destilan veneno.

—Marjorie Turner —se presenta la mujer, tendiendo una mano enguantada primero a Mackenzie y luego, con la misma amabilidad, a Cadence—. Tengo una cafetería pequeñita justo en la calle de arriba, nada del otro jueves, ya os lo advierto. Pero llevo horneando tartas desde antes de que mis nietos perdieran los dientes de leche, así que algo sabré de hacer feliz a la gente con un poco de azúcar y calor.

Mackenzie suelta una risa sincera y ligera que flota un segundo en el aire antes de disolverse entre los copos.

—Con este frío que pela, un trozo de tarta casera suena al paraíso —comenta, y hay algo en su voz que Cadence nunca había oído: una ilusión auténtica, casi infantil, como si por un instante se hubiera olvidado de quién es.

—¡Pues estáis invitadas cuando os apetezca de verdad! —exclama Marjorie, hinchándose de orgullo—. El primer pedazo siempre corre de

mi cuenta para los recién llegados. Es tradición mía, no del pueblo, pero toda bienvenida merece un poco de dulzura y calor humano.

Mackenzie ladea la cabeza con esa gracia felina que tan bien domina y clava en Cadence una mirada traviesa y punzante.

—¿Lo ves, Cadence? Solo hace falta sonreír un poquito y el mundo entero se postra a tus pies. No todo el planeta está lleno de francotiradores escondidos tras las cortinas ni de conspiraciones maquiavélicas.

Cadence inspira despacio, contando mentalmente hasta cuatro antes de soltar el aire por la nariz. Siente esa irritación conocida en la boca del estómago, esa rabia sorda de que alguien esté trivializando años de entrenamiento brutal, de cicatrices que aún le duelen cuando cambia el tiempo, de noches en vela esperando el siguiente disparo que nunca sabes de dónde vendrá.

—Agradecemos mucho la invitación, señora Turner —responde con una cortesía que le cuesta un mundo mantener—. Puede que nos pasemos uno de estos días, si el horario lo permite.

—¡Cuando queráis, queridas mías! Hasta las cuatro estoy allí. Y si necesitáis cualquier cosa, sea la hora que sea, no dudéis en llamar a mi puerta.

Marjorie se despide con un alegre aspaviento de la mano enguantada y se pierde entre la nieve con la misma naturalidad con que había aparecido, como si el pueblo entero la estuviera esperando para seguir girando.

Mackenzie suelta un suspiro teatral, claramente satisfecha consigo misma.

—¿Ves? Ni puñales ocultos, ni secuestros exprés en plena calle, ni arsénico en la tarta. Qué decepción tan grande para tu guion apocalíptico personal, ¿verdad?

Cadence reanuda la marcha sin dignarse a contestar. Sabe que si abre la boca ahora, saldrá algo que le regalará a Mackenzie munición para semanas, y hoy no está para eso.

El viento se levanta de nuevo, trayendo olor a leña de roble quemándose en chimeneas y a pan recién horneado que se cuela por las rendijas de las ventanas. Cadence registra el ayuntamiento con su reloj de torre oxidado, el centro cívico abierto de par en par, el banco del que entran y salen vecinos con las mejillas coloradas. Calcula distancias con precisión quirúrgica, evalúa líneas de visión, puntos ciegos, salidas de emergencia. Pero cada pocos metros, Mackenzie suelta una pullita envuelta en terciopelo.

—¿Vas a fotografiar mentalmente hasta el último banco del parque? —pregunta en un momento dado con retintín—. ¿O prefieres hacer un croquis detallado cuando lleguemos a casa? Seguro que tienes rotuladores tácticos y una regla de precisión militar.

—Si lo hiciera —responde Cadence con una calma que le cuesta la misma vida mantener—, sería porque he salvado vidas en situaciones reales, incluida la tuya, aunque te empeñes en ponérmelo imposible a propósito.

—Seguro que en el fondo no me odias tanto como para querer perderme de vista... —concede Mackenzie, con esa media sonrisa que siempre parece saber más de lo que dice.

La calle principal se curva con suavidad y desemboca en una placita peatonal adornada con guirnaldas de luces navideñas que aún no han encendido.

Cadence lo ve antes de que ocurra. Un segundo antes, nada más.

Mackenzie no.

El tacón derecho de su «jefa» pisa justo el borde de una placa de hielo traicionera. El cuerpo de Mackenzie se inclina hacia delante con una lentitud casi poética; los brazos extendidos buscando un apoyo que no existe, el pelo deslizándose como seda negra sobre los hombros, el

destello de pánico puro y desnudo que cruza sus ojos verdes antes de que la máscara de frialdad vuelva a cerrarse de golpe.

—¡Cuidado! —grita Cadence, y ya está moviéndose.

La atrapa por la cintura un instante antes del desastre total. El cuerpo de Mackenzie cae contra el suyo con todo su peso, pero Cadence lo absorbe sin dudar. Los dedos se hunden en la cachemir suave, encuentran el calor vivo y palpitante debajo, el latido acelerado que retumba contra su propio pecho. Por un latido eterno quedan así: suspendidas en el tiempo, con las respiraciones entrecortadas mezclándose en nubes blancas y densas que se elevan hacia el cielo gris.

Los ojos de Mackenzie están muy abiertos, desmesuradamente abiertos. Cadence nota cómo su propio corazón golpea contra las costillas como si quisiera escapar, cómo un calor traicionero le sube por el cuello hasta las orejas. La sostiene con ambas manos, como si soltarla significara perder algo irreparable, algo que ni siquiera se atreve a nombrar. El mundo entero se reduce al peso de ese cuerpo entre sus brazos, al aroma sutil y embriagador de su perfume —jazmín y mandarina que no deberían oler tan bien en medio del frío polar— y al temblor apenas perceptible que recorre la espalda de Mackenzie como una corriente eléctrica.

—Ya te avisé que este sitio no estaba hecho para tacones de diseño —murmura Cadence, notando cómo se le seca la garganta de golpe.

Mackenzie traga saliva con dificultad. Tiene las mejillas encendidas —por el frío, por la vergüenza, por la cercanía insultante con una mujer que debería apartar de inmediato— y los labios entreabiertos como si fuera a soltar una de sus pullas habituales.

—Suéltame de una vez —espetta, aunque no hace ni el menor movimiento para apartarse—. Puedo seguir yo sola, ¿está claro?

Cadence afloja el agarre con lentitud deliberada, asegurándose de que los pies de Mackenzie encuentran apoyo firme antes de retirarse del todo. Cuando el contacto se rompe, el vacío resultante es tan físico y doloroso que Cadence nota una punzada extraña en el pecho, como si le hubieran arrancado algo.

—Gracias —admite Mackenzie entre dientes, mirando al suelo como si el hielo tuviera todas las respuestas del universo—. No esperes que lo repita.

—No lo espero ni lo quiero —responde Cadence con voz más ronca de lo que pretendía—. Mi trabajo consiste precisamente en

mantenerte entera, aunque tú hagas todo lo posible por impedírmelo con esa actitud tan infantil y suicida.

Mackenzie la fulmina con la mirada, pero no encuentra nada que decir. El pueblo sigue ahí, impasible y ajeno al terremoto silencioso que acaba de producirse en medio de la plaza.

Cadence reanuda la marcha, registrando callejones, portales sospechosos, rostros que se asoman y desaparecen con rapidez. Pero ya nada vuelve a ser igual.

Porque, por mucho que lo niegue hasta la saciedad, por mucho que intente enterrarlo bajo capas y capas de disciplina, frialdad y profesionalidad, ha sentido el temblor del cuerpo de Mackenzie contra el suyo, el calor de su piel a través de la ropa, el latido desbocado que no era solo miedo. Y ha sentido una chispa que no es nada natural, una chispa que amenaza con incendiar todo lo que ha construido con tanto esfuerzo.

Capítulo 7

Mackenzie Sutton ha necesitado casi media hora para arrancar a Cadence de su estado de alerta permanente, un desgaste que ha ido tejiendo con miradas de reojo y un silencio. No ha sido una concesión amable, una batalla que Cadence ha perdido sin pronunciar una sola palabra de derrota. Ahora caminan juntas por la calle principal del pueblo, cargadas con bolsas de papel a ambas manos. Para Mackenzie estas compras —unas velas de cera que huelen de maravilla, un jarrón de cerámica con imperfecciones adorables, una manta de lana gruesa— son pequeños trofeos que le permiten fingir que todavía tiene algo de control sobre su propia vida; para Cadence no son más que un peso muerto, un lastre absurdo que reduce su radio de acción y que podría costarles caro si tuvieran que salir corriendo. Porque, aunque estén perdidas de la mano de Dios, no se sabe hasta dónde pueden llegar los periodistas. Pero claro, la gran heredera, no parece entenderlo.

Cadence avanza a su lado con la espalda recta y cada músculo en tensión. Lleva las bolsas con los brazos ligeramente separados del cuerpo, lista para soltar todo en un segundo y sacar el arma que lleva escondida bajo la chaqueta. Mackenzie la observa de reojo y siente una

punzada de irritación que se mezcla con una fascinación que se niega a reconocer. Esa mujer es un muro con patas, y ella siempre ha tenido la pésima costumbre de querer trepar por los muros solo para ver qué demonios hay al otro lado, aunque luego acabe estrellándose.

—Ya que soy tu prisionera... —le había soltado media hora antes, plantada delante del escaparate de una tiendecita de antigüedades, con esa voz melosa y afilada que tan bien sabe manejar—, al menos podrías concederme el capricho de hacer esto mínimamente tolerable. Una copa, Cadence. Solo una. Entre mujeres adultas que saben lo que se hacen. ¿O te da pánico que me tome alguna de más y empiece a confesar mis secretos?

Cadence no había contestado de inmediato. Había apretado la mandíbula hasta que los tendones se marcaron bajo la piel pálida, había inspirado lentamente por la nariz y contado hasta diez para no cometer un homicidio en plena calle. No dijo sí. Tampoco dijo no. En Cadence, el silencio nunca es vacío; es un idioma completo en toda su expresión, y Mackenzie, contra todo pronóstico y contra su propia voluntad, está empezando a entenderlo con una facilidad que la inquieta profundamente.

Ahora, después de dos boutiques que a Cadence le han parecido un ejercicio de masoquismo burgués —aunque no ha abierto la boca

para protestar—, Mackenzie la arrastra, hacia un bar que ha divisado al final del pueblo, justo donde la calle principal se encuentra con la carretera que se pierde entre los pinos de regreso a la cabaña. No es un sitio elegante; es todo lo contrario. La fachada está comida por la diferentes capas de pintura, y las ventanas dejan ver una luces horrendas desde el interior.

Al abrir la puerta, el calor las golpea como una bofetada necesaria. Al fondo, sobre una tarima improvisada de tablones desiguales, una mujer de unos cuarenta años, con el pelo castaño recogido en un peinado que se deshace a cada movimiento, canta una balada country con una voz rota que a Mackenzie le parece preciosa. La guitarra la acompaña sola, sin artificios, y la melodía se arrastra lenta, casi dolorosa.

El local está lleno, pero no a reventar. Todos se conocen. Hay saludos con la barbilla, palmadas en la espalda, risas que no necesitan explicación porque llevan años repitiéndose. Cuando entran ellas, el murmullo baja un tono. Las cabezas giran con esa lentitud curiosa y descarada de los pueblos pequeños. Mackenzie siente las miradas posándose sobre ella como si fueran insectos. No son hostiles; son evaluadoras. La recorren de arriba abajo, igual que a su abrigo de

cachemir, los zapatos italianos y el pelo que brilla incluso bajo esa luz sucia. Y, sin embargo, se da cuenta pronto de que nadie la reconoce.

La revelación le cae encima como un jarro de agua helada, pero enseguida pone una sonrisa triunfante en su impecable rostro.

—Aquí no saben quién soy —murmura tan bajo que solo Cadence puede oírla, y en su voz se mezcla un alivio salvaje con un vértigo que le hace temblar las rodillas—. Por primera vez en años, nadie tiene ni idea de quién demonios soy.

Cadence se tensa todavía más, si es que eso es posible.

—No te acostumbres —susurra, tan cerca que Mackenzie siente el aliento cálido rozándole la oreja—. Y no hagas ninguna tontería que les dé motivos para enterarse.

Mackenzie gira la cabeza despacio y le dedica una sonrisa afilada.

—Ay, Cadence, qué poquita fe tienes en mi sentido de la discreción. Me rompes el corazón.

Se acerca a la barra con esa seguridad innata que lleva pegada a la piel, como si el mundo estuviera obligado a apartarse y hacerle sitio. Se sienta en un taburete, cruza las piernas con elegancia y, sin mirar la pizarra escrita con rotulador, pide:

—Un French 75, por favor. Con ginebra Hendrick's si tienes, y si no, con lo que sea que no sepa a bebida barata.

El camarero, un hombre corpulento con barba gris y ojos de perro viejo y cansado, la mira como si acabara de pedirle que le sirviera un unicornio en una copa de champán.

—Aquí no tenemos de eso, señorita.

Antes de que Mackenzie abra la boca para soltar su veneno habitual, una voz femenina se adelanta desde el otro extremo de la barra.

—Yo puedo intentarlo —dice la mujer.

La camarera es joven, veintitantos, con el pelo negro recogido en una trenza medio deshecha y unos ojos verdes que parecen haber visto más mundo del que cuentan. Es guapa de una forma curiosa: pómulos altos, boca grande, una cicatriz pequeña en la ceja izquierda que le da carácter y misterio. Y mira a Mackenzie sin disimulo, con una franqueza tan descarada que en otro contexto ya sería una declaración para acabar juntas la noche hasta el amanecer.

—Gracias —responde Mackenzie, sosteniendo una mirada con intensidad.

La chica empieza a preparar el cóctel con movimientos seguros. Mackenzie la observa sin disimular: los antebrazos delgados pero fuertes, las venas marcadas, el modo en que muerde el labio inferior cuando calcula las proporciones. Es un ritual pequeño, pero la hace sentir viva de una forma que no esperaba en absoluto.

—¿Turistas? —pregunta la camarera sin levantar la vista del vaso.

—Algo bastante más complicado —contesta Mackenzie, con una sonrisa que lejos está de ser verdadera—. Digamos que estoy de retiro forzoso, aunque esto no sea precisamente un balneario.

Se gira ligeramente sobre el taburete y alza la voz lo justo para que esta se oiga por encima de la música.

—Cadence, cariño, ven aquí. Que no muerdo y hoy estoy de buen humor.

Las cabezas vuelven a girar. La camarera alza una ceja, divertida. Cadence se acerca con lentitud, con la espalda recta, y los hombros cuadrados como si llevara un yugo invisible.

—No bebo cuando estoy de servicio —dice antes siquiera de llegar a la barra.

—Pues hoy vas a hacer una excepción —replica Mackenzie con esa dulzura venenosa que tan bien domina—. Ponle una cerveza, por

favor. La mejor que tengas, hoy la invito yo.

Cadence la fulmina con una mirada que podría congelar el mismísimo infierno.

—Mackenzie...

—Shhh —la interrumpe ella, acercándose lo suficiente para que sus rodillas se rocen—. Relájate un minuto. Nadie va a dispararme en este sitio. ¿Es que no has visto dónde estamos?

Cadence duda. Es apenas un parpadeo, un microsegundo en que la máscara se resquebraja. Luego, contra todo pronóstico y contra su propia naturaleza, se sienta. A regañadientes, sí, pero se sienta. Mackenzie se inclina hacia ella hasta que sus hombros se tocan.

—No sé si tomármelo como algo bueno o peligroso —murmura Cadence, tan bajo que solo ella puede oírla—, pero que nadie me mire por aquí como si fuera una bomba de relojería debería ser bueno ¿No?. Me miran como si fuera... una persona normal y corriente. Qué concepto tan extraño, ¿no crees?

Cadence no contesta. Sus dedos rodean el vaso de cerveza con tanta fuerza que los nudillos se le ponen blancos. La camarera deja el cóctel delante de ellas. El French 75 está sorprendentemente decente.

—Nada, nada mal —concede Mackenzie, alzando la copa hacia la chica con una sonrisa genuina—. Tienes talento. Deberías trabajar en sitios donde la gente sepa apreciarlo de verdad.

—Y tú deberías venir más a menudo —responde la camarera, con una sonrisa que roza, de nuevo, una invitación descarada.

Mackenzie siente el tirón habitual, ese cosquilleo de poder cuando alguien la desea. Normalmente jugaría, coquetearía, dejaría caer alguna frase que calentase el ambiente. Pero por esa noche, su atención vuelve una y otra vez al perfil tenso de Cadence, a una pequeña cicatriz que se dibuja en el nudillo de su mano izquierda, a la forma en que sus pestañas proyectan sombras largas sobre los pómulos cuando baja la mirada.

—Relájate —le dice Mackenzie, rozándole el antebrazo con las yemas de los dedos. Es un toque leve, casi inocente, pero Cadence se tensa como si le hubiera dado una descarga eléctrica—. No hay francotiradores en el tejado. Ni cianuro en la cerveza. Solo gente aburrida que quiere olvidar que mañana volverá a nevar y que la vida sigue igual.

—No todo el mundo tiene el lujo de poder olvidar, Mackenzie —responde Cadence con frialdad.

Mackenzie siente que algo se le clava justo debajo de las costillas. Esa frase, tan simple y tan desnuda, le dice mucho. Sin embargo, vuelve a reír como si le importara poco lo que piense esa mujer.

—Nunca te cansas ¿eh? —pregunta de pronto, sin máscaras de por medio—. ¿De estar siempre en guerra con todo lo que te rodea? Deberías esforzarte un poquito más por hacer de estos días una estancia mejor.

Cadence levanta la mirada y Mackenzie ve algo que no es frialdad: es cansancio, profundo, como un lago helado que lleva siglos sin romperse.

—Desgraciadamente, es la única forma que he conocido de seguir viva. Y tú, deberías de agradecerérmelo —la regaña Cadence, con una sinceridad aplastante

Y ahí está. La grieta. Pequeña, casi invisible, pero real e imposible de ignorar.

Mackenzie traga saliva. Bebe un sorbo largo. El alcohol le quema la garganta y, por un segundo, desea que queme más, que le arranque esa sensación incómoda que se le ha instalado bajo las costillas.

Se inclina un poco más, hasta que sus labios casi rozan la oreja de Cadence.

—Pues esta noche... —le susurra—. Esta noche eres solo una mujer tomando una cerveza en un bar cutre con una pesada que no sabe estarse callada. Mañana puedes volver a ser mi carcelera si te apetece.

Cadence no responde. Pero sus dedos, alrededor del vaso, pierde la tensión.

La cantante del fondo empieza otra canción, más lenta y triste. Mackenzie escucha la letra a medias: algo sobre caminos que no llevan a ninguna parte y corazones que ya no saben encontrar el camino de vuelta a casa.

Y piensa, con una claridad que la asusta de verdad, que quizá la fría Mackenzie Sutton acaba de encontrar a la única persona en el mundo capaz de entenderla de verdad.

Y que eso, paradójicamente, es lo más peligroso que le ha pasado nunca.

Capítulo 8

El amanecer apenas se atreve a asomar por detrás de las cumbres, un resplandor que se cuela entre los pinos acariciándolos suavemente. Cadence lleva despierta más de una hora. No necesita despertador; su cuerpo se activa solo, como un mecanismo antiguo que aún conserva la memoria del peligro grabada en cada músculo de su cuerpo.

Sentada frente a los monitores, recorre con la mirada las imágenes granuladas en blanco y negro de las cámaras perimetrales: el sendero cubierto por la nieve que nadie ha pisado desde la última tormenta, el garaje medio oculto, la línea oscura de árboles que parece contener la respiración a la espera de algo que nunca llega. Todo está quieto. Demasiado quieto. El silencio en la montaña nunca es inocente, y ella lo sabe muy bien.

En el auricular, la voz de Lionel irrumpe con calma.

—Dime la verdad, Cadence —pregunta él, seguramente con esa media sonrisa que ella casi puede ver, aunque esté a medio mundo de distancia—. ¿Ya has fantaseado con despeñarla por el barranco más cercano o vais a mejor?

Cadence expulsa el aire muy despacio, sin apartar los ojos de la pantalla.

—Si te refieres a que ya no cuento los segundos que faltan para estrangularla con mis propias manos... digamos que he mejorado un poco el margen de tolerancia.

Al otro lado se escucha una carcajada.

—Progreso notable, capitana. Para ti eso equivale casi a un idilio romántico.

—No te pases de listo —responde ella con sequedad, aunque la comisura de su boca se alza apenas un milímetro, un gesto que nadie vería si no la conociera de verdad—. Sigue siendo un dolor de cabeza con lengua viperina.

—Es Mackenzie Sutton —contesta Lionel como si con eso estuviera todo dicho—. Nadie afirmó que fuera a ser fácil. Ni tú, ni yo, ni el pobre desgraciado de su padre.

Cadence se acomoda en la silla ergonómica. El respaldo cruje levemente, un sonido que en cualquier otro lugar sería insignificante.

—No estoy aquí para que sea fácil —musita con voz baja y firme—. Estoy aquí para que no le jodan la vida. Punto final.

Un silencio breve los acompaña durante un rato.

—Los abogados avanzan —añade Lionel después de carraspear—. Lentos, pero avanzan. Calculo que no pasaréis más de tres semanas allí, cuatro como mucho. Tal y como te dije.

—Ojalá —susurra ella, y la palabra le suena hasta cansada—. Este sitio podría convertirse en una tortura lenta y dolorosa.

—Nada con lo que no puedas lidiar —bromea Lionel—. Proteger a esa mujer, debería considerarse unas vacaciones.

Cadence no sonríe, pero nota cómo sus hombros se relajan. Es algo casi imperceptible para cualquiera que no sepa leerla.

—¿Y la prensa? —pregunta Cadence.

—Siguen dando palos de ciego. Esta semana han soltado tres sobre donde podría estar Mackenzie. Pero tu nombre no aparece ni en la letra pequeña. Sigues siendo un fantasma perfecto, como siempre.

Fantasma. La palabra se queda flotando en el auricular como una bala sin detonar. Hubo un tiempo en que ese título era su mayor orgullo, su escudo y su arma. Ahora suena a epitafio anticipado.

—Mantenme al tanto —pide Cadence, volviendo al tono neutro, profesional, blindado que tanto trabajo le ha costado construir.

—Como siempre.

Y al segundo, Cadence corta la comunicación. El silencio regresa, denso, casi físico. Cadence se levanta, estira el cuello hasta que le cruje, y apaga dos de los monitores. Si Mackenzie sigue dormida —y todo indica que sí—, aún dispone de casi una hora de paz absoluta, sesenta minutos que puede aprovechar para recordarse quién es y por qué hace lo que hace.

«Solo espero que esto ayude a Elena de verdad».

Se dirige hacia el gimnasio de la estancia: una habitación alargada al fondo del pasillo, con el suelo protegido por esterillas negras y las ventanas cerradas a cal y canto. Allí dentro no existe el paisaje. Se cambia en menos de veinte segundos y se queda con el pantalón deportivo, una camiseta sin mangas y las zapatillas gastadas que han visto más kilómetros que la mayoría de coches. Nada de colores. Nada que le recuerde que fuera de esas cuatro paredes existe un mundo que a veces parece demasiado blando.

Cuando empieza el calentamiento, su mente intenta vaciarse por completo, pero los recuerdos son más tercos que la disciplina más férrea. Con cada sentadilla, con cada dominada, Amina regresa como una quemazón persistente en el centro del pecho. No llega como fotografía nítida, sino como fragmentos que duelen más que cualquier herida: el olor a polvo y a té de menta fuerte en el mercado, la risa

nerviosa cuando le enseñaba a decir «gracias» en con su acento torpe, el modo en que se ajustaba el hiyab azul con dedos inseguros cuando soplaban el viento caliente del desierto.

Y luego llega esa imagen, la que nunca ha conseguido eliminar de su mente. Los ojos abiertos de más, la sangre brotando entre los dedos de Cadence mientras intentaba taponar una herida que ya no tenía solución, el calor pegajoso en las manos, el grito que se le quedó atascado en la garganta para siempre.

Aprieta los dientes hasta que le duelen la mandíbula, añade quince kilos más a la barra. El metal frío le arde contra las palmas de las manos. Bien. Que arda. Que duela. Que se lleve cada uno de sus recuerdos.

La última vez que protegió a alguien de un modo tan personal, las cosas no salieron nada bien.

Pero se dice que ahora no es lo mismo. Mackenzie no es Amina. No se parecen en nada. Una era luz contenida que pedía permiso para brillar; la otra es fuego puro que quema lo que toca sin pedir perdón. Una se disculpaba por existir; la otra lo exige como un derecho divino. Y aun así... hay algo en la forma en que Mackenzie la mira..., algo que se

parece peligrosamente a esa confianza ciega que empezó a sentir en el pasado.

Sacude la cabeza con furia, como si pudiera arrojar los pensamientos fuera, y pasa a la cinta. Aumenta la velocidad hasta que los pulmones le arden y el sudor le resbala por la columna vertebral como lágrimas que nunca se permite derramar. Cada zancada es una negativa rotunda. Cada kilómetro, un muro más alto, imposible de saltar.

Hasta que el sonido de una puerta al fondo del pasillo rompe de su carrera.

Cadence baja la velocidad dos puntos de golpe. En el reflejo oscuro de la ventana ve el movimiento de Mackenzie aparecer en el umbral de su dormitorio, descalza, envuelta únicamente en una camiseta vieja de algodón gris que le llega a medio muslo y que seguramente robó del armario de algún amante olvidado. El pelo revuelto por el sueño, cayendo en ondas desordenadas sobre los hombros y la espalda. Se estira con pereza felina, con la espalda arqueándose con naturalidad, la tela subiéndose apenas lo suficiente para mostrar la línea pálida y suave del muslo, la curva de la cadera que la camiseta no alcanza a cubrir...

Cadence traga saliva sin querer. El pulso se le acelera más que con la carrera.

«Está loca», piensa con rabia. «Con el frío que hace...»

Aunque dentro de la casa la calefacción mantiene veintitrés grados constantes, porque Cadence la regula cada noche para evitar que la temperatura de fuera las joda.

Mackenzie avanza por el pasillo con esa lentitud de quien aún no ha decidido si quiere despertarse del todo o volver a la cama. Los pies descalzos sobre la madera apenas hacen ruido, apenas un roce que Cadence registra de todos modos. Se detiene en la puerta de la cocina, se frota un ojo con el dorso de la mano, bosteza sin cubrirse la boca, un bostezo largo y despreocupado que muestra la línea de la clavícula.

Y entonces sus ojos encuentran con el reflejo de Cadence en el cristal oscuro de la ventana del gimnasio.

Cadence acelera de nuevo, fingiendo concentrarse, con los ojos fijos en la pantalla digital de la cinta como si allí estuviera escrita la salvación del mundo. El corazón le late en los oídos con tanta fuerza que teme que se oiga en toda la casa.

Mackenzie se queda ahí, en el marco de la puerta del gimnasio, apoyada contra el quicio con los brazos cruzados bajo el pecho,

observándola en silencio. No dice nada. Solo mira. Mira el sudor que le resbala por el cuello, la tensión de los hombros, el ritmo implacable de las piernas sobre la cinta, la respiración controlada que no logra ocultar del todo el esfuerzo brutal que Cadence está haciendo. Mira como quien intenta descifrar un idioma desconocido escrito en movimientos y en silencios.

Cadence siente esa mirada sobre la nuca, como dedos que se deslizan por la piel sin permiso. No gira la cabeza. No le da el gusto. Sigue corriendo, kilómetro tras kilómetro, aunque las piernas ya le arden y el pecho le pide parar. Pero no parará. No mientras ella esté ahí, mirando, esperando algo que Cadence no está dispuesta a darle.

Mackenzie no se mueve. Se queda allí plantada, descalza, con la camiseta demasiado corta y el pelo revuelto, observando cada repetición, y las gotas de sudor que caen por su cuello. En los ojos de Mackenzie hay algo que está lejos de parecerse a la burla o cualquier desafío, ni siquiera es curiosidad, es algo que se parece demasiado a la comprensión.

Cadence aprieta los dientes y sube la velocidad otro punto más.

No piensa dirigirle la palabra. Por mucho que Mackenzie se esfuerce cada segundo a sacarla de quicio.

Capítulo 9

—Deberías tomarte un respiro, ya estás más que curtida.

La voz de Mackenzie se desliza por el aire como una caricia prohibida, ronca en los bordes, como si cada sílaba se hubiera empapado en miel caliente y en un peligro dulce. La cinta de correr sigue rugiendo bajo los pies de Cadence, pero de repente ese estruendo parece llegar desde muy lejos, amortiguado.

Cadence no responde. Sigue con la mirada fija al frente, y los ojos clavados en una grieta casi imperceptible de la pared, como si esa rendija fuera el único ancla segura en medio del caos que siente crecer dentro. Sus piernas suben y bajan con una precisión implacable, el pecho se eleva y desciende en un ritmo que ha entrenado hasta la perfección. Pero algo dentro de ella ha cambiado. Un aviso que siente cosquillearle en la nuca.

Mackenzie da un paso adelante; avanza con la seguridad de quien conoce exactamente el límite antes de que la otra retroceda. Cada zancada reduce la distancia con una exactitud que sube la temperatura en la estancia. Cadence nota el cambio en la presión del aire, el calor

que precede a su cuerpo, la sombra que se alarga y la envuelve como una promesa oscura y deliciosa.

—No hace falta que demuestres que eres una gran profesional —musita Mackenzie cuando ya está tan cerca que su aliento acaricia la oreja de Cadence, húmeda por el sudor.

Esa frase se le clava bajo las costillas. Demostrar. Toda su vida ha sido una cadena interminable de pruebas que superar, de heridas que cerrar a golpes, de noches en que el sueño era un lujo que se negaba a sí misma por miedo a bajar la guardia. Y ahora esa mujer se lo dice sin burlarse, sin compasión barata, con una serenidad que la deja descolocada.

—Sigue tu camino —responde Cadence sin girar la cabeza, con la voz áspera por el esfuerzo—. No es asunto tuyo.

Pero Mackenzie no se mueve.

Se coloca a su lado, casi rozando la cinta. Cadence percibe su aroma y al segundo la máquina se detiene en seco. El silencio estalla como una bofetada que despierta todos los sentidos. Cadence baja la mirada: Mackenzie ha pulsado el botón de parada con una calma insolente que resulta casi insultante.

—He dicho que descanses —repite Mackenzie, en un tono más bajo, más íntimo, como si esas palabras fueran solo para ella.

Cadence gira la cabeza despacio. Sus ojos se encuentran por primera vez sin barreras, sin excusas, sin escapatoria posible. La mirada de Mackenzie no pide permiso; simplemente toma lo que desea observar hasta el fondo.

—No tienes ningún derecho a decirme lo que tengo que hacer —suelta Cadence, y aunque pretende sonar cortante, la frase se le quiebra un poco al final, traicionándola.

Mackenzie no se disculpa. Se queda ahí, observándola con una intensidad que quema la piel.

—¿Segura? —susurra Mackenzie, y no es un reto; es una invitación descarnada—. Te recuerdo que soy tu jefa.

Cadence debería empujarla, debería hacer cualquier cosa que devolviera el mundo a su eje conocido. Pero su cuerpo se queda quieto, temblando apenas, como si hubiera olvidado la orden básica de defenderse.

Mackenzie acorta el último centímetro. Sus dedos rozan el brazo de Cadence, apenas un roce, pero la piel de la mujer se eriza como si la hubieran lamido con fuego. Recorre despacio el relieve del bíceps aún

caliente por el ejercicio, la vena que late bajo la yema de su índice como un corazón desbocado.

—Siempre estás en tensión —murmura Mackenzie—. Como si relajarte supusiera traicionarte a ti misma, como si bajar la guardia fuera el peor pecado que pudieras cometer.

Cadence traga saliva con dificultad. El mundo se reduce al punto exacto donde la tocan, donde esa mano parece marcarla.

—El mundo es una amenaza constante —responde Cadence con la voz ronca, casi rota.

—AQUÍ no —responde Mackenzie, y su mano asciende hasta el hombro, se detiene en la nuca, los dedos se enredan en el pelo húmedo con una posesión que no admite réplica.

Cadence siente que el aire se le escapa de los pulmones, que el control se le escurre entre los dedos como arena fina e imposible de retener.

—No deberías... —empieza a decir, pero la frase muere cuando Mackenzie se inclina y su boca roza la suya.

Cadence no responde con palabras. Cierra los ojos y abre los labios, rindiéndose sin lucha.

El beso comienza suave, casi tentativo, y estalla en apenas dos segundos como una tormenta contenida por demasiado tiempo. Mackenzie la agarra por la nuca y la devora sin contemplaciones, con su lengua profunda y exigente, mordiéndole el labio inferior hasta arrancarle un gemido exquisito. Cadence lo hace dentro de su boca, un sonido gutural que no sabía que llevaba guardado en lo más hondo. Las manos de Mackenzie bajan por su espalda, se cuelan bajo la camiseta empapada, arañan la piel sudorosa dejando algunos surcos rojos.

Cadence la empuja contra la pared del gimnasio sin miramientos, con una fuerza que sorprende a ambas. El golpe suena sordo contra el hormigón; Mackenzie suelta un jadeo que es mitad risa, mitad puro deseo animal. Se besan como si se odiaran y se necesitaran al mismo tiempo para seguir respirando. Las manos de Cadence bajan hasta el trasero de Mackenzie, lo aprietan con brutalidad, y la alza sin esfuerzo aparente. Las piernas de Mackenzie se abren y se enroscan en su cintura, las zapatillas de estar por casa caen contra el suelo con un leve estruendo, pero ninguna siente nada que no sea el calor abrasador del otro cuerpo pegado al suyo.

—Joder, Cadence... —gime Mackenzie contra su cuello, mordiéndole la piel salada hasta dejar varias marcas.

Cadence no contesta con palabras. Le arranca la camiseta de un tirón salvaje, y su boca baja por el cuello de Mackenzie, por la clavícula, encuentra un pecho y lo devora sin delicadeza alguna, succionando el pezón endurecido hasta que Mackenzie arquea la espalda con violencia y suelta un grito ahogado que resuena en el gimnasio vacío. Las manos de Mackenzie se meten bajo los pantalones de Cadence, apartan las bragas de un tirón impaciente, y sus dedos se hunden sin aviso en el sexo empapado y ardiente de la guardaespaldas.

Cadence suelta un gruñido animal, empuja las caderas contra esa mano invasora que la penetra con urgencia desesperada. Mackenzie añade un segundo dedo, luego un tercero, los mueve rápido, curvándolos lo justo para darle más placer, mientras el pulgar presiona el clítoris en círculos implacables y brutales. El sudor de ambas se mezcla, resbala por sus cuerpos en riachuelos calientes. El olor a sexo, a esfuerzo y a deseo crudo impregna el aire, denso y embriagador.

Cadence baja a Mackenzie con una violencia contenida, quejándose porque los dedos de la mujer abandonen su cuerpo. Pero satisfecha por verla pegada contra la pared mientras su pecho se pega contra la espalda de Mackenzie. Un segundo después la folla sin miramientos, mete la mano por detrás y se encuentra reclamando cada centímetro de su coño, mientras con su otra mano le agarra el pelo y

tira hacia atrás con fuerza para morderle el cuello; dejando los dientes marcados en la piel húmeda. Mackenzie apoya las palmas abiertas en la pared fría, y sus caderas se mueven solas, buscando más profundidad, más presión, más dolor mezclado con placer hasta que ya no sabe dónde empieza uno y termina el otro. Los dedos de Cadence se vuelven más rápidos, más profundos, golpean ese punto exacto dentro de ella una y otra vez, el sonido húmedo y obsceno de cada embestida llena el espacio, mezclado con los jadeos entrecortados y los gruñidos bajos que escapan de ambas gargantas.

Mackenzie siente cómo el orgasmo se acerca como una ola gigante, cómo todo su cuerpo se tensa hasta el límite, los músculos de las piernas le tiemblan, y sus manos se aferran a la pared. Cadence percibe el cambio, acelera aún más el ritmo, estirándola al máximo, follándola con el pulgar frotando el clítoris hinchado de Mackenzie sin compasión. El placer es tan intenso que duele, un dolor dulce y abrasador que la recorre desde la punta de los pies hasta la coronilla.

Los dedos se curvan dentro de ella, golpean una y otra vez ese lugar secreto que la hace ver estrellas, la palma de Cadence mientras los dedos siguen entrando y saliendo con una velocidad inhumana, resbaladizos por los jugos de Mackenzie. El cuerpo de Mackenzie se arquea hacia atrás, buscando más contacto, más fricción, más de esa

mano que la está destrozando de la mejor manera posible. Cadence muerde su hombro, su oreja, su cuello, marca cada centímetro de piel expuesta mientras la folla con una intensidad que parece querer fundirlas en una sola.

Mackenzie siente cómo sus paredes internas se contraen alrededor de esos dedos invasores, cómo el placer se acumula en la base de su columna, listo para estallar.

Y estalla. El orgasmo la atraviesa como un rayo cegador, brutal, la rompe entera desde dentro, las piernas le fallan por completo, se habría desplomado si Cadence no la sostuviera con fuerza, todavía con los dedos hundidos hasta el fondo, sintiendo cada contracción, cada espasmo que sacude el cuerpo de Mackenzie como si estuviera poseído. Un segundo orgasmo la sigue casi de inmediato, más intenso, más largo, provocado por la mano que no para ni un segundo, que sigue moviéndose dentro de ella, alargando la ola hasta que Mackenzie cree que va a desmayarse de puro placer.

Solo entonces Cadence retira los dedos despacio, con una lentitud tortuosa que arranca otro gemido débil de Mackenzie. La gira con cuidado y la besa durante un rato, perdiéndose en sus labios.

Mackenzie no le da tiempo a recuperar el aliento. Con una sonrisa peligrosa, todavía temblorosa por lo que acaba de vivir, desliza las manos por los costados de Cadence, bajando por sus caderas sudorosas hasta enganchar los dedos en la cintura de los pantalones. Tira hacia abajo con decisión, sin prisa ni violencia, pero con la seguridad de quien ya sabe que no va a encontrar resistencia. La tela se desliza por las piernas fuertes de Cadence, llevándose consigo las bragas empapadas, y cae hecha un ovillo al suelo del gimnasio. El aire frío golpea la piel expuesta, pero dura apenas un segundo, porque el calor que emana del cuerpo de Mackenzie lo devora todo.

Cadence intenta apoyarse en la pared. Mackenzie se arrodilla frente a ella sin dudar, sin pedir permiso, como si ese coño palpitante y brillante de deseo fuera suyo desde siempre. Sus manos separan con firmeza los muslos de Cadence, abriéndolos más, exponiéndola por completo. Cadence siente el calor subirle por el cuello.

La primera caricia de la lengua de Mackenzie es lenta, casi reverente, desde la entrada hasta el clítoris hinchado, saboreando cada gota como si fuera el último coño que fuera a probar en la vida. Cadence suelta un gemido largo y roto que retumba en el gimnasio. Mackenzie sonríe contra su piel, y repite el movimiento, esta vez más fuerte, más profundo, lamiéndola a placer y presionando, succionando, dibujando

círculos que hacen que las caderas de Cadence se muevan solas en busca de más.

Dos dedos se deslizan dentro de ella sin esfuerzo, resbaladizos por lo mojada que está, y se curvan de inmediato. Entran y salen con un ritmo implacable, mientras la boca no se detiene ni un segundo: succiona el clítoris, lo rodea con la lengua, lo pellizca suavemente con los labios, lo tortura hasta que Cadence empieza a temblar, con las manos enredándose en el pelo de Mackenzie, tirando sin control, guiándola más adentro, más fuerte.

«Joder, más fuerte».

Un tercer dedo se une, llenándola, follándola con una intensidad que roza el dolor y lo convierte en placer puro. Mackenzie acelera, con los dedos golpeando en profundidad, y su lengua no se detiene; lame, succiona, presiona, se hunde junto a los dedos cuando puede, saborea cada contracción, cada espasmo que anuncia que Cadence está al borde de un maravilloso orgasmo.

Cadence siente cómo el placer se acumula en su vientre. Las piernas le tiemblan tanto que apenas puede mantenerse en pie. Mackenzie lo nota y redobla la intensidad, abriéndola al límite,

mientras la boca se centra exclusivamente en el clítoris, succionando con fuerza, rápido y sin piedad.

Cadence grita. Un grito crudo, desgarrado, que le sale de lo más hondo del pecho y retumba en las paredes. El orgasmo la atraviesa en un torrente que no puede detener. Se corre y sus paredes se cierran alrededor de los dedos de Mackenzie con tanta fuerza que casi la atrapan dentro, mientras le empapa la barbilla de Mackenzie. Las piernas le fallan por completo; esta vez es Mackenzie quien la sostiene, con los dedos todavía dentro de ella.

Las contracciones siguen y siguen, ola tras ola, mientras Mackenzie alarga el placer con movimientos más lentos pero igual de profundos, succionando suavemente el clítoris sensible hasta que Cadence suplica entre jadeos que pare. Solo entonces Mackenzie retira los dedos con cuidado, lamiéndola una última vez, larga y posesiva, antes de levantarse.

—Ahora sí —susurra, voz ronca—, ahora estamos en paz.

—¿Qué has dicho?

De repente, Cadence abre los ojos y se encuentra con Mackenzie, delante de ella. Con la mano puesta en la máquina y una ceja enarcada.

—Que si quieres café. Por fin he aprendido a prepararlo.

Todo se disuelve. El gimnasio vuelve a tener paredes, luces, suelo... La máquina aparece intacta, parada bajo sus pies, como si nada hubiera ocurrido.

Cadence parpadea. Su respiración es rápida y el sudor frío le resbala por la espalda mientras traga saliva.

—Sí —responde Cadence—. Pero antes voy a darme una ducha.

—Genial. Aunque luego no te quejes si se te enfría.

Cadence no es capaz de responder, solo mira a Mackenzie alejarse y mientras intenta regular su respiración, nota cómo lleva las bragas empapadas.

«Joder».

Capítulo 10

Media hora después, la casa ha caído en un silencio espeso, como si las paredes mismas contuvieran el aliento a la espera de que algo estalle. Mackenzie permanece sentada a la mesa de roble del salón, frente al portátil que Cadence ha blindado con una minuciosidad casi enfermiza: VPN propia, cortafuegos, rutas encriptadas que serpentean por servidores fantasma, un laberinto digital que convierte hasta su propia huella en algo irreconocible.

No es una usuaria cualquiera —nunca lo ha sido—, pero depender de alguien para algo tan elemental como respirar en internet le produce una nueva sensación de náuseas, como si le hubiesen arrancado otra porción de su autonomía.

En la pantalla, un informe a medio hacer se muestra frente a ella sin que pueda encontrar las palabras perfectas para poder continuar con su trabajo. Mackenzie desliza el cursor, corrige decimales, corrige frases tibias y las reemplaza por esas órdenes por las que siempre la han temido. Su mente sigue afilada —eso no se lo han quitado—, pero los dedos se mueven con una rigidez extraña, no por concentración,

sino por pura necesidad de no parar. Si para, empezaría a pensar. Y pensar ahora es abrir la compuerta a un océano que la ahogaría.

Evita las pestañas de noticias como quien evita tocar una quemadura reciente. Sabe exactamente qué estarán diciendo los titulares aunque no los haya abierto: «Mackenzie Sutton: una manipuladora en potencia», «relación tóxica en la élite neoyorquina». Palabras que convierten lo que fue ternura en veneno, lo que fue refugio en delito. Por eso, por ahora, prefiere fingir que todavía puede elegir qué partes de sí misma se exponen al mundo.

Sin embargo, no puede evitar escribirle a Marcus.

Abre el terminal seguro, esa rendija fría y sin rostro que Cadence le ha proporcionado desde que el mundo se le vino encima, y entonces escribe un mensaje: «¿Cómo está el panorama?»

Los tres puntitos aparecen, titilan, desaparecen. Vuelven. La espera le araña las costillas antes de que llegue la respuesta: «Lento, pero lo estamos conteniendo. Al menos no está escalando más.»

Sus dedos flotan sobre el teclado como si quemara. «¿Y la prensa?»

«Escarban, pero ya no encuentran nada con lo que atacar. Lo que había ya lo han masticado hasta el tuétano.»

Mackenzie cierra los ojos un segundo. Solo un segundo. El aire le pesa en los pulmones antes de volver a responder. «No aguanto ni un día más aquí metida. Y menos con la Teniente O'Neil. Daos prisa.»

Esta vez la respuesta se demora lo suficiente como para que note cómo la rabia se le agolpa en la garganta. «Lo siento, pero mínimo te quedan dos o tres semanas más.»

—Esto es una puta locura —protesta Mackenzie.

La mandíbula se le endurece de golpe. Un nudo denso, caliente, se le forma bajo el esternón: rabia, cansancio, impotencia, todo mezclado en una pasta que no sabe si vomitar o tragar. «Dos o tres semanas aquí dentro son un puto siglo.»

Marcus le responde. «Lo sé. Pero este sitio te está salvando el pellejo. Y no solo de los periodistas. También de ella.»

Lee la frase dos veces. «Salvando el pellejo». Como si ella fuese una res herida a la que esconden antes del matadero. La palabra protección le sabe a estar metida en una jaula.

No contesta. Cierra el terminal con un golpe seco y deja el portátil abierto; la luz azulada le corta la cara en dos mitades, una iluminada,

otra en sombra, como si ni siquiera ella misma supiera ya dónde empieza la máscara y dónde termina la carne.

Entonces oye pasos en el pasillo, lentos y seguros.

Cadence aparece en el quicio de la puerta, con el pelo todavía húmedo de la ducha, recogido en una coleta alta que deja caer mechones rebeldes y oscuros pegados a las sienes. Lleva una camiseta gris gastada, sin marcas, ni pretensiones, marcando cada uno de sus músculos, junto a unos pantalones cargo que parecen haber sobrevivido a guerras que Mackenzie solo conoce por documentales. Viene de otro planeta y, sin embargo, está ahí, ocupando el mismo aire que ella.

—¿Qué quieres? —suelta Mackenzie, y el filo de su voz la sorprende incluso a ella.

Cadence la mira un segundo largo, como si le tomara la temperatura en calma.

—Nada —reponde Cadence, con esa puta calma que ya la saca de quicio—. Podemos salir a dar una vuelta si te apetece. Comer algo fuera.

Mackenzie alza una ceja, descolocada. La propuesta le cae como un cubo de agua fría.

—¿Estás de coña? ¿Ahora me quieres sacar de aquí? —pregunta, y nota que el cuerpo le tiembla.

—Estoy evitando que te pudras aquí dentro y que pagues conmigo tu mala hostia —responde Cadence, sin rastro de lástima.

Por un instante, Mackenzie se queda sin palabras. Nadie se ha atrevido nunca a hablarle así. Y, sin embargo, no puede evitar que le guste —o le cause algo— viniendo de ella.

—Pues ya que lo propones tú —comenta Mackenzie, cerrando el portátil de un golpe seco—, no voy a ser yo la que diga que no.

Se levanta tan rápido que la silla chirría contra el suelo. Un ramalazo de energía infantil le recorre las piernas: tiene ganas de correr, de que le dé el aire, de cualquier cosa que no sepa a ese maldito encierro.

Pasa rozando a Cadence —tan cerca que nota el calor que emana de su piel— y sube las escaleras de dos en dos.

—¡Y ponte las botas! —grita Cadence desde abajo.

Mackenzie se detiene en el primer escalón, con la mano en la barandilla.

—¿Es que te da miedo tener que volver a rescatarme? —bromea Mackenzie.

—Lo que no quiero es tener que cargar contigo por mitad de la nada —responde la otra, y hay algo parecido a una sonrisa en su voz.

Mackenzie suelta una risa sincera que le duele en la garganta porque lleva semanas sin usarla. Y después, sube el resto de escalones casi corriendo.

En el dormitorio, el aire aún guarda la estela de su perfume. Abre el vestidor de par en par y se enfrenta a su propio reflejo enmarcado por filas de abrigos que podrían pagar la hipoteca de un barrio entero. Siempre le gustó el orden. Siempre necesitó que al menos la ropa obedeciera, que al menos el espejo le devolviera una versión intachable de sí misma.

Pasa los dedos por la lana, el cachemir, el cuero italiano. Prendas que antes eran su armadura y ahora le parecen disfraces ridículos. Escoge unas botas de piel negra, y tacón bajo. Se viste despacio, con la ceremonia de quien se pone una coraza antes de la batalla, aunque ya no sepa contra quién lucha.

Frente al espejo de cuerpo entero se refleja casi como siempre.

La mujer que la mira es alta, elegante, inalcanzable. El abrigo negro cae perfecto, el pelo suelto le cae impecable. Nadie adivinaría que debajo de esa superficie hay una niña que nunca fue suficiente para su

padre. Que aprendió a los diez años que el amor de un Sutton es condicional y se mide en balances y números a fin de mes. Que creció oyendo «eres una Sutton, compórtate como tal» cada vez que lloraba. Que deseó durante años no haber perdido a su madre tan joven y quedar a cargo de múltiples niñeras.

Nadie adivinaría que, por un instante brevísimo, alguien la miró de verdad.

Y esa persona fue quien más la traicionó.

Recuerda sus dedos deslizándose por su nuca sin prisa, su voz ronca diciendo su nombre como si fuera algo sagrado y no un apellido cargado de ceros. Recuerda cómo, por primera vez, se sintió deseada como mujer y no como trofeo, como heredera, como arma. Recuerda la noche en que creyó —ingenua y estúpida— que por fin la habían elegido a ella, solo a ella.

Y recuerda cómo todo se hizo añicos.

Cómo lo más íntimo se convirtió en portada. Cómo los gestos robados se convirtieron en pruebas de manipulación. Cómo la mujer que la había hecho sentir viva pasó a ser, de la noche a la mañana, la víctima pública de una depredadora calculadora. Cómo el mundo

decidió que lo que habían tenido era sucio, interesado y sobre todo... criminal.

Cómo volvió a quedarse sola, pero esta vez con la certeza absoluta de que nadie, nunca, la llegaría a volver a entender.

Aprieta los labios hasta que le duelen.

«¿Cómo vuelvo a ser una persona normal?», se pregunta frente al espejo, y la pregunta no tiene nada que ver con el precio del abrigo ni con los ceros de su cuenta corriente. Tiene que ver con el miedo a desnudarse otra vez. Con el pavor a que la miren y solo vean la caricatura que han dibujado de ella. Con el terror a que, si vuelve a abrirse, alguien vuelva a usar sus heridas como munición.

Se quita los pendientes de diamantes —pequeños y discretos— y los deja sobre la cómoda. Hoy no quiere brillar. Hoy solo quiere respirar.

Se pasa una mano por la cara, como si pudiera borrarse las ojeras de golpe, y unos segundos después sale del dormitorio.

Cuando baje, Cadence estará ahí, apoyada en la pared con esa calma irritante y magnética a la vez. Y aunque Mackenzie no esté preparada para admitirlo —ni siquiera ante sí misma—, algo muy dentro de ella ya intuye que lo que más miedo le da ya no es el mundo de fuera.

Es lo que empieza a despertarse dentro cuando unos ojos oscuros
la miran sin pedirle que sea perfecta.

Capítulo 11

Mackenzie Sutton esboza una sonrisa amplia en cuanto distingue a Cadence apoyada contra el pilar de madera de la entrada principal, con los brazos cruzados sobre el pecho y la espalda tan recta como si estuviera custodiando una línea invisible que nadie debería cruzar. Lleva puesta la misma chaqueta oscura, gruesa y absolutamente funcional, sin una sola concesión al paisaje nevado que la rodea; hasta los copos que aún resisten en los bordes del porche parecen mantenerse a una distancia prudente, como si intuyeran que no conviene acercarse demasiado. Sin embargo, lo que realmente le llama la atención a Mackenzie no es esa postura de centinela, sino una tensión casi imperceptible en los hombros de Cadence, un leve endurecimiento que delata que, por primera vez, quizá se sienta algo nerviosa ante su aparición.

Baja el último escalón con deliberada lentitud. Ha elegido unos vaqueros de corte recto y limpio, nada ostentoso, un jersey de lana gris perla cuya suavidad y calidad susurran dinero sin necesidad de gritarlo, y encima un abrigo largo en tono crema que suaviza las líneas duras de su silueta. Nada de vestidos imposibles ni joyas que deslumbren; solo

unas botas de tacón bajo en piel oscura, elegantes pero perfectamente capaces de aguantar el hielo. Al menos, esta vez no correrá el riesgo de irse de bruces al suelo y hacer el ridículo más absoluto.

—¿Qué tal? ¿Apruebas el modelito o todavía me falta algo para pasar tu exigente inspección? —pregunta Mackenzie al detenerse justo frente a ella, con una media sonrisa juguetona.

Cadence la recorre de arriba abajo con una lentitud calculada que parece formar parte de su ADN, como si estuviera evaluando una amenaza en lugar de un atuendo.

—Lo que menos me preocupa ahora mismo es la manera en que te vistes —responde con una calma que roza lo glacial, sin el menor atisbo de humor.

Mackenzie ladea la cabeza, fingiendo sorpresa.

—Ah, claro, había olvidado tu máxima favorita: que mantenga la boca cerrada y que borre cualquier rastro de mi existencia en internet —replica Mackenzie, dejando que su voz se tiña de una acidez ligera, aunque una sonrisa traviesa asome al final para suavizar el golpe.

Cadence no contesta al sarcasmo; simplemente la sigue con paso firme hasta el SUV, abre la puerta del copiloto y le indica con un gesto breve que suba.

—Muchas gracias, guapísima —suelta Mackenzie al pasar rozándola adrede, con todo el descaro del mundo.

Cadence pone los ojos en blanco, y Mackenzie no puede evitar que se le escape una sonrisa satisfecha al verla.

«Algún día vas a sonreír de verdad, aunque tenga que mover cielo y tierra para conseguirlo», piensa mientras se acomoda en el asiento.

Dentro del vehículo, la atmósfera cambia por completo en cuanto la calefacción empieza a ganar terreno al frío. Mackenzie se abrocha el cinturón y se permite observarla sin disimulo mientras Cadence rodea el coche y ocupa el asiento del conductor.

El motor arranca con un ronroneo suave y el SUV se desliza por el camino aún salpicado de nieve. La carretera que bordea la propiedad se va estrechando poco a poco, flanqueada por árboles desnudos que levantan sus ramas como dedos huesudos hacia un cielo plomizo, y por campos que aún conservan una capa blanca que refleja una luz mortecina. Mackenzie apoya la mano sobre su propio muslo y finge interés por el paisaje, aunque sus ojos regresan una y otra vez al perfil concentrado de Cadence, a la manera en que sus manos sujetan el volante con firmeza, a cómo su mirada no se desvía ni un milímetro de la carretera.

Recorre mentalmente cada rasgo hasta detenerse en la pequeña cicatriz que cruza la ceja izquierda de Cadence: no es grande, apenas un trazo pálido que el tiempo ha intentado disimular, pero que la luz del día inclemente pone de manifiesto cuando incide en el ángulo justo.

—¿Y esa marquita? —pregunta Mackenzie, señalándola con el dedo sin ningún pudor—. La cicatriz.

Cadence parpadea una sola vez, pero ni siquiera vuelve la cabeza.

—¿Qué pasa con ella?

—¿Cómo te la hiciste? Me tiene intrigada desde hace días.

Se produce un silencio breve. Mackenzie percibe cómo la mandíbula de Cadence se tensa un ápice, como si estuviera decidiendo cuánto merece saber la persona que tiene al lado.

—¿De verdad te interesa saberlo o solo buscas romper el hielo? —responde, y el tono de Cadence lleva una advertencia clara.

Mackenzie se encoge de hombros con aparente indiferencia y gira la cabeza hacia la ventanilla.

—En realidad, me da bastante igual —admite ella con una sinceridad que sorprende incluso a sí misma—. Pero el viaje se me hace eterno si seguimos en este silencio, y algo tendremos que hablar, ¿no crees?

Cadence exhala por la nariz.

—Fue en un entrenamiento militar. Hace unos años —contesta, escueta como siempre.

Mackenzie arquea una ceja.

—¿Y te dieron al menos una paga extra por ese recuerdo tan bonito?

—Con seguir viva me bastaba —responde Cadence al cabo de unos segundos, y la frase cae entre ellas como una losa.

Mackenzie asiente despacio, absorbiendo la respuesta. Sabe reconocer una pared cuando se estrella contra ella. No pregunta por curiosidad morbosa; lo hace porque necesita encontrar alguna grieta, algún resquicio por donde colarse. Si no logra establecer, aunque sea una mínima conexión humana con esta mujer, las próximas semanas van a ser un infierno lento y silencioso. Ya odia este lugar con toda su alma; no está dispuesta a que además se convierta en una cárcel emocional.

La carretera sigue serpenteando, y la nieve va cediendo terreno al asfalto húmedo y brillante. El bosque se abre de vez en cuando para mostrar colinas más suaves, casas aisladas con el humo saliendo de las chimeneas.

—¿Sabes qué es lo que no entiendo? —retoma Mackenzie después de un rato, observando cómo Cadence reduce la velocidad al acercarse a una curva especialmente traicionera—. ¿Por qué no intentas disfrutar un poquito? No todas las curvas de la vida tienen que ser una amenaza mortal.

Cadence mantiene la vista al frente.

—En mi profesión, casi todas lo son.

Mackenzie ladea la cabeza y la estudia como quien observa una especie exótica.

—¿Y yo? ¿También soy una curva peligrosa para ti?

Esta vez Cadence tarda un segundo más de lo habitual en responder. Ve cómo lentamente traga saliva, pero no consigue sacarle ninguna expresión.

—Ya lo iremos viendo —comenta Cadence, sin rastro de ironía.

Es una respuesta tan seria, tan desprovista de doble sentido, que Mackenzie siente que algo se remueve en su interior. Con ella, todo es literal. No hay lugar para juegos de palabras ni para coqueteos velados. Y, curiosamente, eso la descoloca más que cualquier réplica ingeniosa.

Siguen avanzando en silencio durante un rato más. Mackenzie deja que su mirada vague por el paisaje: las montañas lejanas que

parecen sostener el cielo con sus lomos blancos, el gris azulado del día que todo lo tiñe de melancolía, las huellas de neumáticos que dibujan caminos invisibles sobre la nieve endurecida. Vermont posee una calma que no termina de comprender, una quietud que no sabe si quiere romper a martillazos o simplemente aceptar.

Sin poder evitarlo, vuelve a fijarse en Cadence: en la forma en que sus dedos se mueven al cambiar de marcha, en el gesto casi imperceptible con el que ajusta la temperatura, en la línea recta de su espalda que no se relaja ni un milímetro. Hay algo en ella que no encaja con la idea tópica de un guardaespaldas: no impone, no invade, no presume de fuerza. Simplemente está ahí, con una eficiencia callada que a ratos resulta exasperante, como si no necesitara demostrar nada a nadie.

La carretera se estrecha aún más y Cadence reduce la velocidad por pura costumbre.

—Nunca bajas la guardia, ¿verdad? —comenta Mackenzie en voz baja, casi como si hablara para sí misma.

—No me lo puedo permitir —responde Cadence sin dudar.

—Aquí no hay cámaras, ni periodistas, ni un alma en kilómetros a la redonda.

—Precisamente por eso —replica ella, y su voz hasta suena preocupada de verdad.

Mackenzie se recuesta un poco más en el asiento, cruzando los brazos.

—¿De verdad crees que alguien va a cruzar medio país, perderse en este rincón olvidado de Dios y venir a buscarme justo aquí?

—No lo sé —admite Cadence con una sinceridad que sorprende—. Pero si algún día ocurre, prefiero estar preparada y parecer una paranoica a tener que lamentar haberme equivocado.

El paisaje se abre poco a poco; los árboles se apartan y empiezan a aparecer las primeras señales del pueblo. No es la primera vez que lo recorre, pero hoy siente que no está en plena vigilancia, como si de verdad pudiera disfrutar de ese ambiente.

No hay cámaras ni ruido. Solo el sonido del motor y el crujir ocasional de la nieve bajo los neumáticos.

Mackenzie apoya la cabeza contra el reposacabezas y observa el movimiento lento de la gente en las aceras, los coches aparcados junto a las aceras, las luces de los escaparates que se van encendiendo tímidamente conforme avanza la tarde.

Y una certeza se instala en su pecho, más clara que nunca.

Si no aprende a convivir con este lugar, con esta pausa forzada, con esta mujer que ahora conduce a su lado en un silencio que no es hostil pero tampoco acogedor, va a terminar perdiendo algo mucho más valioso que el control de su imagen pública.

*

—Venga, yo invito esta vez.

La frase le sale a Mackenzie más cortante de lo que tenía en mente, casi como si estuviera cerrando una cuenta pendiente en lugar de ofrecer un gesto amable. El SUV ya se ha perdido entre las calles estrechas del pueblo y se ha convertido en un punto negro que desaparece en la distancia. El aire helado se le ha colado hasta los huesos a pesar del abrigo, y nota ese hormigueo incómodo en las yemas de los dedos que le recuerda que, por muchos caprichos que se dé, Vermont no piensa rendirse a sus encantos tan fácilmente.

El restaurante queda un poco apartado del centro, en una curva discreta que casi pasa desapercibida, con las ventanas empañadas por las cocinas. Desde fuera parece modesto, pero no pobre: madera oscurecida por los años, guirnaldas de luces sencillas que cuelgan sin pretensiones y un cartel de pizarra escrito a mano donde alguien ha

anotado el menú del día con tiza blanca y una letra redonda. No es el tipo de sitio al que Mackenzie entraría por gusto en Nueva York, pero hay algo tan honesto en su fachada que hasta la hace sonreír.

En cuanto cruzan la puerta, el calor las envuelve junto con un olor denso y reconfortante a comida. El murmullo de varias conversaciones se entremezcla con el tintineo de los cubiertos y con una radio antigua que suena bajito en algún rincón, poniendo música folk que parece haber nacido allí mismo. Cadence escanea el local sin que su expresión revele sorpresa ni incomodidad. Mackenzie, en cambio, siente de nuevo esa punzada conocida de estar fuera de lugar, aunque nadie levante la vista para señalarla.

Eligen una mesa al fondo, junto a una ventana desde la que se ve un pequeño jardín cubierto a medias por la nieve. La madera de la mesa está gastada en las esquinas, pero impecable, y la silla cruje levemente cuando Mackenzie se sienta. Se quita los guantes despacio, frotándose las manos para que la sangre vuelva a circular, mientras Cadence se acomoda enfrente, deja la chaqueta doblada sobre el respaldo y apoya los antebrazos sobre la mesa con una naturalidad que a Mackenzie le parece casi insultante.

Una camarera de mediana edad se acerca con dos cartas plastificadas y algo dobladas por el uso, las deja delante de ellas y les

dedica una sonrisa amplia y sin complicaciones.

Mackenzie coge la suya con dos dedos, como si temiera que le fuera a contagiar algo, y empieza a leer.

Sus ojos recorren las líneas y, casi sin poder evitarlo, frunce el ceño. «Estofado de caza con bayas silvestres», «Sopa de cebolla caramelizada con crujiente de queso local», «Polenta cremosa con setas recolectadas en el bosque», «Coddle tradicional de Vermont», «Ternera estofada al vino tinto con raíces de invierno»... Parpadea un par de veces, incrédula, como si las palabras pudieran reorganizarse mágicamente en ensaladas de quinoa y salmón a la plancha.

Siente la mirada de Cadence posada sobre ella y la ignora durante unos segundos, empeñada en descifrar platos que jamás ha pedido. Pero entonces ve la leve curva en los labios de Cadence. Es una sonrisa auténtica, breve como un relámpago, pero imposible de confundir.

Mackenzie alza la vista de golpe.

—¿Se puede saber qué te hace tanta gracia? —pregunta con una aspereza que no logra disimular, molesta consigo misma por sentirse tan expuesta en algo tan ridículo como una carta.

La sonrisa de Cadence se mantiene un segundo más antes de suavizarse.

—Nada en particular —responde Cadence con calma—. Solo que se te nota a leguas en qué universo has vivido toda la vida.

Mackenzie deja la carta sobre la mesa con lentitud, como si ese gesto pudiera devolverle algo de compostura.

—Tú no tienes ni la menor idea de cómo es mi mundo, así que mejor no opines —replica sin alzar la voz, aunque la tensión ya le aprieta el pecho.

Cadence la mira fijamente, sin parpadear.

—No pretendo descubrirlo, tranquila.

El silencio que cae entonces entre ellas se siente como si la propia nieve del exterior se hubiera colado dentro del local. Mackenzie siente el impulso inmediato de levantarse, y dar por terminada esa comida que ya se anuncia. Pero se obliga a quedarse sentada, respira hondo y nota cómo el aire caliente del restaurante le raspa la garganta. Mira por la ventana y piensa, sin querer, en su despacho, en las paredes de cristal que no dejan entrar el frío, en el silencio aséptico de una sala de juntas donde todo está controlado.

Y, aun así, está aquí. Con esta mujer que parece hecha de otra pasta y que de vez en cuando odia mirar. «Pero otras no tanto».

Justo entonces, una voz alegre rompe la tensión como si nada.

—Buenas tardes, guapas.

La camarera regresa con una libreta pequeña en la mano, el pelo recogido y una sonrisa que no pregunta demasiado.

—¿Son nuevas por el pueblo?

—Sí —contestan las dos al mismo tiempo.

Mackenzie se sobresalta un poco por la coincidencia y nota cómo el calor le sube hasta las orejas, pero se resiste a girar la cabeza hacia Cadence.

—Pues entonces no necesitan la carta para nada —sentencia, y se lleva las dos cartas sin pedir permiso—. Sé perfectamente lo que hay que servirles un día como hoy. ¿Alguna alergia o algo que no toleren?

Las dos niegan con la cabeza al unísono.

—Estupendo —dice la camarera, ya girándose—. Ahora mismo vuelvo con algo que les va a entrar por el cuerpo como un abrazo. Con este frío no hay ensaladita que valga.

Y se aleja entre las mesas sin dar opción a réplica.

Mackenzie frunce el ceño, todavía procesando lo que acaba de ocurrir.

—¿En serio acaba de decidir lo que vamos a comer sin consultarnos? —murmura, más para sí misma que para su acompañante.

Cadence se encoge de hombros con una naturalidad desmoralizante.

—Sí. Y seguro que acierta de lleno —contesta sin más—. Créeme, esto es mejor que comer arena del desierto.

«Listilla».

Ese comentario, en lugar de enfurecerla más, la deja extrañamente callada. Hay una seguridad en la voz de Cadence que, por alguna razón no alcanza a entender.

El silencio vuelve. Mackenzie saca el móvil del bolso —el mismo que Cadence le arregló hace unos días— y pasa el dedo por la pantalla casi con cuidado, como si temiera que fuera a romperse otra vez.

No hay mensajes nuevos. Ni llamadas perdidas. Solo notificaciones automáticas de reuniones aplazadas, correos en copia que no le interesan y un recordatorio de un consejo de administración al que seguramente ya no esté invitada.

No hay ni una palabra de su padre.

El vacío le hace un nudo en la garganta, la indiferencia de su padre es tan evidente que hasta le duele físicamente.

Traga saliva con dificultad y deja el móvil boca abajo sobre la mesa.

Nota que Cadence ha visto el gesto, pero no dice nada. Ni una de sus frases cortantes, ni una observación incómoda. Ese silencio, por primera vez, no le parece un muro.

Unos minutos después, la camarera regresa cargada con dos platos humeantes que llenan la mesa de aromas profundos y cálidos. Los deposita con cuidado, como quien presenta un tesoro.

—Aquí tienen: estofado de ternera de la zona con verduras de invierno, cocinado a fuego muy lento desde primera hora de la mañana —explica, señalando el primero—. Lo acompaño con un puré de patatas cremoso con mantequilla salada y un toque de nuez moscada. Y para compartir, pan de masa madre que acabo de sacar del horno con mantequilla de arce casera y un cuenco de sopa de cebolla caramelizada con queso viejo de la granja de al lado, perfectamente gratinado.

Mackenzie observa los platos con una mezcla de desconfianza y curiosidad. El estofado tiene un color caoba intenso, con trozos de

carne que se deshacen nada más rozarlos con la cuchara, zanahorias, chirivías y patatas pequeñas nadando en una salsa espesa y brillante. El puré parece una nube dorada. La sopa huele a dulce y tostado al mismo tiempo, y el queso forma una costra crujiente que se rompe al menor movimiento.

—Y de bebida, sidra caliente con especias y un chorrito de bourbon de la zona —añade la camarera, dejando dos tazas de cerámica gruesa de las que sale un vapor aromático—. Ya verán como después de esto se les olvida hasta el frío que traen encima... y sobre todo... esas caras largas.

Luego las mira de arriba abajo con una sonrisa traviesa.

—Menuda parejita hacen.

Mackenzie levanta la vista de golpe.

—No somos... —empieza a la vez que Cadence abre la boca para decir exactamente lo mismo.

Se detienen en seco.

Las dos callan.

La camarera suelta una risita suave, sin malicia alguna.

—No hace falta que me den explicaciones, mujer —dice ella, guiñando un ojo—. Solo digo que juntas quedan de película. Que aproveche.

Y se marcha tan campante antes de que ninguna pueda añadir palabra.

Mackenzie nota cómo le arde el cuello. El calor no es solo del local. Baja la vista al plato, avergonzada y furiosa consigo misma por sentirse así.

—Mejor... mejor vamos a comer antes de que esto se enfríe —murmura, sin saber si habla con Cadence o consigo misma.

Coge los cubiertos con cautela, pincha un trozo de carne, lo observa un segundo y se lo lleva a la boca.

El sabor la golpea de lleno. Profundo, lento, reconfortante. La carne se deshace en la lengua como si nunca hubiera querido ser otra cosa, la salsa envuelve todo con una calidez que le baja hasta el estómago y se queda allí, abriendo espacio. El puré es puro vicio, denso y aterciopelado. La sopa combina lo dulce de la cebolla con el punto salado del queso viejo de una manera que no sabía que necesitaba.

Mackenzie no recuerda la última vez que una comida le ha exigido atención de verdad, que le ha obligado a cerrar los ojos un segundo

para saborearla del todo.

Levanta la vista con disimulo hacia Cadence, que come con la misma calma metódica, pero sin prisa, como si ese lugar le resultara tan natural como respirar.

—No está... nada mal —concede Mackenzie en voz baja, casi a regañadientes.

Cadence arquea una ceja, divertida.

—¿En tu idioma eso quiere decir que te ha volado la cabeza? —pregunta con un tono que por primera vez suena cercano, casi juguetón.

Mackenzie suelta una risa breve, una sonrisa que le sorprende incluso a ella.

—Quiere decir que quizá deje de reírme de los guisos caseros... al menos mientras esté aquí —responde, y esta vez la sonrisa le llega a los ojos.

Durante un rato, la tensión que las ha acompañado desde el coche se disuelve. No desaparece del todo, pero se transforma en una especie de tregua silenciosa. Mackenzie se sorprende pensando que tal vez no todo en este lugar está pensado para joderle la vida.

Sigue comiendo despacio, saboreando cada bocado.

Y, sin darse cuenta, por primera vez desde que puso un pie en Vermont, el frío que llevaba dentro empieza a derretirse.

Capítulo 12

Nada más cruzar la puerta del restaurante, el aire helado le azota el rostro con una fuerza que, paradójicamente, le resulta casi reconfortante. Cadence Serra inspira con profundidad, dejando que el contraste con el calor sofocante del interior le aclare las ideas durante unos segundos preciados; esa sensación de control absoluto que tanto necesita para seguir adelante sin desviarse ni un milímetro de su prioridad absoluta: mantener a Mackenzie a salvo y, a ser posible, reducir al mínimo cualquier exposición innecesaria que pueda ponerla en peligro.

Esa ha sido su idea fija desde que se montaron en el coche al salir del restaurante. Volver a la cabaña cuanto antes, comprobar el perímetro con detalle, revisar todas las entradas, organizar las provisiones que quedan y asegurarse de que todo sigue exactamente como debería estar, sin sorpresas ni fisuras.

Sí, para todo el que dudase, Cadence se toma MUY en serio su trabajo.

Pero Mackenzie no se dirige hacia donde han dejado el SUV. Se queda clavada en la acera cubierta de nieve fresca, con las manos

hundidas en los bolsillos del abrigo, contemplando la calle principal del pueblo mientras las farolas empiezan a encenderse una a una y el cielo se tiñe de un azul profundo que promete una tarde-noche serena y sin sobresaltos.

—No pienso repetirlo más veces —declara ella, girándose hacia Cadence con los labios apenas entreabiertos por la irritación—. ¿De verdad has visto a alguien que me haya reconocido en este maldito pueblo? Aquí no soy nadie, Cadence. Nadie en absoluto. Así que deja de comportarte como si estuviéramos en medio de Manhattan y permite que disfrute un poco del ambiente, aunque solo sea por una vez. Joder, relájate un rato.

Las palabras impactan contra ella como pequeñas balas de goma: no le sorprenden, pero sí le obligan a reconocer algo que Cadence preferiría seguir ignorando. En ese lugar perdido entre montañas y nieve, Mackenzie no es Mackenzie Sutton, la heredera mediática, la que sale en todas las portadas tras la polémica, la mujer expuesta en canal. Aquí es simplemente una más, una figura anónima.

Aunque eso, por supuesto, no elimina el riesgo real que sigue flotando sobre sus cabezas.

Cadence aprieta la mandíbula con disimulo, mordiéndose el interior de las mejillas para no soltar la primera bestialidad que se le pasa por la cabeza. A veces la asaltan impulsos poco profesionales que preferiría no tener: plantarle cuatro verdades bien dichas, recordarle que su vida sigue pendiente de un hilo por mucho que el pueblo parezca sacado de una postal navideña, o incluso girar sobre sus talones y dejar que se las apañe sola con esa terquedad suya que roza lo suicida.

Y, sin embargo, no lo hace.

Porque entre esos impulsos violentos se cuela otro pensamiento más peligroso e incómodo: el recuerdo fugaz de la curva perfecta de sus labios cuando se los imaginó muy cerca de los suyos, del ritmo pausado y profundo de su respiración en aquel gimnasio vacío y silencioso donde, por primera vez, deseó follársela sin contemplaciones.

Cadence aparta la mirada un segundo, como si hundir la barbilla en la chaqueta pudiera protegerla de ese torbellino interno que empieza a formarse.

Mackenzie levanta la mano y la agita despacio delante de su cara.

—Oye... *¿Hello?* ¿Sigues en este planeta o qué?

Sus dedos dibujan un pequeño arco en el aire frío, casi juguetones.

Cadence parpadea un par de veces y se recompone al instante.

—Sí —contesta con voz perfectamente neutra—. Solo estaba pensando que convendría comprar algunas provisiones antes de volver.

Mackenzie arquea una ceja con esa elegancia innata que tiene incluso cuando está de mal humor.

—¿Provisiones? Mira, yo no soy ninguna soldado, ¿vale? Así que ya iremos a comprar al supermercado. —Hay queja en su tono, sí, pero también un cansancio genuino que no suena impostado en absoluto. Suspira, mira alrededor como si buscara una excusa visual para no seguir discutiendo y añade—: Por ahora..., ¿y si nos acercamos a probar la tarta de Marjorie? No me mires así, solo será un rato.

Cadence la observa en silencio unos segundos.

—¿De verdad te cabe algo más en el estómago después de lo que hemos comido?

Mackenzie esboza una media sonrisa.

—Soy una mujer completamente insaciable, ya te irás dando cuenta con el tiempo —responde con sequedad, aunque esta vez el sarcasmo lleva un matiz que sabe a desafío—. Además, no me vendría mal un poco de azúcar para compensar tanta adrenalina.

Cadence lo capta al instante: detrás de la arrogancia hay una petición velada, una búsqueda desesperada de algo que se parezca remotamente a la normalidad, aunque solo dure lo que tarda en comerse una porción de tarta.

Se queda mirándola más tiempo del estrictamente necesario. La luz anaranjada de la farola más cercana le dibuja sombras suaves en los pómulos, el frío le ha teñido las mejillas de un rosa sutil que la hace parecer más joven, más vulnerable, y sus ojos, aunque siguen defendiendo su territorio con fiereza, no se apartan.

Al final asiente.

—Vale. Vamos.

Y en lo más hondo de su pecho sabe perfectamente que está cediendo a algo que no aparece en ningún apartado de su contrato.

El paseo hasta la zona norte del centro es corto, pero suficiente para que el ambiente del pueblo se transforme por completo. Las luces se vuelven más cálidas y difusas, las casas más bajas y acogedoras, las aceras más irregulares bajo la nieve recién caída. A su izquierda surge un pequeño mercadillo improvisado: puestos de castañas asadas que desprenden un olor irresistible, bufandas de lana tejidas a mano, juguetes tallados en madera que parecen sacados de otro siglo. Un

grupo de niños se persigue dando tumbos, lanzándose bolas de nieve con gritos de alegría mientras sus padres los vigilan con paciencia infinita.

A Cadence todo aquello le resulta extrañamente familiar, aunque no recuerda haber vivido una Navidad parecida en su vida adulta. Hay algo en ese ambiente que despierta una parte de ella que suele mantener bajo siete llaves.

La cafetería de Marjorie aparece al fondo de la calle como un faro de luz cálida: ventanales decorados con estrellas doradas recortadas a mano, un letrero manuscrito en la puerta, una luminosidad suave que se derrama hacia la acera invitando a entrar.

Nada más cruzar el umbral, las envuelve un olor denso y dulce a canela, chocolate caliente y masa recién salida del horno. El local no es grande, pero rebosa vida: mesas llenas de gente que habla en voz baja, parejas que se ríen por tonterías, una pareja de ancianos compartiendo una porción de tarta con manos temblorosas y miradas cómplices.

Cadence se detiene un segundo justo en la entrada.

No lo hace casi nunca, pero esta vez se permite observar de verdad.

Y en medio de esa vorágine sigue los movimientos de Mackenzie, hasta que está ligeramente inclinada hacia el cristal desde el que se ven las tartas. No hay tensión en sus hombros, ni un muro defensivo en su mirada. Solo una curva suave en los labios, una sonrisa casi infantil que no necesita de más.

Cadence se queda mirándola.

«No es tan fría como se empeña en aparentar», piensa, y la frase se le clava con una claridad incómoda.

Recuerda flashes sueltos: la forma en que a veces se pierde mirando las llamas de la chimenea como si buscara respuestas en el fuego, cómo baja la cabeza y se muerde el labio cuando lee algo doloroso en el móvil, el leve quiebre de voz —casi imperceptible— cuando menciona a su padre y los problemas en los que se ha metido. Incluso en cómo nunca nombra a Nicole.

Nada de eso encaja con la imagen de mujer intocable y blindada que Mackenzie proyecta al mundo.

Pero Cadence se recuerda, casi con violencia, que está trabajando. Que no hay espacio para interpretaciones personales. Que la cercanía emocional es un riesgo tan grande como cualquier amenaza física.

Su móvil vibra en el bolsillo del abrigo. Lo saca con un gesto discreto y ve un mensaje de Lionel.

«¿Todo en orden?»

Mira a Mackenzie de reojo, que sigue absorta en los dulces, y responde:

«Sí, hemos parado a tomar tarta en una cafetería del pueblo».

La ausencia de nuevas órdenes le confirma que el tema no se resolverá hoy ni mañana. Todo irá despacio, como casi siempre en estos casos.

Guarda el teléfono justo cuando una voz rotunda y alegre retumba desde detrás del mostrador.

—¡Pero mirad a quién tenemos aquí! ¡Mis nuevas clientas favoritas!

Marjorie en persona. Lleva el pelo gris recogido con un pañuelo floreado, el delantal lleno de manchas de harina, y ojos pequeños pero chispeantes. Mackenzie se gira, sorprendida, pero una sonrisa genuina se le escapa antes de poder contenerla.

—Hola, Marjorie —saluda ella con calidez inesperada.

—Hemos venido a tomar tu famosa tarta —añade Cadence, sorprendiéndose a sí misma por lo natural que suena.

La mujer abre los brazos en un gesto teatral.

—¿Famosa? ¡Por favor, que me vais a hacer sonrojar y todavía no he cumplido los setenta! Venid por aquí, que os pongo en la mejor mesa.

Las conduce hasta un rincón junto a un radiador antiguo que desprende un calor delicioso. Cadence nota cómo los hombros se le destensan sin pedir permiso.

—¿Qué os apetece hoy, preciosas? —pregunta Marjorie apoyando las manos en las caderas—. Tengo de manzana con nata montada a mano, de nueces con caramelo salado, chocolate con especias mexicanas... Y la especial de invierno que acaba de salir del horno: arándanos, naranja confitada y un toque de cardamomo que os va a dejar temblando de gusto.

Mackenzie la mira como si le hubieran ofrecido el mundo entero.

—La especial, por favor —pide casi con voz de niña—. Y un café con leche, bien cargado.

—Para mí café solo —añade Cadence.

Marjorie apunta en su libreta con florituras.

—En un periquete os lo traigo. Y si necesitáis cualquier cosa, bastará con que alcéis una ceja; tengo vista de lince.

Se aleja contoneándose, saludando a medio local por su nombre de pila.

Cadence recorre el lugar con la mirada: el tintineo de las tazas, las risas contenidas, el crepitar falso pero acogedor de la chimenea eléctrica. Todo funciona a un ritmo distinto al que está acostumbrada.

—No está nada mal, ¿a que no? —murmura Mackenzie, mirándola con burla.

—No —admite Cadence—. Para nada.

Se hace un silencio breve, pero sorprendentemente cómodo, como si las dos necesitaran ese respiro.

—No hace falta que me vigiles cada segundo del día —prosigue Mackenzie en voz más baja, sin rastro de agresividad—. Lo sé perfectamente, sé que es tu trabajo y que lo haces de maravilla. Pero a veces... también necesito recordar que soy una persona, no solo un paquete que hay que entregar sano y salvo.

Cadence traga saliva. Le molesta oírlo en voz alta porque es exactamente lo que lleva días tratando de no pensar.

O quizá le molesta darse cuenta de que empieza a estar completamente de acuerdo.

Marjorie regresa con dos platos que parecen sacados de una revista: corteza dorada y crujiente, arándanos reventones brillando como joyas, una capa ligera y nevada de azúcar glas por encima. A su lado, dos tazas humeantes que desprenden un aroma capaz de resucitar a un muerto.

—Aquí tenéis, chicas. Esta tarta os va a recomponer el alma pedazo a pedazo —afirma con rotundidad—. Y no acepto quejas, ¿eh?

—Palabra de honor —responde Mackenzie, ya con el tenedor en la mano.

Marjorie se inclina un poco hacia Cadence y baja la voz con complicidad.

—Y tú, guapa, hace mucho que no veía a nadie relajarse de verdad al entrar por esa puerta. Eso es buena señal, créeme.

Cadence alza la vista, sorprendida de que sea tan evidente.

—¿Tanto se me nota?

La mujer sonríe con picardía.

—Lo justo para saber que no viene mal dejar caer la armadura de vez en cuando.

Se marcha guiñando un ojo.

Cadence clava el tenedor en la tarta, parte un trozo pequeño y lo lleva a la boca con cautela. El sabor explota de inmediato; dulce pero con carácter, la acidez de los arándanos cortando el caramelo de la naranja, el leve picor del cardamomo quedándose en la lengua.

Mackenzie la observa, conteniendo apenas una sonrisa traviesa.

—No todos los días tengo el privilegio de verte disfrutar de algo sin estar en modo alerta máxima —comenta con suavidad.

—No todos los días me permito bajar la guardia lo suficiente como para disfrutarlo —responde Cadence, y esta vez no hay ni rastro de sarcasmo en su voz.

Se miran un instante más largo de lo estrictamente profesional.

Y aunque Cadence se niega a reconocerlo siquiera en la intimidad de su propia cabeza, hay algo en esa mirada que ya no tiene nada que ver con protocolos, ni con su misión.

Tiene que ver —simple y terriblemente peligroso— con que empieza a sentirse frente a esa mujer que ya no sabe si proteger o conocer de verdad.

« o repitas el patrón, Cadence. Protégela, cúbrela, pero no intentes salvarle el culo a toda costa.»

Capítulo 13

Cinco días después, a Mackenzie Sutton el silencio que envuelve la cabaña ya no le resulta tan hostil como al comienzo, aunque tampoco ha terminado de convertirse en un refugio acogedor. Se trata de una quietud espesa, que se filtra por las rendijas de las paredes de madera vieja y se aposenta en los rincones como ese polvo finísimo que deja la nieve cuando empieza a derretirse al sol. Mackenzie se ha habituado a la rutina diaria: despertarse con la luz pálida que se cuela entre las ramas desnudas, aspirar el aroma intenso del café que Cadence prepara en silencio, sentir el crujido cálido de la tarima bajo sus pies descalzos mientras recorre la casa aún medio adormilada. Y, por encima de todo, se ha acostumbrado a esos pequeños paseos que su guardaespaldas le permite realizar..., a esa frágil sensación de libertad que se despliega en cuanto cruza el umbral sin que la sombra alargada de Cadence se proyecte de inmediato a su espalda.

Mackenzie sale temprano, envuelta en un abrigo sencillo, calzada con unas botas planas que se hunden en la nieve blanda del sendero. El aire helado le enrojece las mejillas y la punta de la nariz, pero lejos de molestarle, lo agradece de corazón: ese frío punzante la mantiene

anclada al presente, plenamente despierta, alejada del sopor mental al que el encierro prolongado ha intentado arrastrarla una y otra vez. Camina despacio entre los pinos que rodean la cabaña, siguiendo un camino estrecho que se abre como una cicatriz pálida entre el bosque infinito. Y durante unos minutos benditos consigue olvidarse de que existe un mundo allá afuera que no se detiene ni un segundo, un mundo que sigue pronunciando su nombre como si fuera un titular sensacionalista y no el de una mujer de carne y hueso.

Sin embargo, la curiosidad es una enfermedad crónica que siempre termina regresando, por mucho que uno intente combatirla.

Lo sabe desde hace mucho tiempo, y aun así no hace el menor esfuerzo por resistirse. Mackenzie saca el móvil del bolsillo interior del abrigo y lo sostiene entre los dedos enguantados, dudando apenas un segundo antes de deslizar el pulgar por la pantalla. El gesto resulta automático, casi mecánico, repetido miles de veces a lo largo de su vida. Pero aquí, en mitad de ese sendero cubierto de hielo y silencio, la sensación que siente es más desnuda, expuesta, incluso peligrosa.

Los titulares empiezan a aparecer uno tras otro, como cuchilladas que se clavan en el centro de su pecho sin ninguna compasión.

«Desaparición estratégica: Mackenzie Sutton evita a la prensa mientras su imperio maniobra en la sombra».

«El silencio de una heredera: ¿culpabilidad o defensa calculada?».

«El dinero como refugio: Mackenzie Sutton se esconde mientras la investigación avanza sin piedad».

Entrecierra los ojos hasta que le duelen. Siente esa presión tan familiar en el centro del pecho, una mezcla corrosiva de ira contenida y cansancio infinito que nunca termina de abandonarla por completo. Siguen hablando de ella como si fuera un concepto abstracto, como si su vida entera no fuera más que una nota a pie de página en el balance anual de una multinacional.

Sigue deslizando las noticias hacia abajo, incapaz de parar.

Vuelven a aparecer los ecos del principio, de los titulares que la hundieron en el fango:

«La heredera intocable se revuelca en la corrupción y el deseo prohibido».

«Mackenzie Sutton: de los salones del poder a los portales del escándalo más sucio».

«Fotos íntimas y sobornos disfrazados de amor: el precio real de ser una Sutton».

Los detalles son exactamente los mismos de siempre: los supuestos chats que nunca escribió, las frases sacadas de contexto o directamente inventadas, las promesas que jamás salieron de su boca, las cifras infladas hasta lo grotesco, las noches privadas que alguien convirtió en transacciones obscenas ante los ojos morbosos del mundo entero. Mackenzie cierra los dedos con fuerza alrededor del teléfono hasta que los nudillos se le ponen blancos bajo los guantes. Piensa en Nicole, en su risa despreocupada de los primeros días, en cómo todo parecía tan sencillo entonces, tan profundamente humano, tan alejado de la maquinaria mediática que ahora la devora sin compasión.

Y como si fuera una cruel jugada del destino, aparece un video delante de ella.

Nicole, perfectamente encuadrada en una estancia blanca e impoluta, con la luz artificial cuidadosamente ajustada para resaltar la suavidad de sus rasgos, sonríe con una serenidad fingida que Mackenzie reconoce al instante. Es la misma sonrisa que ponía cuando quería parecer segura de sí misma, cuando buscaba aprobación sin atreverse a pedirla abiertamente. Sus labios pintados de rojo se mueven con lentitud estudiada y su voz atraviesa la pantalla con una claridad hiriente.

—Estoy orgullosa —dice Nicole Vasseur mirando directamente a cámara, con una cadencia pausada que parece haber ensayado delante del espejo—, de haber destapado la verdadera cara de Mackenzie Sutton. La gente merece saber quién se esconde detrás de ese apellido tan prestigioso, detrás de toda esa fachada de perfección. No soy más que una ciudadana que ha decidido decir la verdad, que se ha visto engañada también.

Durante un segundo eterno, Mackenzie tiene la certeza absoluta de que el mundo se ha detenido por completo. El bosque, el aire gélido, el latido apresurado de su propio corazón: todo queda suspendido en un vacío asfixiante del que apenas consigue extraer oxígeno.

—Será hija de puta... —murmura entre dientes.

Le tiemblan las manos de forma visible ahora. El enfado sube por su garganta, áspero, imposible de contener. No duda ni un instante más. Busca el contacto de su padre en la lista —que aparece en el nuevo móvil simplemente como una «P.» porque nunca se permitió ponerle «papá»— y pulsa la tecla de llamada antes de que la cordura le haga cambiar de idea. El tono suena una vez, dos, tres, cuatro. Cada segundo de espera es una punzada directa al corazón.

—¿Qué? —responde su padre, sin el menor rastro de afecto. Con ese tono seco y profesional que reserva para las llamadas de negocios a horas intempestivas.

Mackenzie ni siquiera se molesta en devolverle el saludo.

—¿Se puede saber por qué esa hija de puta sigue apareciendo en todas las televisiones y en todas las portadas y todavía no hay una sola noticia, una sola, que diga claramente que todo es mentira y que soy inocente? —Mackenzie escupe las palabras, sin contener apenas la furia que le recorre las venas.

Se produce un silencio breve al otro lado de la línea.

—¿De verdad crees que esto se puede solucionar de un plumazo, Mackenzie? —contesta él con una calma que hace temblar el suelo que Mackenzie pisa—. Te tenía por más inteligente, la verdad.

La mujer aprieta los labios hasta hacerse daño y baja la mirada al suelo blanco, donde sus botas han dejado dos huellas perfectamente marcadas.

—Lo que creo... —responde a su padre con la voz tensa— ...es que llevo más de una semana desaparecida del mapa y nadie, ni tú ni ninguno de tus caros abogados, ha movido un solo dedo para limpiar mi nombre de verdad. Todo son artículos llenos de insinuaciones, de

rumores venenosos, de medias verdades... ¿Esa es la gran estrategia que tenéis pensada?

—Mi estrategia —replica él con un deje de impaciencia que no se molesta en disimular—, consiste precisamente en evitar que conviertas este escándalo en un circo todavía mayor del que ya es. Las cosas no funcionan como tú te crees desde tu burbuja, Mackenzie. No basta con publicar un desmentido oficial, porque eso solo alimenta el ruido y prolonga la agonía mediática.

—¿Y dejar que me destrocen públicamente en silencio te parece mejor opción? —Su voz se quiebra apenas un momento, pero Mackenzie se recompone de inmediato, endureciendo el tono—. ¿Sabes lo que están diciendo de mí ahí fuera? ¿Lo que están publicando sin el menor pudor?

—Lo sé absolutamente todo, ¿o es que ya te has olvidado de quién soy? —la interrumpe él con sequedad—. Como también sé perfectamente quién ha provocado que estemos en este punto.

Las palabras caen como una losa directa a su corazón.

—¿Yo? —repite ella, incrédula, sintiendo cómo la rabia le sube otra vez hasta la garganta—. ¿Yo he provocado esto? Yo no fabriqué

esos chats de la nada, yo no edité esas imágenes para que parecieran lo que no eran, yo no salí en televisión orgullosa de humillar a nadie.

—No, pero te acostaste con la persona equivocada —responde él con una frialdad que le atraviesa el pecho—. Te abriste de piernas a una arpía ambiciosa y calculadora y ahora pretendes que yo limpie las consecuencias.

Se le clava ese término en lo más hondo del estómago. Como si su vida entera, sus sentimientos, su dolor, pudieran reducirse a una línea en una hoja de Excel.

—No me hables así —espetea Mackenzie, y esta vez la voz sí le tiembla—. No soy un activo de la empresa. Soy tu hija.

Al otro lado de la línea, la respiración de su padre se sacude.

—Eres una Sutton —corrige con aspereza—. Y eso implica una serie de responsabilidades que, por lo visto, todavía no has terminado de entender del todo.

—Las entiendo perfectamente —contesta ella, y ya no lucha por ocultar el temblor que le recorre todo el cuerpo—. Lo que no entiendo es por qué me dejas completamente sola en esto, como si no te importara lo más mínimo lo que me esté pasando.

El silencio se alarga un segundo más, un segundo que se vuelve casi insoportable.

—No seas cría —contesta su padre, como quien enumera tareas pendientes en una reunión de consejo—. Tienes a Marcus encargándose de todo el asunto legal, y eso ya es más de lo que mucha gente tendría en tu lugar. Pero ahora no me vengas con dramatismos baratos cuando eres tú la que ha comprometido, no solo tu imagen pública, sino la de toda la empresa. En este momento debo tener toda mi atención puesta en una junta de accionistas que no va a esperar a que tu puta crisis existencial tenga fin.

—¿Y qué se supone que hago yo mientras tanto? —pregunta ella.

—Madurar de una puta vez —remata él sin piedad—. Deja de indagar en internet como una adolescente, de abrir la boca cuando no te corresponde y de comportarte como una niña herida que necesita que la consuelen. Marcus te avisará en cuanto todo esté controlado y solucionado.

—Papá... —intenta ella, pero la línea ya se ha cortado.

Mackenzie baja el teléfono muy despacio. Siente un nudo creciente en el centro del pecho, imposible de tragar, que le aprieta hasta dificultarle la respiración. Las manos le tiemblan ahora con total

claridad, no por el frío que le cala los huesos, sino por esa vieja y conocida sensación de absoluta insignificancia que la acompaña desde que era niña cuando descubrió que, para su padre, el amor siempre venía con condiciones.

Las lágrimas acuden sin pedir permiso, se acumulan en el borde de los ojos y se quedan ahí suspendidas, como si también dudaran si vale la pena derramarse. Le cuesta respirar con normalidad; el aire entra y sale en bocanadas cortas y dolorosas. El mundo se reduce de repente al pequeño círculo de nieve en el que está parada, a los árboles altos que la rodean con una indiferencia ancestral.

«Eres una Sutton».

Nunca «eres mi hija». Nunca «te quiero». Nunca un «tranquila, lo vamos a solucionar juntos».

Aprieta los labios con fuerza hasta hacerse sangre. No quiere llorar, no en medio del bosque. Pero el dolor no negocia ni pide permiso: es un animal viejo y conocido que siempre encuentra el camino de regreso a casa.

Mackenzie sabe perfectamente que debería volver a la cabaña. Sabe que Cadence se enfadará —y mucho— si descubre que se ha alejado más de lo permitido, que le reprochará la imprudencia con esa

calma gélida que tanto le molesta. Sabe que su protección tiene motivos fundamentados.

Pero en este preciso instante la idea de regresar allí, a ese encierro disfrazado de protección, le resulta absolutamente insoportable, como si las paredes de madera fueran a cerrarse sobre ella y a aplastarla.

Mira hacia el sendero que conduce de vuelta a la cabaña, donde el humo de la chimenea debe estar subiendo en volutas grises contra el cielo. Luego gira la cabeza en dirección contraria, hacia la vaguada que desciende suavemente hasta conectar con el camino empedrado que lleva al pueblo. El mismo camino que recorrieron en silencio por primera vez. El mismo que, para ella, aún conserva una vaga e ilusionada promesa de anonimato.

No quiere seguir siendo Mackenzie Sutton ni un minuto más.

Ni titular de portada. Ni un problema familiar que hay que ocultar hasta que pase la tormenta.

Quiere, aunque solo sea por unas pocas horas, diluirse entre desconocidos que no la reconozcan, caminar sin el peso muerto de un apellido que arrastra siglos de expectativas, respirar sin que nadie espere nada de ella. Quiere ser una sombra más entre la nieve, una

figura anónima que nadie fotografíe, que nadie convierta en mercancía barata para vender periódicos.

Y, sobre todo, necesita con toda su alma sentir que el mundo no se reduce a la voz cortante de su padre y a una pantalla llena de mentiras venenosas.

Mackenzie se ajusta el abrigo hasta el cuello, respira hondo hasta que el aire frío le quema los pulmones y empieza a caminar decidida hacia el pueblo, dejando atrás la cabaña, dejando que el crujido constante de la nieve bajo sus botas la acompañe como un tambor lento, dejando que el frío la invada por completo y que esa posibilidad frágil, casi irreal, de desaparecer durante un rato se vaya haciendo cada vez más grande con cada metro que avanza.

Capítulo 14

El bar está casi en silencio a esa hora del día, mientras el sol de invierno ya empieza a dejar entrar por las ventanas una luz dorada y perezosa que se derrama sobre las mesas. No es la típica animación del mediodía; la mayoría de los clientes habituales ya han comido y se han marchado, y los turistas todavía no han comenzado a llegar buscando un sitio caliente antes de la cena. Mackenzie agradece ese vacío, ese murmullo lejano y el tintineo ocasional de alguna copa que alguien recoge. Aquí dentro nadie la conoce, nadie espera nada de ella y, por primera vez en muchas horas, puede respirar sin que el aire le oprima los pulmones.

El eco de la discusión con su padre todavía le retumba en el pecho, una especie de latido doloroso que no termina de apagarse, como si humillarla fuera la última asignatura pendiente de su educación sentimental. Mackenzie cierra los ojos un segundo y siente la garganta seca de nuevo; inspira despacio, contando hasta cuatro. No quiere pensar en él ahora. No quiere pensar en nada que lleve el apellido Sutton pegado como una puta etiqueta de lujo.

Se sienta en uno de los taburetes altos de la barra, dobla el abrigo con cuidado y lo deja sobre el asiento de al lado, como si reservara un sitio para alguien que nunca va a llegar. Apoya los codos en la madera barnizada y desgastada, y fija la mirada al frente. Procura mantener el rostro neutro, aunque sabe que sus ojos la delatan: están demasiado brillantes, demasiado cansados.

La camarera la reconoce al instante. Se acerca sin prisa, secándose las manos en el delantal negro, y le dedica una sonrisa pequeña.

—Hola otra vez. Hoy has venido sola, ¿eh? No te hacía yo de las que disfrutan bebiendo sin compañía.

Mackenzie alza la vista poco a poco. La palabra «solitaria» debería escocer, pero curiosamente no lo hace. Tal vez porque, en el fondo, siempre se ha sentido así, aunque estuviera rodeada de cien personas sonriéndole a la cámara.

—Hay quien tiene ideas muy raras sobre mí —responde Mackenzie con una calma que no siente del todo—. Y casi nunca aciertan.

Deja el móvil boca abajo sobre la barra después de apagarlo, como si hacer eso pudiera apagar también el mundo. La camarera asiente, y

eso, por alguna razón absurda, le afloja un poco el nudo que llevaba en el estómago.

—¿Entonces...? —pregunta la chica, ya cogiendo la coctelera.

—Un French 75, por favor —contesta Mackenzie, y su propia voz le suena lejana, como si perteneciera a otra persona.

—Marchando, preciosa. En un periquete lo tienes.

La forma en que lo dice se asemeja a una calidez natural, de quien lleva años sirviendo copas y sabe cuándo hablar y cuándo callar. Mackenzie la observa mientras trabaja: los movimientos seguros, sin aspavientos, la manera en que mide el gin con el jigger. Primero el hielo, que cruje al recibir el líquido frío; después el gin, transparente y aromático; el zumo de limón recién exprimido; una gota precisa de sirope de azúcar...

Pero no es la precisión lo que la tiene atrapada. Son los ojos de la camarera, de un verde musgo claro que parece cambiar según la luz, y esa trenza gruesa, color miel oscura, que se balancea sobre su espalda cada vez que se inclina. Mackenzie no aparta la mirada. No quiere. Por primera vez en mucho tiempo, mirar a alguien no le parece una amenaza.

La otra lo nota, por supuesto. Levanta una ceja, divertida, sin detener el ritual de preparar ese cóctel.

—No te cortas nada ¿eh?

Mackenzie se encoge de hombros, sin dejar de mirarla.

—Me han dicho cosas peores. Y también mejores, supongo.

—No creo que sea algo malo —replica la camarera mientras termina de remover la coctelera—. A mí me gusta la gente que es capaz de verte de verdad.

Sirve el cóctel en una copa helada y lo desliza despacio hacia ella. El aroma sube en volutas cítricas, fresco y punzante, y Mackenzie siente que algo dentro de ella se despierta.

—Por cierto —añade la chica, apoyando los codos en la barra—, me llamo Tiffany. Encantada de que vuelvas a honrarnos con tu presencia.

Mackenzie sostiene la copa un segundo sin beber, sopesando la información que va a confesar a continuación.

—Yo soy Meghan —miente sin titubear, con la naturalidad de quien lleva años practicando identidades prestadas.

Se dice que es solo un escudo pequeño, una forma de existir durante unas horas sin arrastrar el peso de ser Mackenzie Sutton, heredera, la niña mala de los tabloides, la que siempre aparece en las revistas con una copa en la mano y una sonrisa.

Tiffany sonríe sin pedir más explicaciones.

—Entonces... ¿estás de paso o piensas quedarte unos días más por aquí, Meghan? —pregunta mientras limpia con calma un vaso que ya está limpio.

—No lo tengo decidido todavía —responde Mackenzie, dando un sorbito al cóctel. La acidez le despierta la lengua y el alcohol le baja caliente por la garganta—. A veces los planes cambian solos, sin avisar. Y uno se encuentra quedándose donde nunca pensó.

Tiffany suelta una risa baja.

—Este pueblo tiene esa magia rara. La gente llega pensando que solo va a parar una noche y, cuando quiere darse cuenta, ya lleva años por aquí. Es como si la montaña te mirara y decidiera por ti.

Mackenzie esboza una sonrisa que casi le duele, porque hace tiempo que no sonreía de verdad.

—No sé si yo sirvo para echar raíces —confiesa en voz baja—. Siempre he sido más de arrancarlas.

—Quizá no se trata de ser buena o mala plantando —contesta Tiffany, encogiéndose de hombros—. A veces basta con dejar de correr un rato. La tierra hará el resto.

La frase queda flotando entre ellas, sencilla y honda a la vez. Mackenzie se sorprende al darse cuenta de que no suena a consuelo barato, a esas frases huecas que la gente suelta para llenar silencios. Es algo que Tiffany parece haber vivido, no solo leído en una taza de té.

Bebe otro sorbo, más largo, dejando que las burbujas le cosquilleen la nariz.

—¿Y tú? —pregunta Mackenzie, inclinándose un poco hacia delante—. ¿Eres de aquí o también te atrapó la montaña?

Tiffany niega con la cabeza, y la trenza se mueve como un péndulo.

—No, qué va. Yo llegué hace seis años huyendo de una ciudad que me ahogaba. Necesitaba silencio, de verdad. Y aquí lo encontré. O más bien... encontré gente que sabe callar cuando hace falta y hablar cuando vale la pena.

Mackenzie la observa con más atención. Hay algo en su forma de decirlo que suena a cicatriz ya cerrada, no a herida abierta.

—¿Y nunca te entraron ganas de volver?

—A veces. Pero luego miro por la ventana, veo los picos nevados recortados contra el cielo y... no sé. Me siento en casa. Raro, ¿verdad?

—No tanto —musita Mackenzie—. Creo que muchas veces tu hogar no es donde naciste, sino donde por fin puedes respirar sin que te miren como si tuvieras que ser alguien distinto.

Se hace un silencio breve. Mackenzie siente que sus hombros bajan un par de centímetros, que el nudo del pecho se afloja un poco más. Por primera vez en días, el zumbido constante de sus pensamientos se vuelve un susurro.

Tiffany rompe el silencio con suavidad.

—¿Y lo has conseguido?

—No sé —contesta Mackenzie, y se encoge de hombros—. Normalmente estoy rodeada de gente que sonrío mucho y dice poco. Pero al final del día... da igual cuántos estén. La sensación es la misma.

Tiffany asiente despacio, como si entendiera exactamente a qué se refiere.

—La soledad no siempre tiene que ver con los metros cuadrados a tu alrededor —le dice ella en voz baja—. Hay tipos de soledad que caben en una mansión de quinientos metros y otras que se curan

sentándote en un taburete con la persona adecuada al otro lado de la barra.

Mackenzie la mira fijamente. Hay algo en esa frase que le llega muy hondo. Piensa en Cadence, en su distancia calculada, en esa manera de estar siempre presente y ausente al mismo tiempo. Y piensa también en que esta mujer, con su trenza y sus ojos verdes, es la primera en mucho tiempo que no le produce ganas de salir corriendo.

—Me pareces una mujer curiosa —continúa Tiffany, apoyando la barbilla en la mano—. Como si una parte de ti estuviera ya en la puerta, lista para irse, y la otra se empeñara en quedarse un ratito más.

Mackenzie suelta una risa breve, casi sorprendida.

—Estoy practicando eso de quedarme —confiesa—. No se me da especialmente bien, pero... hoy me apetece intentarlo.

Tiffany sonrío, y hay algo en esa sonrisa que hace que a Mackenzie le tiemble el cuerpo.

—Pues si decides practicar un poco más estos días... me encantaría enseñarte un par de sitios que no vienen en las guías. Hay un mirador arriba, junto al viejo telesilla, desde donde se ve todo el valle cuando el sol empieza a caer. Y un puente de madera sobre el río, muy chulo, la verdad.

Mackenzie alza una ceja, divertida a su pesar.

—¿Eso es una invitación?

—Digamos que no me gusta ver a alguien con esa mirada perdida bebiendo sola. Y menos si esa alguien tiene unos ojos preciosos, con una historia que me encantaría conocer.

Mackenzie siente calor en las mejillas, y no es solo por el alcohol.

—Mi vida es... complicada —advierde en voz baja, casi disculpándose.

Tiffany se encoge de hombros.

—Yo no le tengo miedo a lo complicado. Lo que me asusta de verdad es lo aburrido.

Mackenzie termina el cóctel de un trago largo, dejando que el frío del hielo y el calor del gin se mezclen en su garganta.

—¿Y si te digo que salgo en una hora? —propone Tiffany, bajando la voz—. Podemos dar una vuelta por el río antes de que refresque del todo. La luz de esta hora es increíble.

Mackenzie duda apenas un segundo. Siente vértigo, pero de los buenos.

—Me parece perfecto —responde.

—Genial. Dame sesenta minutos y soy toda tuya.

Tiffany sonríe de oreja a oreja. Vuelve a sus tareas, pero ahora cada vez que pasa cerca de Mackenzie le roza el brazo con los dedos, un roce fugaz que deja un maravilloso rastro de calor.

Mackenzie paga, se pone el abrigo con calma y sale al exterior. El sol de la tarde cae oblicuo sobre la zona, tiñendo de naranja las fachadas de madera y haciendo brillar los montones de nieve sucia amontonados en las esquinas. Camina sin rumbo fijo, dejando que el frío le despeine el pelo y le enrojezca las mejillas. Por primera vez en mucho tiempo, no mira el móvil. No piensa en su padre, ni en las noticias de los titulares. Solo camina y siente cómo algo dentro de ella, algo que llevaba meses congelado, empieza a moverse muy despacio.

Cuando regresa, Tiffany sale por la puerta lateral, ya sin delantal, con un abrigo largo de lana gris que le llega casi a las rodillas, un gorro de punto calado hasta las cejas y la trenza suelta cayéndole por delante del hombro. Fuera del uniforme parece otra.

—¿Te he hecho esperar mucho? —pregunta, metiendo las manos en los bolsillos.

—Para nada —responde Mackenzie, y se sorprende de lo fácil que le sale sonreír—. Me ha sentado bien pasear un rato. Me ha aclarado la

cabeza.

—Genial, pues he pensado en algo que nos va a gustar mucho más. —Mackenzie la mira y al segundo, siente que no va a poder resistirse a esa sonrisa.

*

Las dos llegan a la cabaña de Tiffany cuando el sol está cerca de hundirse detrás de las cumbres. La casa es pequeña, de madera oscura y piedra, con un porche cubierto de nieve y una única luz cálida encendida junto a la puerta.

—Bienvenida a mi palacio —bromea Tiffany mientras busca las llaves en el bolsillo del abrigo—. No es gran cosa, pero está calentita y no hay nadie que nos moleste.

Mackenzie sonríe, nerviosa por primera vez en toda la tarde. Entra detrás de ella y el calor del interior la envuelve de golpe: olor a leña y madera de cedro. Tiffany se quita el gorro y la trenza se desparrama por su espalda como una cascada oscura. Se gira, se quita el abrigo con calma y lo cuelga en un perchero junto a la puerta.

—¿Vino, whisky, chocolate caliente con un chorrito de algo fuerte?
—pregunta, ya descalzándose—. Tengo de todo menos vergüenza.

Mackenzie se ríe, un sonido que le sale ronco y sincero.

—Sorpréndeme.

Tiffany desaparece un segundo en la cocina abierta y vuelve con dos copas anchas y una botella de vino tinto que abre con un sacacorchos viejo. Sirve generosamente, le pasa una copa y choca la suya contra la de ella.

—Por las tardes que empiezan en un bar y terminan... donde sea que esto termine —comenta, y sus ojos verdes brillan con picardía.

Mackenzie bebe un trago largo. El vino es afrutado, con un toque de especias que le calienta la garganta y le baja directo al estómago. Se quita el abrigo, lo deja sobre el respaldo de una butaca y se queda en el jersey fino de cachemir gris que se le pega un poco al cuerpo por el calor repentino. Tiffany la recorre con la mirada sin disimulo, desde los tobillos hasta los labios, y sonrío de medio lado.

—Ven, te enseño la parte que más me gusta de la casa.

La coge de la mano —sus dedos están calientes— y la lleva hacia el salón. Hay una chimenea encendida que Tiffany aviva de inmediato, el fuego crepita bajo y constante, y delante un sofá amplio cubierto de

mantas de lana y cojines desordenados. La luz de las llamas baila sobre sus rostros.

Tiffany deja la copa en la mesita baja, se gira hacia ella y, sin más preámbulos, le acaricia la mejilla con el dorso de los dedos.

—Desde que te vi el otro día no he dejado de imaginar cómo sería besarte —susurra—. Y ya no quiero imaginarlo más.

Mackenzie siente que el aire se le queda atascado en el pecho. Se inclina hacia ella y sus labios se encuentran a medio camino. Tiffany la coge por la nuca y la besa con hambre, con la boca abierta, y la lengua buscando la suya como quien lleva meses esperando este momento. Mackenzie gime contra sus labios, y le agarra la cintura con las dos manos, atrayéndola hasta que sus cuerpos chocan.

Se besan como si tuvieran prisa y, al mismo tiempo, como si quisieran alargar cada segundo. Mackenzie le muerde el labio inferior, tira suavemente, y Tiffany responde con un jadeo que le vibra contra la boca.

—Dios, Meghan... —murmura Tiffany entre beso y beso, y el nombre falso suena tan íntimo en su voz que a Mackenzie le aviva el corazón.

Se separan apenas lo suficiente para quitarse los jerséis. Tiffany lleva debajo una camiseta térmica fina, de algodón blanco, que se pega a sus pechos y deja ver el contorno de los pezones endurecidos. Mackenzie se queda en sujetador negro de encaje y siente los ojos de Tiffany quemándole la piel.

—Joder, eres preciosa —dice Tiffany con la voz ronca, y le pasa las manos por los costados, desde las caderas hasta debajo de los pechos, como si quisiera memorizar cada centímetro de su cuerpo.

Mackenzie no contesta con palabras. La empuja suavemente hasta que Tiffany cae sentada en el sofá y ella se coloca a horcajadas sobre sus muslos. Se besan otra vez. Las manos de Mackenzie bajan por la espalda de Tiffany, se cuelan bajo la camiseta y le arañan suavemente la piel. Tiffany arquea la espalda y empuja las caderas hacia arriba, buscando fricción.

—Quítamelo todo —susurra Tiffany contra su cuello.

Mackenzie obedece. Le sube la camiseta por encima de la cabeza y la tira al suelo. Debajo, Tiffany no lleva sujetador; sus pechos son pequeños y perfectos, con los pezones oscuros y duros. Mackenzie baja la boca hasta uno de ellos, lo lame despacio, lo succiona con fuerza, y Tiffany gime alto, echando la cabeza hacia atrás.

—Así, joder... justo así...

Sus manos se enredan en el pelo de Mackenzie, guiándola, pidiéndole más. Mackenzie pasa al otro pecho, lo muerde suavemente, y siente cómo Tiffany se retuerce debajo de ella. El calor entre sus piernas es casi insoportable; nota la humedad empapando ya sus bragas.

Tiffany no se queda atrás. Sus dedos encuentran el cierre del sujetador de Mackenzie, lo abren con un solo movimiento y se lo quita. Durante un segundo se quedan mirándose, respirando agitadas. Luego Tiffany se lanza a besarle el cuello, la clavícula, baja hasta un pecho y lo toma entero en la boca mientras con la otra mano pellizca el pezón contrario. Mackenzie suelta un gemido largo, se agarra a sus hombros y empieza a moverse encima de ella, frotándose contra sus muslos.

—Quiero tocarte —susurra Tiffany contra su piel—. Quiero saber cómo te pones cuando te corres.

Mackenzie se levanta apenas lo suficiente para quitarse los pantalones y las bragas. Tiffany la ayuda, impaciente, y cuando Mackenzie vuelve a sentarse encima de ella ya están las dos desnudas. El roce de su piel es un shock eléctrico. Tiffany desliza una mano entre

sus piernas, separa sus labios con dos dedos y gime al notar lo mojada que está.

—Dios santo, estás chorreando...

Mackenzie se muerde el labio y empuja contra su mano. Tiffany introduce un dedo despacio, luego dos, y empieza a moverlos dentro de ella con una lentitud tortuosa. Mackenzie se agarra a sus hombros, echa la cabeza echada hacia atrás, y empieza a cabalgar su mano sin vergüenza.

—Mírame —ordena Tiffany, y cuando Mackenzie abre los ojos la encuentra mirándola con una intensidad que casi da miedo—. Quiero verte la cara cuando te corras.

Aumenta el ritmo, curvando los dedos dentro de ella. Con el pulgar presiona su clítoris en círculos rápidos y firmes. Mackenzie siente que se le va la cabeza; los gemidos se le escapan sin control, cada vez más altos.

—Tiffany... voy a...

—Venga, córrete para mí, preciosa. Quiero sentirte.

Y Mackenzie se rompe. El orgasmo la atraviesa, le sacude las piernas, le aprieta el estómago. Se aferra a Tiffany mientras convulsiona encima de su mano, gimiendo una y otra vez.

Cuando recupera un poco el aliento, baja la mirada y ve a Tiffany lamiéndose los dedos con los ojos cerrados, saboreándola. El gesto es tan obsceno y delicioso que Mackenzie siente que podría correrse otra vez solo de verlo.

—Ahora te toca a ti —susurra, y se desliza hasta el suelo, de rodillas entre sus piernas.

Tiffany abre los ojos, sorprendida y ansiosa. Mackenzie le separa los muslos con suavidad y contempla su sexo, depilado salvo por una fina línea oscura, brillante de deseo. Se inclina y la besa ahí, despacio. Tiffany suelta un jadeo largo y se abre más para ella.

Mackenzie lame despacio, desde la entrada hasta el clítoris, saboreándola entera. Introduce la lengua dentro de ella, la mueve, y Tiffany empieza a temblar.

—Joder, Meghan... tu boca...

Mackenzie sonríe contra su piel y se concentra en el clítoris: lo succiona, lo rodea con la lengua, lo presiona con los labios. Introduce dos dedos y los curva, y entonces Tiffany grita, se agarra al respaldo del sofá y empuja las caderas contra su cara.

—No pares... por favor, no pares...

Mackenzie aumenta la velocidad, la presión, hasta que siente cómo Tiffany se tensa, cómo sus muslos tiemblan alrededor de su cabeza. Cuando se corre lo hace con un grito ahogado, arqueando el cuerpo, con los dedos clavados en el pelo de Mackenzie.

Durante unos segundos solo se escucha el crepitar del fuego y sus respiraciones agitadas. Mackenzie sube despacio, se sienta otra vez a horcajadas sobre ella y la besa.

La tarde dará paso a la noche, y Mackenzie tiene muy claro cuáles serán las consecuencias cuando esté de regreso a su encierro. Pero dentro de esa cabaña pequeña, Mackenzie Sutton —o Meghan, o quien sea que sea en ese momento— se siente exactamente como la mujer invisible que lleva tiempo queriendo ser.

Capítulo 15

—¿Estás loca o qué demonios te pasa?

La frase se le escapa a Cadence sin filtro, cruda, afilada por las tres horas que lleva pateando las calles de ese puto pueblo, con el estómago hecho un nudo y la mandíbula tan tensa que le duele. Cadence está plantada en medio de la calle principal, con el frío subiéndole por las piernas como dedos helados, el corazón todavía latiéndole a mil por hora después de ver cómo el puntito rojo del localizador de Mackenzie desaparecía de repente de la pantalla del móvil. Y ahí está ella, delante, entera, con su maldito estilo que parece gritar «mírame» y las mejillas sonrosadas por el aire seco, como si haberse largado sola no tuviera ninguna consecuencia real.

—¿Dónde coño te habías metido? —añade sin bajar ni un decibelio.

A su alrededor el pueblo sigue su vida tranquila de domingo por la tarde: un par de abuelos pasean con bolsas de la compra, y el humo de alguna chimenea se eleva recto hacia un cielo azul metálico. Mackenzie saca las manos de los bolsillos del abrigo y las alza despacio,

en un gesto que pretende ser apaciguador pero que Cadence interpreta inmediatamente como un desafío.

—Tranquila, Teniente O’Neil —responde Mackenzie con una sonrisa que desea borrarle de inmediato—. Solo he salido a estirar las piernas y a tomar un poco el aire.

Cadence nota cómo un músculo del cuello le palpita. No está solo enfadada. Es algo más oscuro, un miedo que le ha recorrido el cuerpo, mezclado con la humillación de haber corrido como una loca por mitad del bosque pensando que la habían secuestrado, o peor.

—¿A estirar las piernas? —repite Cadence, dando un paso hacia ella—. Llevas cuatro horas desaparecida, Mackenzie. Cuatro. ¿De verdad piensas que esto es un maldito juego de niños?

—Pues mira, no —contesta la otra sin apartar la mirada, con esa voz calmada que resulta aún más irritante—. Ya me han echado a los lobos, ¿qué peor cosa puede pasarme en este pueblo de mierda?

La frase rebota en las fachadas bajas y un matrimonio mayor que pasa por la acera de enfrente se gira a mirarlas con curiosidad descarada. Cadence levanta la vista por instinto, registra caras, matrículas, salidas, posibles amenazas; el viejo hábito militar que nunca se apaga. Mackenzie lo pilla al vuelo.

—Eh, relaja los hombros —añade ella con tono casi divertido—. Solo he estado tomando unas copas y charlando un rato con la camarera mona del bar del otro día. Se llama Tiffany, por cierto.

«Tiffany». El nombre cae entre las dos como una piedra en un estanque helado.

Cadence se queda sin aire un segundo. Sabe perfectamente lo que ha pasado entre esas dos. Sobre todo, porque Mackenzie lleva el pelo despeinado.

No es solo por la imprudencia que ha cometido —que ya es de órdago—, una punzada breve y traicionera se pasea debajo de sus costillas. ¿Celos? ¿Miedo a que le pase algo? ¿Las dos cosas? La mandíbula se le tensa tanto que casi oye crujir los dientes.

—Sube al maldito coche ahora mismo —ordena Cadence, señalando con la barbilla el SUV negro aparcado diez metros más abajo.

Mackenzie la mira un segundo más, como si disfrutara viendo cómo le hierve la sangre, pero acaba encogiéndose de hombros y caminando hacia el vehículo con ligereza, como si no llevara una diana en la espalda. Cadence la sigue sin perder de vista ni un solo detalle: la forma en que se mueve, cómo mira a los lados, cómo se recoge el pelo detrás de la oreja. Todo.

Dentro del coche el ambiente está a bajo cero, aunque la calefacción empieza a soplar aire cálido. Cadence arranca con brusquedad y el SUV se desliza por las calles casi vacías, entre casas de madera con jardines cubiertos de nieve y algún niño haciendo un muñeco torcido. Durante varios minutos ninguna dice nada. Cadence necesita ordenar el caos que le retumba en la cabeza antes de abrir la boca otra vez.

Mackenzie mira por la ventanilla, como si los pinos pudieran protegerla del huracán que se avecina.

—¿Eres consciente de lo que has hecho? —rompe el silencio Cadence—. Desaparecer sin avisar, apagar el móvil, irte sola a un sitio público a ligar con la primera que te sonrío...

—No estaba en peligro —la corta Mackenzie, girándose hacia ella.

—Tú no eres quien decide eso —replica Cadence apretando tanto el volante que los nudillos se le ponen blancos—. No con lo que hay encima de la mesa.

—Ah, claro —contesta la otra con sorna—. Ahora todo lo decide la señorita perfecta que nunca comete errores.

El sarcasmo prende una llama en el interior de Cadence.

—Las cosas no van así, Mackenzie. La gente quiere verte hundida, y una loca ha prometido hacerte daño de verdad. Ya no eres Mackenzie Sutton paseando por un pueblo cualquiera. Eres un objetivo andante.

Mackenzie se inclina un poco hacia ella, con los ojos brillando entre rabia y cansancio.

—¿Y a ti qué más te da? —pregunta en voz baja pero punzante—. ¿De verdad te importa?

Cadence siente cómo la sangre le hierve en las venas.

—Lo que creo es que te comportas como si tu apellido fuera un chaleco antibalas cuando en realidad es lo que te ha puesto en el punto de mira.

—No tienes ni idea de lo que es llevar este apellido —responde Mackenzie, y por primera vez la voz se le quiebra de verdad—. No tienes ni idea de lo que es crecer sabiendo que nunca serás suficiente, que todo lo que hagas será usado en tu contra, que incluso cuando intentas hacer las cosas bien te llueven hostias. Así que no me vengas con sermones, Cadence. No los necesito.

El coche se llena de un silencio tan denso que casi se puede cortar. Cadence traga saliva, buscando palabras que no suenen a reproche barato.

—¿Crees que para mí esto es un juego? —le pregunta, sin apartar la vista de la carretera—. ¿Que estoy aquí porque me sobra tiempo o porque me encanta congelarme el culo en este maldito pueblo? Estoy aquí porque tu padre me contrató, sí, pero también porque... joder, porque no quiero que te pase nada.

Mackenzie se queda callada un instante, como si las palabras le hubieran dado donde más duele.

—Solo necesitaba... respirar cinco minutos sin sentir que alguien me vigila a cada paso que doy.

Cadence suelta una risa amarga.

—¿Y crees que yo no necesito respirar? ¿Que no me gustaría mandarlo todo a la mierda y largarme? Pero no puedo. Porque si te pasa algo, Mackenzie... si te pasa algo, no me lo perdonaría nunca. Y no solo es por el dinero, aunque no te lo creas.

El SUV toma una curva y los faros brillan contra la nieve que hay acumulada, iluminando el rostro de Mackenzie y mostrando las ojeras que el maquillaje no logra tapar del todo.

—Entonces dime la verdad —pide Mackenzie de pronto, girándose del todo hacia ella—. ¿Por qué aceptaste este trabajo? Mi

padre haber puesto a cualquiera. Tiene un ejército de exmilitares dispuestos a babear por él. ¿Por qué tú?

Cadence aprieta los labios. La pregunta lleva semanas rondándole la cabeza y aún no tiene una respuesta bonita para vender, por mucho que Lionel le dijera que querían a la mejor en su trabajo.

—Porque mi hermana es una puta adicta ¡¿vale?! —admite al fin—. Y este trabajo va a pagar las facturas de su rehabilitación.

Mackenzie la mira fijamente, como si la viera por primera vez.

—No... tenía ni idea —dice en voz baja, arrepentida.

—Claro que no lo sabías. Porque nunca preguntas nada que no gire en torno a ti —responde Cadence, y aunque suene duro, es la pura verdad—. Pero también acepté porque... no sé, algo en este caso. Parecías... perdida. Y yo conozco esa mirada. La he visto en el espejo demasiadas veces.

El coche entra en el camino de gravilla que lleva a la cabaña. Cadence frena delante de la puerta y deja el motor encendido un rato más.

Mackenzie no se mueve para salir.

—Siento lo de tu hermana —comenta, y cuando Cadence la observa, sabe que dice la verdad—. Y siento haberte asustado hoy. No

era mi intención.

Cadence gira la cabeza y la mira. Realmente la mira. Y por primera vez desde que se conocen, Mackenzie no aparta la vista.

—No me pagan para que me preocupe —responde Cadence, suavizando la voz—. Me pagan para mantenerte viva. Pero... joder, Mackenzie, me preocupo igual. Y eso me cabrea muchísimo, porque no entraba en mis putos planes.

«Diego ya me lo advirtió».

Mackenzie esboza una sonrisa pequeña, casi tímida, nada que ver con la arrogancia de antes.

—Pues entonces hagamos un trato —propone—. Yo intento no darte motivos para preocuparte como una loca... y tú intentas no tratarme como si fuera una cría irresponsable todo el tiempo. ¿Vale?

Cadence suspira, pero las comisuras de la boca se le levantan un milímetro.

—Trato. Pero como vuelvas a apagar el móvil, te pego un localizador al culo. Literalmente.

Mackenzie suelta una carcajada breve, la primera risa de verdad que Cadence le ha escuchado en días.

—Vale, teniente gruñona. Mensaje recibido.

Bajan del coche. Caminan juntas hacia la cabaña sin prisa, y aunque ninguna lo dice en voz alta, las dos notan que algo ha cambiado: la tensión sigue ahí, pero ya no es solo hostil. Hay algo más, algo frágil y peligroso que empieza a asomar entre las grietas.

Cadence abre la puerta y deja pasar a Mackenzie primero, un gesto que en otro momento habría sido mera cortesía profesional, pero que ahora le sabe a rendición. Mackenzie entra sin decir nada, se quita el abrigo con parsimonia y lo cuelga en el perchero de madera junto a la entrada.

—Voy a darme una ducha —anuncia Mackenzie, girándose hacia ella.

Cadence se queda quieta en el umbral del salón, con la chaqueta todavía en la mano. Mackenzie la mira desde el pasillo. Hay un segundo largo, demasiado largo, en el que ninguna aparta la vista. Los ojos de Mackenzie, se clavan en los suyos con una intensidad que Cadence no recuerda haber sentido antes. Nota cómo el aire se espesa, cómo su propio pulso se dispara sin permiso, cómo la distancia entre las dos se reduce sin que ninguna se haya movido.

Mackenzie se humedece apenas el labio inferior, un gesto casi inconsciente, y Cadence siente que el suelo se inclina un grado.

«Muévete. Di algo. Corta esto ahora mismo.»

Pero no puede. Se queda ahí, atrapada en esa mirada que parece preguntarle cosas que ninguna de las dos está preparada para contestar.

Al final es Mackenzie quien rompe el hechizo. Baja la vista, sonrío de medio lado —una sonrisa pequeña, casi tímida— y desaparece por el pasillo sin decir nada más. El sonido de la puerta del baño al cerrarse es suave, pero a Cadence le retumba como un disparo.

Se queda parada un instante más, respirando hondo, hasta que consigue obligar a sus piernas a moverse. Sube las escaleras sin encender la luz, conoce cada escalón de memoria, y empuja la puerta de su habitación con el hombro. La cierra detrás de sí.

La habitación es pequeña y austera. Cama individual con sábanas grises perfectamente remetidas. Mesilla de noche sin cajones donde solo descansan el reloj despertador, un libro manoseado de Marco Aurelio y la pistola descargada dentro de su funda. Un armario empotrado con la ropa doblada en pilas exactas. Una única ventana que da al bosque, ahora teñida de violeta por el crepúsculo. En la pared,

sobre el cabecero, la foto de su hermana pequeña clavada con una chincheta: las dos en la playa, riendo, antes de que todo se fuera a la mierda.

Se quita las botas de un puntapié, y se deja caer sentada en el borde de la cama mientras se sujeta la cabeza con las dos manos.

El corazón le late tan fuerte que lo oye en los oídos.

«Esto es solo trabajo.»

Se lo repite una vez, dos, tres, como un mantra que ya no convence ni al aire.

Se levanta, abre la ventana de golpe. El frío entra como un latigazo y le corta la respiración, pero lo agradece. Necesita que algo le baje la temperatura de la piel, que le recuerde quién es y por qué está aquí.

Se desnuda con movimientos bruscos, se pone una camiseta vieja del ejército y los pantalones de chándal, y se mete en la cama sin quitarse el reloj. La manta pesa, pero no logra calmar el incendio que lleva dentro.

Desde el baño llega el rumor lejano del agua corriendo, constante, casi hipnótico. Cadence cierra los ojos y se imagina —a pesar de sí misma— el vapor llenando el espejo, las gotas resbalando por la piel de Mackenzie, el pelo mojado pegándose a la nuca de Mackenzie.

Aprieta los dientes.

«No deberías sentir esto. No puedes permitirte sentir esto.»

Es su protegida. Es la hija del hombre que le va a pagar la rehabilitación de su hermana. Es un trabajo. Un trabajo muy bien pagado que no puede permitirse perder por un calentón estúpido.

Pero el cuerpo no entiende de razones, y en la oscuridad de la habitación la imagen de esos ojos grises se le clava como una astilla que no consigue sacar.

Se gira de lado, se cubre la cabeza con la almohada y respira hondo.

«Mañana volverás a ser la profesional inquebrantable de siempre.»

Pero esta noche, en la soledad de su cuarto austero, sabe que, por mucho que lo niegue, algo dentro de ella acaba de empezar a desmoronarse sin remedio.

Capítulo 16

—Necesito que me ayudes con algo importante.

El amanecer en Vermont se despliega ante Cadence con una calma que resulta casi insultante, como si el mundo entero se permitiera el lujo de estar en paz mientras a ella le niegan hasta el más mínimo respiro. Desde el balcón de su habitación, la montaña se perfila en capas sucesivas de azul pálido y gris perla, todo difuminado por una bruma ligera que sube perezosa desde el fondo del valle. El aire es tan puro que hasta envidia no haberlo respirado antes. Los pinos permanecen tiesos, envueltos en un velo finísimo de escarcha que brilla apenas con los primeros rayos, y el silencio solo se quiebra de vez en cuando por el crujido lejano de alguna rama que cede bajo el peso de la noche acumulada.

El paisaje es de una belleza casi obscena, tan limpio y perfecto que duele mirarlo. Pero hoy no consigue atravesarla ni un milímetro. No ha dormido más de dos horas seguidas. Cada vez que cerraba los ojos, aparecía Mackenzie. No la Mackenzie altiva, afilada y distante de los primeros días, sino la que vio anoche: frágil sin pretenderlo, rota por dentro de una manera que se esfuerza en ocultar al mundo. Y junto a

esa imagen, la frase que soltó como quien no quiere la cosa, como si no le costara nada reconocerlo: « Solo he estado tomando unas copas y charlando un rato con la camarera mona del bar del otro día. Se llama Tiffany, por cierto.»

Los celos no deberían tener cabida entre ella. Pero ahí están, clavados como astillas bajo la piel, rozándola por dentro cada vez que respira. Un nudo ácido que sube y baja por la garganta y que no hay forma de tragar.

Inspira hondo.

—¿Qué necesitas ahora? —contesta Diego, con ese tono de burla que siempre han tenido entre ambos.

Cadence se pellizca el puente de la nariz y cierra los ojos un instante. Como si quisiera asegurarse de lo que va a pedir.

—Quiero que investigues a Nicole Vasseur —suelta sin preámbulos, directa al grano.

Al otro lado de la línea se hace un silencio breve, casi eléctrico.

—¿Perdona? —Diego tarda un segundo en reaccionar, como si estuviera recolocando todas las piezas en su cabeza—. ¿La ex de tu protegida?

—La misma —confirma Cadence, apretando el móvil con más fuerza de la necesaria.

—¿Y desde cuándo nos dedicamos a remover mierda por iniciativa propia? —pregunta él, y ya no queda ni rastro de broma en su voz—. ¿No era cosa del padre? ¿O es que Lionel te lo ha pedido de forma extraoficial?

Cadence fija la mirada en el horizonte, en esa cadena de montañas que se pierde tras la niebla como si nunca terminara.

—Lionel no tiene nada que ver —responde Cadence con firmeza—. Y, por ahora, prefiero que él no sepa absolutamente nada.

—Cadence... —Diego suspira, y en ese suspiro cabe toda la preocupación del mundo—. Escúchame un segundo. Te estás metiendo de lleno en su vida, en su pasado. Y eso, amiga mía, no entra en el contrato. Ni de lejos.

Ella sabe que tiene razón. Lo sabe perfectamente. Pero ya no le importa lo más mínimo.

—Quiero hacerlo por mi cuenta —repite Cadence, y esta vez suena casi como una súplica disfrazada de orden.

—Eso es exactamente lo que te dije que no hicieras —insiste él, y ahora hay un matiz de frustración—. ¿Te acuerdas cuando me

prometiste antes de irte que nunca más ibas a cruzar esa línea? Te advertí que no te implicaras emocionalmente, que esto acababa siempre mal. Y ahora me llamas a las seis de la mañana para pedirme que te ayude a hundirte más en la mierda. No me lo puedo creer.

Cadence siente un temblor leve en los dedos que sujeta el móvil, pero se mantiene en sus trece.

—Te he sacado el culo del fuego más veces de las que ambos podemos contar con los dedos de las manos —responde con una calma que le cuesta la misma vida—. En misiones en las que todo el mundo te daba ya por muerto. Así que ahora no me vengas con discursos de límites profesionales, Diego.

Él exhala despacio, un sonido largo y cansado que cruza el atlántico entero.

—No es cuestión de si te debo la vida o no, aunque sí, te la debo —admite ante ella—. Es que te estás jugando mucho más de lo que estás dispuesta a reconocer ahora mismo. Cuando cruzas esa línea, Cadence, ya no hay vuelta atrás. Te lo digo por experiencia. Y no quiero tener que verte recoger los pedazos otra vez.

Sus palabras le golpean justo donde más duele, en ese rincón que lleva años sellado con candado. El recuerdo de Amina se cuela sin

permiso, como siempre hace cuando baja la guardia.

—Solo necesito información —susurra ella, casi rogando—. Movimientos bancarios raros, contactos sospechosos... Lo que sea para poder desmontar su verdad. Nada que no hayamos hecho mil veces con los ojos cerrados. Estoy segura que el señor Sutton no está moviendo un puto dedo.

Cadence escucha el suspiro de su amigo.

—¿Y qué buscas exactamente? —pregunta él, ya resignado.

—La verdad —responde Cadence sin dudar ni un segundo—. Porque estoy convencida de que no está donde todo el mundo está mirando.

El silencio se alarga.

—Está bien —cede Diego al fin—. Te lo mando en cuanto lo tenga. Pero que quede constancia de que te lo he advertido. Cuando esto te explote en la cara; explotará, créeme... no digas que no te avisé.

—Nunca me han gustado las sorpresas —murmura ella haciendo una broma que no es ni de buen gusto.

—A mí tampoco tener que verte rota otra vez —responde Diego antes de colgar, y la línea se corta poco después.

Cadence baja el móvil muy despacio. El viento frío le azota la cara, le levanta mechones de pelo que se le pegan a los labios. Se queda ahí plantada, absorbiendo el paisaje que se extiende como un lienzo vivo, tan absurdamente sereno que casi resulta cruel.

Después, sin pensarlo dos veces, abre el chat y escribe el mensaje de rutina a Lionel.

«Todo sigue bajo control. Vermont está tranquilo y Mackenzie — menos mal— estable.»

Lo envía con una frialdad impecable.

Pero la realidad es otra muy distinta. Nada está bajo control. Ni remotamente.

Porque su cabeza ya no responde solo a la lógica fría de siempre. Porque las barreras que levantó con tanto cuidado empiezan a agrietarse por todas partes. Y porque vuelve a repetirse esa frase que intenta apartar desde hace días.

No puede pasar lo mismo que con Amina. No puede. No debe.

—Joder... —susurra Cadence entre dientes, soltando el aire con una rabia que no sabe dónde meter.

Se da la vuelta y entra de nuevo en la habitación.

La ducha la recibe con una nube espesa de vapor y agua casi hirviendo. El chorro golpea fuerte contra su espalda, resbala por la piel como si quisiera borrar cada una de las sensaciones que siente, pero ni así consigue aflojar la tensión que lleva encima. Apoya la frente contra los azulejos fríos y deja que el agua le martillee la nuca. Cierra los ojos con fuerza.

Las imágenes vuelven sin pedir permiso.

Las manos de Mackenzie metidas en los bolsillos de su abrigo, esa sonrisa ladeada que esconde más de lo que enseña, ese aire de indiferencia que solo engaña a quien no se molesta en mirar dos veces.

Aprieta los dientes hasta que le duele la mandíbula.

Cuando sale de la ducha, envuelta en una nube de vaho, el corazón todavía le late demasiado rápido.

Se viste y poco después, baja las escaleras con una sudadera negra ancha y unos pantalones cómodos. El olor a café recién hecho le invade las fosas nasales nada más poner un pie en el salón.

Se detiene en el último escalón.

Mackenzie está en la cocina.

La luz de la mañana entra a raudales por la ventana y la recorta como si fuera una fotografía: solo lleva una camiseta vieja *oversized* que

le llega a medio muslo mientras va descalza, con el pelo recogido en un moño deshecho del que se escapan mechones rebeldes que le rozan el cuello cada vez que se mueve. Se inclina sobre la tostadora con naturalidad.

La mesa está puesta para dos. Tostadas perfectamente doradas, mantequilla, mermelada de frambuesa, dos tazas grandes de café que humean.

Cadence parpadea, descolocada.

—¿Qué es todo esto? —pregunta.

Mackenzie se gira, con una sonrisa pequeña que no llega a ser burlona.

—Un intento desesperado de diplomacia —le dice, dedicándole un guiño—. Para que no pienses que soy una desagradecida.

Lo dice como si bromeara, pero Cadence capta el leve temblor en sus labios. Baja el último escalón y se acerca despacio.

—No hacía falta, de verdad —murmura, aunque el estómago le dice lo contrario.

—Lo sé perfectamente —admite Mackenzie mientras coloca las tostadas en un plato de cerámica blanca—. Pero me pareció lo mínimo después de... bueno, de todo.

Deja el plato en el centro de la isla y empuja una de las tazas hacia ella.

—Toma, antes de que se enfríe y pierda la gracia.

Cadence se sienta en el taburete frente a ella. El roce de sus dedos cuando Mackenzie le pasa la taza dura apenas un segundo, pero basta para que le recorra un escalofrío que no tiene nada que ver con el frío.

—¿No te apetece? —pregunta Mackenzie al verla dudar, alzando una ceja.

—Claro que sí —contesta Cadence, y esta vez intenta suavizar la voz, aunque suena tensa de todos modos.

Coge una tostada. La mantequilla se derrite al instante, dejando un rastro brillante. Durante unos segundos no dicen nada. Solo se oye el leve crujido de la corteza al partirse, el sorbo del café, el tic-tac lejano de un reloj.

—Que lo de ayer no vuelva a pasar, Mackenzie. Te lo digo en serio —le advierte Cadence.

—No soy una cría a la que tengas que vigilar cada segundo —responde ella con una calma insultante—. Y no quiero sentir que estoy en una cárcel, por muy bonitas que sean las vistas.

Cadence alza los ojos y los clava en los suyos.

—Hay una diferencia enorme entre control y seguridad.

—La seguridad absoluta no existe —replica Mackenzie sin alzar la voz, pero con una firmeza que no admite discusión—. Tú lo sabes mejor que nadie. Has vivido en zonas donde ni siquiera respirar era seguro y saliste de allí. Así que no me vengas con cuentos.

Cadence aprieta los labios. Le sorprende que haya sacado el tema, pero más, ver cómo el muro se va cayendo frente a ella. Mastica despacio, notando cómo el dulce y la sal se mezclan en la lengua sin que consiga disfrutarlo realmente.

—Tienes razón —concede al fin, sorprendiéndose a sí misma—. Pero aquí las reglas son distintas. Y mientras estés bajo mi responsabilidad...

—¿Tu responsabilidad? —la corta Mackenzie, y esta vez sí hay un brillo de curiosidad en sus ojos—. ¿O tu obsesión?

Cadence siente cómo el pulso se le acelera otra vez, cómo los celos y el miedo y el deseo se le enredan en el pecho hasta casi ahogarla.

—No digas tonterías...

Mackenzie la mira fijamente durante largos segundos. Después baja la vista a su taza, y remueve el café.

—Solo necesitaba... desconectar. Olvidar un rato quién soy y todo lo que arrastro.

—No tienes que explicarme nada —la corta Cadence, y le duele la garganta al pronunciarlo.

—Yo creo que sí. Porque parece que nadie quiera comprenderme —insiste Mackenzie—. Tuve una conversación con mi padre que... —Hace un aspaviento con la mano y niega—. Pero eso da igual. Me ahogué más que nunca y busqué un escape, eso es todo.

Cadence traga saliva. El corazón le late tan fuerte que está segura de que se oye en toda la cocina.

—No sé qué quieres que te diga —le confiesa, con una honestidad que ni la misma Cadence entiende.

—Nada —responde Mackenzie, y levanta la vista otra vez—. O todo. No lo sé. Solo... no quiero que esto se convierta en otra guerra más. Ya tengo suficientes frentes abiertos.

Mackenzie la mira. La mira de verdad. Y por primera vez desde que están en esa casa perdida en medio de Vermont, parece que ya no hay ninguna máscara entre ellas.

—Deberíamos ir a hacer la compra más tarde —comenta Cadence, rompiendo el hechizo a propósito, porque si no lo hace ahora

no lo hará nunca.

Mackenzie asiente despacio, dándole un buen bocado a la tostada

—¿Es una orden?

—Puede ser —responde Cadence, y entonces sonrío.

Capítulo 17

Cadence reduce la marcha con suavidad y toma la curva que serpentea entre los pinos, manteniendo el volante con su particular firmeza tranquila. El SUV avanza por la carretera secundaria, flanqueada por bosques densos y algún que otro cartel descolorido que anuncia gasolineras o moteles olvidados.

Mientras tanto Mackenzie Sutton va sentada en el asiento del copiloto, con las piernas cruzadas y el móvil apoyado en el muslo. Desde que dejaron atrás la cabaña no ha podido evitar observarla de reojo, con esa curiosidad culpable que intenta pasar desapercibida: la leve arruga que se le forma entre las cejas cada vez que un camión las adelanta demasiado cerca, la tensión contenida en los hombros cuando la carretera se estrecha, el modo en que los nudillos se le ponen ligeramente blancos al cambiar de marcha. Hay algo hipnótico en Cadence, en esa manera de conducir como si cada kilómetro fuera un territorio hostil que hay que conquistar.

Durante todo el trayecto apenas han intercambiado palabra. Mackenzie ha aprovechado para responder algunos correos pendientes, tecleando frases cortas, sin una sola pista que pueda delatar su

ubicación. En esos momentos, cualquier palabra fuera de lugar, puede significar un desastre.

Aun así, mientras desliza el dedo por la pantalla siente un cansancio profundo que no tiene nada que ver con el trabajo. Es un agotamiento acumulado durante años, entre la voz de su padre que exigía atención constante, agendas imposibles, sonrisas de plástico y lealtades que duraban lo que una fotografía en una alfombra roja. Y de pronto, aquí está: sin nadie pendiente de su próximo movimiento, solo con el rumor constante de los neumáticos sobre el asfalto, el olor a pino que se cuela por la ventana y la presencia callada de Cadence al volante.

Solo está ella y esa quietud que, contra todo pronóstico, empieza a resultarle casi adictiva, como si poco a poco estuviera aprendiendo a respirar de verdad por primera vez en mucho tiempo.

Mackenzie se pregunta, no por primera vez, cuándo se le endureció tanto el carácter. Si siempre fue así o si lo aprendió sin darse cuenta, absorbiendo de su padre esa manera de mirar a las personas como si fueran acciones en bolsa: valor de mercado, rentabilidad, una fecha de caducidad. Tal vez nunca supo relacionarse de otra forma. Tal vez solo repite el guion que le tocó memorizar.

Sacude la cabeza para espantar el pensamiento y se gira un poco hacia Cadence.

—Estás muy callada hoy —comenta Mackenzie, temerosa de romper su concentración.

La guardaespaldas mantiene la vista al frente.

—Estaba pendiente de la carretera —responde Cadence.

Mackenzie ladea la cabeza y la observa un segundo más.

—Oye, sé que he sido un auténtico coñazo estos días —le dice, con una sonrisa torcida.

Cadence exhala por la nariz, pero no la mira ni un segundo.

—No seré yo quien lo niegue.

Mackenzie suelta una carcajada, sorprendida de que le haga gracia.

—Es que... no sé cómo ser de otra manera —admite, y esta vez no hay ironía en su voz—. Amable, digo. Se me da fatal.

Cadence gira apenas la cabeza y, por primera vez en varios días, esboza una sonrisa de verdad. No es amplia ni efusiva, pero ilumina algo en sus ojos, un destello que relaja las líneas duras de su cara más de lo que ella misma parece notar.

—Algo se te irá pegando —contesta Cadence, y suena casi a broma.

Mackenzie se queda mirándola, como si acabara de descubrir una grieta en una pared que creía inquebrantable. Y nota, de paso, que Cadence ya no es la misma que llegó: sigue siendo firme, meticulosa, con los límites claros, pero ha desaparecido esa agresividad inicial, ese reflejo defensivo que saltaba ante cualquier invasión.

Ojalá no lo recordara con tanto detalle, pero lo hace.

Recuerda la respiración acompasada de ambas en el gimnasio de la cabaña, el sudor resbalando por el cuello de Cadence, dibujando un camino lento hasta perderse bajo la camiseta ajustada, la curva perfecta de su espalda al hacer dominadas, la tensión hermosa de cada músculo cuando llegaba al límite. Recuerda que se quedó parada en la puerta como una idiota, sin saber si entrar o salir corriendo.

—Ya hemos llegado — anuncia Cadence, y después señala hacia el edificio.

«Joder». Mackenzie parpadea fuerte y carraspea.

Cadence apaga el motor del todo y baja del coche con naturalidad. Mackenzie la sigue, se sube el cuello del abrigo y camina a su lado sin prisa.

Hay poca gente: un par de familias, una señora mayor que empuja el carro como si pesara una tonelada, un hombre comparando precios de cereales con cara de funeral.

Cadence coge un carrito sin preguntar.

—Aquí no hay repartidores guapos que te suban la compra a casa. Ni compras por internet —advierde, empujándolo ya.

«¿Desde cuándo es tan bromista?», piensa Mackenzie.

—Tranquila, estoy aprendiendo a vivir como la gente normal —responde Mackenzie con una sonrisa burlona—. Próximo paso: preparar un menú completo.

Cadence no contesta, pero la comisura de su boca se alza un milímetro. Empieza a recorrer los pasillos con decisión: leche, huevos, pan de molde que no sea integral porque «eso sabe a cartón », dice Mackenzie en voz baja y Cadence la ignora olímpicamente.

Van llenando el carro con cosas sensatas: brócoli, manzanas, pechuga de pollo, pasta, arroz, latas de tomate triturado, garbanzos... Todo medido, sin excesos ni carencias.

Mackenzie se apoya en el mango del carrito.

—¿Crees que necesitamos todo eso para unas semanas? Porque parece que vas a alimentar a un regimiento.

—Y a ti —responde Cadence sin levantar la vista—. A menos que tu dieta oficial siga siendo café frío y es maldito orgullo.

—Oye, que el orgullo tiene muchas proteínas —protesta Mackenzie, fingiendo ofenderse—. Y suele ganar muchas batallas —añade sin dejar de sonreír.

Cadence coge detergente, suavizante y un pack de papel de cocina enorme.

—¿Y esto? —pregunta Mackenzie alzando una ceja—. ¿Vamos a limpiar la cabaña entera?

—Puede ser—contesta Cadence, y añade una escoba y un recogedor—. Por si acaso.

—¿Por si acaso qué? ¿Invadimos Polonia? Ya tenemos de todo eso.

—Por si nos quedamos más tiempo del previsto —responde Cadence con calma pasmosa.

Mackenzie se ríe.

—Qué optimista eres, soldado.

Pasan a la zona de «supervivencia básica»: baterías, una linterna, velas que duran veinte horas.

—¿Te has vuelto una romántica? —pregunta Mackenzie, cogiendo un par con las manos.

—En Vermont en esta época se puede ir la luz cuando le de la gana —explica Cadence—. Y no pienso buscarte a tientas si hay tormenta.

—Qué considerada. Espera, que me emociono. —Mackenzie se gita una lágrima falsa del rabillo del ojo derecha—. Ya que estamos, vamos a llevarnos algunas aromáticas.

Cadence mete también cinta americana ancha y un pack de bridas.

Mackenzie abre mucho los ojos.

—Espera, espera. ¿Esto para qué? ¿Es que vas a atarme si me porto mal?

Cadence la mira de reojo, y de repente, nota cómo traga saliva.

—También sirve para sellar las ventanas —responde Cadence, como si la conversación fuera parte de un manual. Está nerviosa, y Mackenzie se ha fijado—. O para lo que surja.

—Esa respuesta me inquieta y me excita a partes iguales, lo sabes, ¿verdad?

Cadence resopla, se ha quedado paralizada. Y Mackenzie baja la mirada, orgullosa. En la zona de congelados meten verduras, pan de ajo y —milagro— dos pizzas familiares.

—¡Pizzas! —exclama Mackenzie con aspavientos—. ¡Sabía que tenías un lado humano! ¡Esto hay que celebrarlo!

—No cocino todos los días —se defiende Cadence.

—Ayer hiciste un revuelto que estaba para repetir, no seas modesta.

Cadence baja la mirada al carro.

—No estaba tan mal, supongo. Lo raro es que tú comas cosas normales.

Mackenzie siente una ridícula punzada en el estómago. «Mira tú por dónde, la estoy ablandando», piensa.

—A ver si es que te crees que lo mío son todo gustos caros —bromea, y le guiña un ojo.

De pronto, una voz conocida suena a su espalda, con voz cantarina:

—Vaya, vaya... el destino es muy puñetero, ¿no?

Mackenzie se gira despacio y ve a Tiffany con las manos en la cintura y una expresión pícaro en el rostro. Hoy lleva puesto un abrigo camel, vaqueros rotos, y su trenza cayendo despreocupada por el hombro.

—Parece que sí —responde Mackenzie, dejando que una sonrisa lenta se le escape.

Por un segundo el supermercado desaparece. Solo quedan ellas dos y el recuerdo de la otra noche en su casa. Pero entonces, Mackenzie recuerda que no están solas. Se gira un poco hacia Cadence, que ha tensado la mandíbula de forma casi imperceptible.

—Tiffany, ella es Cadence —las presenta con naturalidad—. Seguro que te acuerdas de ella en el bar.

Tiffany le dedica a Cadence una mirada curiosa, sin perder la sonrisa.

—Claro, la que no bebía porque estaba de servicio —dice con tono juguetón—. Hoy parece que libras, ¿no?

—Desgraciadamente, no —responde Cadence con sequedad.

—Qué le vamos a hacer... —responde Tiffany sin dejar de sonreír, y vuelve a clavar los ojos grises en Mackenzie—. Oye, guapa, ¿tienes planes para después?

El aire se espesa de golpe. Mackenzie siente esa vibración conocida en el estómago. Antes de que pueda contestar, Cadence da un paso apenas perceptible hacia delante, lo justo para recordarle al mundo que el mundo sigue ahí. Se acerca a ella y baja la voz.

—Te prometo que no cometeré más locuras.

*

—¿Lista para mi tour privado, Meghan? —pregunta, y el nombre falso suena íntimo a través de su boca.

Mackenzie sube al viejo Jeep de Tiffany sin dudarlo. El camino hasta el mirador, según ella, no debería llevar más de veinte minutos por una pista forestal, pero se alarga deliciosamente porque paran una y otra vez: primero para contemplar un ciervo que cruza despacio entre los abetos, luego para que Tiffany le enseñe varios puntos del bosque. En cada parada hay un gesto tierno: la mano de Tiffany apoyada con suavidad en el muslo de Mackenzie, un beso rápido en la mejilla «para que no te enfríes», dice riendo cuando el aire frío entra por la ventanilla.

Llegan al mirador justo cuando el sol empieza a bajar y baña todo el valle de una luz dorada y cálida. El telesilla abandonado se alza a

pocos metros, detenido para siempre, con las sillas balanceándose con la brisa.

—Mira —susurra Tiffany, colocándose detrás de ella y rodeándole la cintura con los brazos—. Todo lo que ves ahí abajo lo siento como algo mío, aunque no lo sea de verdad.

Mackenzie nota su aliento tibio en la nuca y se le pone la piel de gallina. Tiffany se pega un poco más, con naturalidad, y desliza las manos por debajo del jersey, acariciando con suavidad la piel del vientre. Es un gesto lento y tranquilo.

—¿Sabes lo mejor de este sitio? —murmura Tiffany junto a su oído—. Que casi nunca sube nadie. Hoy somos solo estamos tú y yo.

Sus dedos suben despacio, rozan apenas la tela del sujetador y se detienen ahí, como si quisieran guardar la distancia justa. Mackenzie respira hondo. Tiffany sonríe contra su pelo, retira las manos con suavidad y las vuelve a bajar hasta la cintura del pantalón, solo un instante, lo suficiente para que sienta el calor de sus palmas.

—Tenemos que portarnos bien un ratito más —susurra la mujer con diversión.

Bajan por un sendero estrecho entre pinos. Tiffany camina delante, con paso ligero, y de vez en cuando se gira para ofrecerle la

mano o para rozarle el brazo. Cuando llegan al puente de madera, el río corre rápido debajo, negro y brillante bajo los últimos rayos del sol. El puente cruje exactamente como Tiffany había prometido.

—Ven al centro —dice Tiffany, tirando suavemente de ella—. Aquí las vistas son mejores.

Se colocan en medio, apoyadas en la barandilla. Tiffany se sitúa detrás otra vez, rodeándola con los brazos por la cintura, y la barbilla apoyada en su hombro. Le besa el cuello con suavidad, apenas un roce de labios, y Mackenzie cierra los ojos un instante.

—¿Te imaginas estar aquí viendo el anochecer? Encendiendo una hoguera, estando muy pegadas... —susurra Tiffany—. Con el viento, el agua debajo....

Mackenzie sonríe y se deja abrazar. Tiffany se separa apenas, saca el móvil del bolsillo y levanta la pantalla hacia ellas.

—Sonríe, Meghan. Quiero guardar este momento.

Mackenzie se gira un poco hacia ella. Tiffany le acaricia la mejilla con el pulgar, acerca su rostro y la besa justo cuando dispara la foto: un beso lento, dulce, que después se convierte en una mordida juguetona en los labios.

Tiffany mira la pantalla y suspira satisfecha.

—Mira qué guapas estamos —dice Tiffany, enseñándosela—. ¿Te apetece regresar al coche? —añade, y le vuelve a morder el labio inferior.

—Claro, me encantaría —responde Mackenzie, cayendo completamente en sus encantos.

El sol desaparece por completo tras las montañas y el cielo se vuelve de un violeta suave. El puente cruje otra vez cuando empiezan a caminar de regreso, pero esta vez van sin prisa, como si el pueblo entero celebrara en silencio que, por fin, ha encontrado un lugar donde el ruido ya no le hace daño.

Capítulo 18

Cadence se mueve entre los armarios de la cocina con una precisión que roza lo obsesivo, vaciando las bolsas reutilizables y colocando cada producto exactamente donde debe ir, como si la posición milimétrica de una caja de cereales o el alineamiento perfecto de las latas pudiera devolverle el control que se le escapa por momentos desde hace ya demasiados días.

Los copos de avena al estante más alto, las conservas ordenadas por tamaño y caducidad —que ni que fueran a estar ahí años—, la pasta seca trasladada a recipientes herméticos de cristal, la leche siempre en la balda central del frigorífico para que no se enfríe demasiado. Todo obedece a una lógica férrea que no permite improvisaciones, porque es lo único que, durante breves instantes, logra acallar el zumbido constante que Cadence lleva dentro de la cabeza.

Se agacha frente al mueble bajo para reorganizar las botellas de aceite y vinagre, y nota cómo le cruje la zona lumbar con un chasquido seco que le recorre la columna. El esfuerzo físico no le incomoda en absoluto; al contrario, lo agradece como quien agradece una bofetada en el momento más oportuno. Cada movimiento le sirve para descargar

tensión, para volver a habitar su propio cuerpo cuando la mente insiste en escapársele hacia terrenos que preferiría no pisar jamás.

Más concretamente hacia una morena de ojos grises. La fría Mackenzie Sutton.

No hace falta que se pregunte dónde está; lo sabe con una certeza que le produce un nudo incómodo en la garganta. La ha dejado con esa mujer, con esa sonrisa demasiado fácil y unos ojos que parecen vacíos a simple vista, pero que esconden algo que solo quienes han aprendido a leer entre gestos y silencios son capaces de captar. «Tiffany». El nombre se le clava en la cabeza y provoca una mueca involuntaria que no puede disimular ni siquiera estando sola.

—Tiffany... —musita Cadence entre dientes, cerrando la puerta del armario con un golpe seco que retumba en el silencio de la casa.

No le gusta. Nada. Y se repite que no son celos —o al menos lo intenta con todas sus fuerzas—, pero sabe que es algo más visceral. Ha conocido a demasiadas personas que dominan el arte de fingir dulzura para bajar defensas ajenas, demasiadas sonrisas que escondían podredumbre debajo. En la mirada de esa mujer hay una quietud tensa, como la superficie de un lago en calma justo antes de que estalle la tormenta.

Guarda las últimas bolsas en el cuarto de la lavadora y se queda allí unos segundos, con las palmas apoyadas en la encimera fría, respirando despacio, contando hasta cuatro al inhalar y hasta seis al exhalar. El silencio de la casa, que antes era casi reconfortante, ahora le pesa como una losa. Una espera que le roe las entrañas.

Se seca las manos con el paño de cocina, lo dobla en cuatro partes perfectas y lo deja exactamente en su sitio antes de dirigirse al salón. El portátil sigue sobre la mesa de madera noble, justo donde lo abandonó la noche anterior. Lo abre con decisión.

Cadence activa primero todo el arsenal de protección: VPN multicapa, enrutamiento cifrado mediante nodos aleatorios, cortafuegos adaptativo que aprende en tiempo real. Cada paso forma parte de un ritual que le calma los nervios, una coreografía perfectamente aprendida que hace imposible cualquier rastreo y desactiva amenazas antes de que ni siquiera se acerquen.

Nadie puede localizar este equipo si ella no lo autoriza expresamente.

Y hoy no está dispuesta a autorizar nada de nada.

Cadence abre un programa que Diego diseñó hace unos años, una interfaz oscura, con líneas de código desplazándose en silencio,

ordenadas como un río artificial de datos. El sistema rastrea presencias digitales, conexiones indirectas, registros municipales, cámaras públicas, patrones de consumo, facturas de tarjeta, todo aquello que la mayoría de la gente ni siquiera imagina que existe.

Teclea con rapidez: TIFFANY — BAR... — MOVIMIENTO.

Los resultados tardan apenas unos segundos en procesarse. Demasiado limpios y vacíos.

Cadence frunce el ceño hasta que le duele la frente.

Los perfiles habituales brillan por su ausencia. Ninguna red social activa, registros laborales casi ridículos —un contrato temporal en otro bar del centro antes de recaer en el último—, nada más. Ni amigos visibles, ni fotos antiguas, ni rastro familiar. Es como si la vida de esa mujer hubiera comenzado a escribirse hace muy poco tiempo y, encima, con una tinta tan impecable que resulta sospechosa.

—Las cámaras públicas la sitúan aquí desde hace poco más de tres años... —murmura para sí misma, observando una secuencia de registros de movimiento que su software ha extraído de archivos oficiales y de otros no tan oficiales.

Los datos no encajan. Tres años en un pueblo pequeño donde todo el mundo termina conociendo los secretos del vecino, y sin un

pasado claro. Eso no es normal. O sí lo es... cuando alguien se está escondiendo a propósito.

Cadence sigue profundizando. Accede a bases de datos antiguas, cambia parámetros, amplía rangos temporales, ajusta filtros. Lo hace con paciencia.

Pero no aparece nada.

Ni una multa de tráfico seria, ni una sombra oficial. Nada.

Y eso, precisamente, es lo que le pone los nervios en punta.

Porque cuando no hay nada... normalmente es porque alguien ha limpiado demasiado bien la escena.

El móvil vibra sobre la mesa con un zumbido que la sobresalta en medio de esa quietud. Cadence aparta la mirada de la pantalla, aunque le cuesta muchísimo, y ve el mensaje de Diego.

«Estoy recopilando cierta información que creo que te va a interesar mucho. Espero que por allí todo siga en calma, aunque algo me dice que no.»

Una exhalación lenta se le escapa sin poder evitarlo, casi como un suspiro de alivio. Teclea la respuesta con rapidez.

«Perfecto. No pares. Mantenme informada de cualquier novedad, por mínima que parezca.»

Cierra la conversación sin añadir nada más. Diego siempre detecta su inquietud con una facilidad que a veces la irrita.

Vuelve a centrarse en el portátil. La imagen de Tiffany sigue rondándole la cabeza, pero no encuentra ni un solo respaldo sólido que justifique esa sensación que le recorre todo el maldito cuerpo.

—¿Qué narices te pasa entonces? —susurra Cadence sin alzar la vista—. ¿Por qué tanto ruido en mi cabeza por alguien que, sobre el papel, no es absolutamente nadie?

El cursor parpadea. Silencioso. Insistente.

«Puede que simplemente estés celosa.»

El pensamiento le golpea como un puñetazo inesperado en pleno estómago. Se queda completamente inmóvil, con los dedos suspendidos sobre el teclado, y una presión sorda se le instala justo debajo del esternón, como si alguien le hubiera puesto una mano fría y la apretara poco a poco.

Niega con la cabeza, como si con ese gesto pudiera borrar la idea de un plumazo.

—No seas absurda —se reprende en voz alta, casi con rabia.

Ya conoce ese camino. Ya ha corrido por ese borde resbaladizo y sabe perfectamente cómo termina siempre. Porque ya lo vivió con Amina.

El nombre surge de nuevo con un peso específico que le aplasta el pecho, como si hubiera estado esperando pacientemente en un rincón oscuro de la memoria. La imagen se superpone sin permiso: una mirada que confiaba ciegamente en ella, una voz que prometía calma en medio del caos, unas manos que temblaban cuando todo se derrumbó estrepitosamente.

No puede volver a caer en algo parecido.

No otra vez.

Nunca más.

«Y mucho menos con Mackenzie Sutton».

Cierra el programa sin apagar del todo el equipo y se levanta. La casa parece haberse vuelto aún más silenciosa, si eso es posible. Afuera, el crepúsculo ha dado paso a la noche sin que ella se diera cuenta, y la temperatura ha bajado varios grados de golpe.

Camina hacia la cocina con la intención de preparar algo sencillo para cenar. No porque tenga hambre —la verdad es que el estómago lo

tiene cerrado—, sino por costumbre, por llenar el tiempo con algo útil, algo que pueda tocar y controlar.

Saca verduras del frigorífico, lava un pimiento rojo bajo el grifo, empieza a cortarlo con un cuchillo... El sonido rítmico del metal contra la tabla de madera la ancla al presente, le recuerda que está aquí, que esto es real, que puede controlar al menos esto.

Pero la concentración no llega.

Su mente vuelve una y otra vez a la imagen de Mackenzie yéndose al coche con esa mujer. A ese «¿y luego tienes algo que hacer?» lanzado con una sonrisa que no tenía nada de inocente. A la forma en que Mackenzie no respondió con su habitual sarcasmo protector, ni con esa indiferencia que usa como escudo cuando algo le incomoda de verdad.

«Las oportunidades», piensa con amargura, «siempre llegan disfrazadas de algo, de algo que parece inofensivo.»

Y está claro que Mackenzie siempre ha sido un imán para los problemas disfrazados de personas.

Deja el cuchillo sobre la encimera con un golpe seco. Cadence se apoya en el mármol frío, cierra los ojos un instante e intenta respirar de forma profunda, pero la presión en el pecho no cede ni un milímetro.

Los minutos pasan. Luego media hora. Después una hora entera.

La luz exterior se ha apagado por completo y la casa queda envuelta en una penumbra azulada. Cadence no ha cocinado nada. La sartén sigue vacía sobre el fuego apagado. La tabla llena de trozos de verdura a medio cortar. El silencio se ha vuelto denso, casi tangible.

—Otra vez —musita Cadence, frotándose la nuca con fuerza—. Otra vez dudando como una idiota. Otra vez dejando que me coma la cabeza.

Abre los ojos con rabia contenida.

—Maldita seas —añade, sin estar del todo segura de si se lo dice a Mackenzie, a Tiffany o a sí misma.

Camina decidida hacia la entrada, coge la chaqueta del perchero y agarra las llaves del SUV. Está claro que tiene que ir a buscarla, y no solo porque sea su obligación, sino porque esta espera la está volviendo loca.

Da un paso hacia la puerta... y entonces oye cómo la llave gira en la cerradura desde fuera.

El sonido la paraliza en el sitio.

La puerta se abre despacio y una ráfaga de aire frío entra en la casa como un aviso.

Mackenzie está allí, en el umbral.

Pero no es la Mackenzie de siempre.

Su postura, habitualmente erguida incluso en los peores momentos, aparece encorvada, como si cargara un peso invisible sobre los hombros. El pelo, ligeramente revuelto, parece más oscuro bajo la luz mortecina del recibidor.

Y está llorando.

Cadence se queda clavada en el sitio.

No pregunta.

No se acerca.

No dice nada.

Solo la mira.

Y de pronto, sin previo aviso, siente cómo se le encoge el estómago de una forma brutal, como si alguien le hubiera dado un puñetazo desde dentro, como si todo el aire de la casa se hubiera vuelto de pronto insuficiente.

Capítulo 19

—¿Qué ha pasado? ¿Estás bien?

La voz de Cadence le llega desde atrás, justo cuando cruza el umbral del salón. Mackenzie no se gira de inmediato; arroja el bolso contra la mesa con un golpe seco que retumba en las paredes de madera, como si quisiera descargarle al mueble toda la furia que lleva dentro. Se queda allí plantada un segundo, con los hombros en alto, la respiración entrecortada, el frío de la calle todavía adherido a la piel como una segunda capa que no consigue quitarse.

Las lágrimas siguen calientes en sus mejillas, aunque su cuerpo se empeña en negarlas con una obstinación casi infantil.

—¿A ti qué coño te parece? —responde Mackenzie, soltando una risa breve, cortante, que se le queda atravesada en la garganta como una espina—. Como si el otro día no me hubiera jodido bastante, mi padre ha decidido rematarlo.

Solo entonces se vuelve. Cadence está apoyada en el marco que separa el salón de la cocina, inmóvil, con los brazos cruzados y esa expresión tan característica, pero sin dejar traslucir más de lo estrictamente necesario. Sus ojos la recorren de arriba abajo,

deteniéndose en cada gesto como quien analiza una escena del crimen, archivando datos sin pedir permiso.

Mackenzie se pasa el dorso de la mano por la cara, un gesto casi violento, furiosa consigo misma por permitir que la vea así, tan rota y expuesta.

—No puedo más, Cadence. De verdad que no puedo más — murmura Mackenzie mientras empieza a dar vueltas por la estancia sin rumbo fijo, como un animal enjaulado—. Me encierra aquí, en este puto rincón perdido de Vermont, para que desaparezca del mapa, para que me diluya como si fuera un error que nunca debió existir, ¿y ahora resulta que ni siquiera puedo estar tranquila en mi propia cárcel?

Cadence no dice nada. Solo alza ligeramente una ceja.

—Si no empiezas por el principio, no voy a poder ayudarte — comenta ella con calma, sin un ápice de reproche.

Mackenzie se muerde el labio inferior hasta que nota el sabor metálico de la sangre, como si el dolor físico pudiera contener la avalancha que lleva dentro.

—Por lo visto este sitio no es tan hermético como creíamos — confiesa de repente, y está segura que a Cadence se le ha parado el corazón—. Corren rumores. Gente diciendo que estoy escondida en

algún lugar de Vermont. Nada concreto, pero suficiente para alterar a mi padre.

En el rostro de Cadence se produce un cambio casi imperceptible: los ojos se le abren un milímetro más y la mandíbula se le tensa. Pero Mackenzie lo pilla al vuelo.

—¿Qué clase de rumores exactamente? —pregunta Cadence, y esta vez sí hay urgencia en su voz.

—Los suficientes para que le lleguen a mi padre —responde Mackenzie, cruzándose de brazos como si así pudiera protegerse de lo que viene—. Me ha llamado hecho un basilisco. Ni siquiera me ha dejado abrir la boca. Me ha gritado que, si vuelvo a aparecer en un solo titular, aunque sea de refilón, me borra del mapa. Me quita todo: cuentas, acciones, derechos de firma... Ya ha empezado, de hecho. Esta mañana he intentado hacer una transferencia y me han bloqueado la tarjeta. Soy un cero a la izquierda con un puto apellido caro.

Mackenzie se pasa las manos por el pelo, intentando peinarse los mechones con cierto nerviosismo y dejando que caigan sobre sus hombros.

—¿Te ha dicho cómo demonios se ha enterado? ¿Quién ha abierto la boca? —insiste Cadence, y esta vez no disimula la preocupación; se le

nota en el tono, en la forma en que se separa del marco y da un paso hacia ella.

Mackenzie suelta una risa amarga, cargada de incredulidad.

—¡Si no me ha dado ni dos segundos para defenderme! ¿Qué leches me iba a contar?

Mackenzie se acerca a la ventana, apoya la frente contra el cristal helado durante un segundo, observa la oscuridad absoluta que se extiende más allá de los pinos cubiertos de nieve.

—Y todo porque una hija de puta ha decidido... Nunca he odiado tanto a una persona como odio a Nicole. ¡Joder!

Cadence da otro paso, más cerca.

—Quizás haya sido Tiffany —suelta ella sin rodeos.

Mackenzie se gira despacio, muy despacio, y la mira fijamente, incrédula.

—No digas idioteces —replica, casi a la defensiva—. Si ni siquiera sabe cómo me llamo de verdad. Le dije que me llamaba Meghan. Es una camarera de un bar cutre a una hora de aquí. Nada más.

Cadence no recula. Le sostiene la mirada con esa calma irritante que a veces la saca de quicio.

—Una camarera que no tiene ningún tipo de pasado verificable —
apostilla Cadence, y su voz suena hasta peligrosa.

Esa frase se le clava a Mackenzie justo en el pecho.

Frunce el ceño, parpadea un par de veces, intentando procesarlo.

—¿La has investigado? —pregunta, y la sorpresa se mezcla con un enfado que le sube por la garganta—. ¿En serio? ¿Pero a ti qué narices te pasa?

Cadence aprieta la mandíbula; la línea de su boca se vuelve una recta perfecta.

—Alguien tenía que hacerlo ¿no? —responde ella sin inmutarse.

—¿Y quién te ha dado vela en este entierro? —Mackenzie da un paso hacia ella, y cada vez sube más el tono de su voz—. ¡No soy una puta misión, Cadence! ¡No soy un maldito expediente que tienes que revisar cada noche! ¡No puedes ir hurgando en la vida de las personas que conozco como si... como si esto fuera una de tus operaciones!

—¡Claro que alguien tiene que protegerte! —estalla Cadence, y su voz retumba en el salón como un trueno inesperado—. ¡Porque tú no lo estás haciendo! ¡Te lanzas de cabeza a cualquier cosa con tal de sentir que sigues teniendo control, que sigues siendo libre, aunque sea por cinco minutos!

—¿Libre? —Mackenzie se acerca más, tanto que casi pueden tocarse—. ¿Libre de qué exactamente? ¿De tu vigilancia constante? ¿De esa manera que tienes de observarlo absolutamente todo como si nada te afectase ni un milímetro?

—¡Pues lo hace! —replica Cadence, y esta vez sí alza la voz, con los ojos brillando más allá del enfado—. ¡Me afecta mucho más de lo que debería, joder!

—Pues entonces aprende a poner límites —escupe Mackenzie, con la respiración acelerada, y el corazón latiéndole tan fuerte que casi puede oírlo—. ¡No puedes decidir tú sola quién merece confianza y quién no! ¡No puedes seguirme los pasos como un perro guardián solo porque te lo han encargado!

—No es solo porque me lo hayan encargado —la corta Cadence, y su voz baja de golpe, se vuelve ronca, casi íntima—. Hace días que dejé de ser solo eso.

El aire entre ellas se carga de electricidad. El espacio se reduce sin que ninguna se mueva realmente; es como si la habitación se encogiera.

—¿Entonces por qué es? —susurra Mackenzie, y su voz suena peligrosa, afilada—. ¿Por qué te importa tanto lo que haga o deje de hacer?

Cadence la mira fijamente. El pulso late visible en su cuello, rápido, traicionero.

—Porque no es solo tu padre lo que tienes que temer —contesta Cadence, eligiendo cada palabra—. Ni los medios, ni los rumores. Son las personas que se acercan cuando te ven vulnerable, cuando te ven sola. Personas que no tienen pasado porque lo han borrado a conciencia. Personas que te sonrían justo cuando deberían apartar la mirada.

—¿Y me lo dices ahora? —Mackenzie suelta una risa seca, sin humor—. ¿Ahora, después de dejar que me fuera con ella? ¿Después de quedarte callada mientras yo me subía a su coche?

—Pensé que, por una maldita vez, debía darte un poco de manga ancha.

—Pues te equivocaste de cabo a rabo —responde Mackenzie, y la rabia se le mezcla con algo más doloroso—. Como siempre que intentas jugar a la guardiana intocable sin dejar que nadie vea que también tienes miedo.

Cadence palidece un instante, pero no retrocede.

—¿Y tú qué sabes de mi miedo? —replica ella con la voz tensa—. Tú solo has visto la superficie, lo que decido enseñarte.

—Lo mismo que tú ves en mí —contesta Mackenzie, y le falta el aire—. Pero a ti te molesta soberanamente que alguien se acerque lo suficiente como para querer ver el resto.

El silencio que sigue es denso, eléctrico, insoportable.

La casa parece contener la respiración con ellas.

Y entonces Mackenzie lo suelta, sin filtros, sin red de seguridad:

—¿Por qué coño te comportas como si estuvieras celosa?

Los ojos de Cadence se abren, un parpadeo rápido que no consigue disimular.

Duda. Durante un segundo eterno, duda.

Después aprieta los labios con fuerza.

—Porque lo estoy —admite, y la confesión suena cruda, desnuda, sin adornos.

La frase queda flotando entre las dos.

Mackenzie siente que algo se rompe dentro de ella, con una claridad brutal, casi dolorosa. Todo encaja de golpe: las miradas entre ellas, los silencios cargados, los roces que no eran casuales.

La observa en silencio durante unos segundos que parecen estirarse hasta el infinito. Ve el pecho de Cadence subir y bajar con

rapidez, los hombros rígidos, la lucha evidente por mantener la compostura.

Y ya no puede más.

Sin pensar, sin dejar que el miedo vuelva a ganar terreno, Mackenzie da un paso al frente, acorta la distancia que queda y se lanza hacia sus labios con una urgencia que no admite vuelta atrás.

*

El beso estalla sin aviso, hambriento y brutal. Mackenzie empuja a Cadence hacia atrás sin separar la boca, y Cadence responde con la misma violencia contenida, agarrándola por la nuca para hundirse más, para reclamar cada milímetro que hasta ese instante había sido terreno vedado.

Con el abrigo de Mackenzie aún puesto, Cadence desabrocha los botones con dedos impacientes; la prenda cae pesada al suelo mientras sus bocas siguen pegadas. Sin perder un segundo, mete las manos bajo el jersey y la camiseta, subiéndolos con prisa, rozando la piel caliente de la cintura, de la espalda, hasta arrancárselo por la cabeza y arrojarlo

lejos. Debajo solo queda el sujetador negro y la respiración agitada de Mackenzie, que se arquea contra ella con un jadeo roto.

Cadence baja la boca al cuello expuesto, muerde la clavícula, lame la línea del hombro, como si quisiera borrar cualquier rastro de frío que aún quede en su piel. Sus manos recorren los costados, se cuelan bajo el sujetador, aprietan los pechos con firmeza hasta arrancarle un gemido que vibra contra su propia boca.

Mackenzie no se queda atrás. Agarra la sudadera Cadence y tira hacia arriba con rabia, obligándola a alzar los brazos; la tela se desliza por el torso y desaparece en algún rincón del salón. Sin sujetador, los pechos de Cadence quedan al aire, con los pezones endurecidos. Mackenzie se lanza sobre uno de ellos sin contemplaciones: lo succiona con fuerza, lo rodea con la lengua, lo muerde hasta que Cadence suelta un gruñido bajo y enreda los dedos en su pelo para empujarla más contra sí.

Con la respiración ya descontrolada, Cadence baja las manos a la cintura del vaquero de Mackenzie, desabrocha el botón, baja la cremallera y tira hacia abajo con urgencia. Mackenzie la ayuda, se quita las botas de un puntapié, y en apenas unos segundos está solo en bragas y sujetador, con la piel erizada bajo la mirada felina de Cadence.

Cadence retrocede apenas un paso, lo justo para contemplarla entera, para empaparse de cada curva, de cómo su piel se va erizando poco a poco. Después Mackenzie avanza, agarra los pantalones deportivos por la cintura y los baja junto con las bragas en un solo movimiento brusco hasta las rodillas. Cadence se los sacude con una patada impaciente y, ya desnuda, empuja a Mackenzie hacia el sofá, donde caen juntas sobre los cojines.

Cadence se coloca encima, con las rodillas a ambos lados de las caderas de Mackenzie, y durante un segundo se quedan mirándose. Después Cadence se inclina y captura un pezón por encima del sujetador, lo muerde con suavidad hasta que Mackenzie arquea la espalda y gime su nombre.

Sus manos bajan, desabrochan el sujetador con un tirón rápido y lo lanzan lejos. Los pechos quedan libres y Cadence se pierde en ellos: los lame, los muerde, los aprieta con las dos manos mientras su boca alterna de uno a otro, arrancando jadeos en Mackenzie cada vez más altos. Al mismo tiempo, una de sus manos se desliza entre las piernas de Mackenzie, aparta la tela empapada de las bragas y encuentra su sexo con dos dedos que entran sin aviso, profundos, hasta el fondo.

Mackenzie grita contra su hombro, clava las uñas en la espalda de Cadence y empuja las caderas contra su mano, buscando más.

—Cadence... joder... —La voz de Mackenzie sale rota, temblorosa, cargada de necesidad.

Cadence responde curvando los dedos dentro de ella, mientras su pulgar traza círculos rápidos sobre el clítoris. El sonido húmedo llena el salón, mezclado con los jadeos entrecortados y los gemidos que ninguna puede ni quiere contener. Mackenzie muerde el hombro de Cadence, después su boca, y la besa con furia, saboreando la sal de su piel.

Sin dejar de mover la mano, Cadence baja la cabeza y succiona un pezón sin detener un segundo las caricias con su lengua. Mackenzie se retuerce debajo de ella, con las piernas abiertas, las caderas empujando al ritmo que marca Cadence, cada vez más rápido, más profundo.

—Así... no pares... me voy a correr... —susurra Mackenzie, entre jadeos.

Cadence la folla con fuerza y cuando Mackenzie siente la primera contracción, grita su nombre, con el cuerpo temblando en espasmos largos y violentos que parecen no terminar nunca.

Cadence no se detiene hasta que el último temblor se apaga, hasta que Mackenzie tira débilmente de su pelo para besarla a placer.

Aún jadeante, Mackenzie empuja a Cadence hacia atrás hasta que es ella la que queda tumbada contra los cojines. Se arrodilla entre sus piernas abiertas, separa los muslos con las manos y se hunde entre ellos sin pedir permiso. La primera lamida es larga, lenta, desde la entrada hasta el clítoris, y Cadence suelta un gemido tan profundo que tiene que morderse el dorso de la mano.

Mackenzie no tiene piedad: succiona, lame en círculos rápidos, introduce la lengua hasta el fondo y después la saca para volver a torturar el clítoris de Cadence con la punta. Sus manos aprietan los muslos de Cadence, los mantienen abiertos cuando intentan cerrarse por el exceso de placer, y la obliga a arquear la espalda.

Con un movimiento fluido, Mackenzie introduce dos dedos, después tres, y los curva sin contemplaciones. Los mueve rápido, fuerte, mientras su boca sigue succionando sin descanso. Cadence se retuerce, y las caderas empujan contra la cara de la mujer.

—Dios... —susurra Cadence.

Y cuando siente que está al borde del orgasmo, levanta la mirada y la clava en sus ojos.

—Córrete para mí —ordena Mackenzie contra su piel, y la vibración de su voz es lo que la termina de romper.

Cadence se deshace con un grito ahogado, y las caderas empujando una y otra vez contra la boca de Mackenzie hasta que el orgasmo la atraviesa entera. Mackenzie no se aparta hasta que los últimos temblores desaparecen, hasta que Cadence, con las manos temblorosas, tira suavemente de su pelo para subirla y besarla con una ternura repentina que contrasta con todo lo anterior.

Capítulo 20

La habitación permanece en penumbra, apenas rota por el resplandor tembloroso de una docena de velas repartidas por la mesilla, el alféizar y el suelo. La luz se derrama sobre la cama como miel caliente, acaricia las paredes con sombras largas y baña de oro líquido la piel desnuda de Cadence, que yace boca arriba, con las muñecas firmemente atadas a la cabecera mediante una cuerda de algodón negro que Mackenzie ha anudado con calma.

Cadence respira despacio, aunque el pecho ya sube y baja en oleadas cada vez más rápidas. Lleva los ojos vendados con una tira de seda del mismo negro profundo; la tela le roza las pestañas cada vez que intenta abrirlos, recordándole sin palabras que ahora solo puede sentir, solo puede esperar, solo puede entregarse.

Mackenzie permanece al pie de la cama, también desnuda, observándola en silencio. No dice nada durante un minuto entero. Se limita a mirar: el brillo de sudor que ya perla el hueco entre los pechos de Cadence, la tensión que recorre sus muslos abiertos, el leve temblor de sus labios entreabiertos. Después coge la primera vela —de cera

roja, gruesa, pesada— y la inclina con lentitud sobre el vientre de Cadence.

La primera gota cae justo debajo del ombligo.

Cadence se arquea con un jadeo ronco. La cera quema un instante, luego se enfría y se endurece, formando una pequeña isla escarlata sobre la piel morena. Mackenzie no tiene prisa. Deja caer otra gota más arriba, después otra junto al pezón izquierdo. Cada impacto arranca un sonido distinto: un gemido bajo, un suspiro entrecortado, un «joder» que se le escapa a Cadence entre los dientes apretados.

—Dime cuánto lo necesitas —susurra Mackenzie, mientras inclina la vela de nuevo.

—Mucho... demasiado —responde Cadence.

Mackenzie sonr e en la penumbra y derrama un reguero continuo que cruza el estern n y se detiene justo antes del cuello. Cadence se retuerce; las cuerdas crujen contra la madera, y los m sculos de los brazos se marcan bajo la piel. No puede cerrar las piernas: Mackenzie las ha separado y atado tambi n. Est  abierta, expuesta, imposible de esconder nada.

Cadence tiembla entera. Tiene la piel erizada, el sexo empapado, los labios entreabiertos dejando escapar peque os gemidos que ya no

controla. Un hilo de sudor le resbala por la sien y se pierde en el pelo revuelto.

Entonces, Mackenzie deja la vela y coge un cubito de hielo del cuenco que tiene en la mesita. Lo sostiene entre los dedos un segundo, lo observa derretirse apenas, y después lo desliza despacio por el interior del muslo de Cadence. El frío es inmediato. Cadence se estremece violentamente, la piel se le pone de gallina, y un gemido largo se le escapa de la garganta.

Mackenzie sube el hielo lentamente, deja que el agua fría resbale por la piel, que forme pequeños riachuelos que se pierden entre sus piernas. Roza apenas los labios mayores con el cubito, lo pasa por encima del clítoris hinchado una sola vez, y Cadence suelta un sollozo ahogado.

—¿Lo quieres dentro ya? —pregunta Mackenzie, rozando la entrada con el hielo, que ya está casi derretido entre sus dedos.

—Dios, sí..., por favor... no aguanto más —suplica Cadence.

Jamás pudo imaginar que, en algún momento, estaría bajo las órdenes de Mackenzie Sutton.

Mackenzie sonríe, coge otro cubito algo más grande, lo calienta un poco en su mano, y lo introduce despacio, centímetro a centímetro,

mientras con los dedos de la otra mano abre suavemente los labios para que el frío penetre más profundo. El contraste del hielo dentro de su calor hace que Cadence se arquee tanto que las cuerdas se quejan. El cubito se derrite rápido, el agua fría se mezcla con su propia humedad y gotea hasta el colchón.

Mackenzie no espera. Introduce dos dedos helados junto al hielo que aún queda y los mueve despacio.

Después acelera: entra y sale con fuerza, sin piedad, golpeando una y otra vez ese punto dentro de Cadence que la hace temblar. El sonido húmedo llena la habitación, mezclado con los jadeos rotos de la guardaespaldas y el leve crujir de las cuerdas.

Con el pulgar presiona el clítoris hinchado, lo frota en círculos rápidos y firmes, sin darle tregua. Con la otra mano pellizca uno de los pezones cubiertos de cera, tira de él hasta que la cera se agrieta y Cadence suelta un grito ahogado.

Cadence ya no controla nada. Tiene la cabeza echada hacia atrás, hundida en la almohada y los gemidos se le escapan sin filtro, cada vez más altos, más desesperados. Pronuncia el nombre de Mackenzie una y otra vez, como si fuera lo único que la mantiene anclada a la tierra.

El orgasmo se acerca implacable. Lo siente venir, lo siente crecer en la base de la columna, en el vientre, en cada músculo. Todo su cuerpo se prepara, se tensa, se abre al borde del abismo.

—No... todavía no... —susurra Mackenzie, y retira los dedos de golpe.

Cadence solloza, con el cuerpo temblando.

Mackenzie coge otro cubito y lo desliza directamente sobre el clítoris de Cadence, lo frota despacio, y lo mueve en círculos mientras Cadence se retuerce de placer y de frustración. Después lo empuja con dos dedos hasta el fondo y lo deja derretirse dentro mientras ella lame el clítoris con la lengua caliente, contrastando el frío interno con el calor de su boca.

Cadence alza las caderas todo lo que las cuerdas permiten, el placer es tan intenso que hasta le duele.

—Dime qué quieres de verdad —ordena Mackenzie.

—A ti... ahora... por favor, Mackenzie... déjame correrme... —suplica Cadence, sin poder aguantarlo más.

Mackenzie no responde con palabras. Da una última lamida con su lengua e introduce dos dedos de golpe, los curva con fuerza y la folla. El hielo ya se ha derretido por completo; solo queda agua fría mezclada

con su deseo, resbalando por los muslos de Cadence, empapando las sábanas.

El orgasmo estalla sin aviso.

Cadence grita tan fuerte que la voz se le atasca en la garganta. Todo su cuerpo convulsiona, las caderas se alzan violentamente, los músculos internos aprietan los dedos de Mackenzie con tanta fuerza que casi la atrapan dentro. Las cuerdas crujen, los brazos se tensan hasta doler, y las piernas tiemblan sin control. El placer la atraviesa en oleadas brutales, largas, interminables; cada contracción es un latigazo que le recorre la columna, que le nubla la vista bajo la venda que todavía lleva puesta.

Mackenzie no para hasta que el último espasmo se apaga, hasta que Cadence cae contra el colchón, respirando entrecortadamente con el cuerpo cubierto de sudor y cera rota.

Solo entonces Mackenzie se incorpora despacio. Se arrodilla entre sus piernas, besa el interior de un muslo tembloroso, después el otro, y empieza a desatar los tobillos con dedos lentos, casi reverentes. La cuerda se desliza, y deja marcas rojas en la piel de Cadence.

Mackenzie sube por su cuerpo, besando cada marca, cada gota de cera endurecida que va rompiendo con los dientes, lamiendo la piel

sensible debajo. Llega a las muñecas, desata los nudos con calma, masajeando las marcas mientras Cadence la agarra de sus caderas con fuerza.

Se besan. Lento y profundo. Mackenzie se coloca a horcajadas sobre uno de los muslos de Cadence, sin apoyar todo el peso, y empieza a moverse despacio, rozando su propio sexo empapado contra la piel caliente y húmeda de Cadence. Un gemido compartido se les escapa a las dos.

—Fóllame —susurra Mackenzie contra su boca.

Cadence, aún temblorosa, la agarra por las caderas y la empuja hacia abajo con más fuerza.

—Ven aquí —ordena con la voz ronca.

Mackenzie obedece. Se gira, se coloca encima de ella en sentido inverso, con las rodillas a ambos lados de su cabeza, y baja despacio hasta que su sexo queda justo sobre la boca de Cadence. Al mismo tiempo, ella misma se inclina hacia delante y hunde la cara entre las piernas de Cadence, abriéndolas con las manos.

El primer lametón es simultáneo. Ambas gimen al unísono.

Cadence lame con hambre, desde la entrada hasta el clítoris. Succiona con fuerza, introduce la lengua hasta el fondo, la saca, vuelve a

succionar. Mackenzie tiembla encima de ella, empujando las caderas contra su boca sin control.

Mackenzie no se queda atrás. Separa los labios mayores de Cadence con los dedos, lame el clítoris hinchado y sensible después del orgasmo brutal, lo rodea con la lengua, lo succiona hasta que Cadence se arquea debajo de ella.

Mackenzie se corre primero, gritando contra el sexo de Cadence, con las caderas temblando, empapándola entera. El orgasmo la atraviesa en oleadas rápidas, y Cadence no para, prolongándolo hasta que Mackenzie tiene que apartarse un segundo, jadeando y temblando.

Mackenzie apenas ha recuperado el aliento cuando siente la lengua de Cadence volver a insistir, como si quisiera calmarla, pero enseguida notándola más hambrienta. El roce la hace estremecerse entera; está tan sensible que cada caricia parece pura electricidad. Levanta un poco la cabeza, la mira por encima del hombro y ve los ojos de Cadence brillando entre sus muslos, oscuros, insaciables.

—No pares... —susurra Mackenzie—. Pero despacio... por favor.

Cadence sonríe contra su piel, y obedece. Su lengua se vuelve lenta, casi reverente, lamiendo los restos del orgasmo, saboreando cada pliegue como si quisiera memorizarla de nuevo.

Entonces Mackenzie se inclina otra vez hacia delante, abre los labios de Cadence con los dedos y empieza a devolverle el juego con el mismo ritmo.

Poco a poco, sin prisa, vuelven a encenderse.

Mackenzie introduce dos dedos, despacio, sintiendo cómo Cadence se abre para ella, cómo la recibe caliente y empapada, girando la muñeca para que cada movimiento sea una caricia profunda. Cadence jadea contra su clítoris, con las uñas clavándose en los muslos de Mackenzie, marcando media lunas rojas en la piel.

—Más... —susurra Cadence, ahogada entre sus piernas—. No pares... joder...

Mackenzie acelera el ritmo, solo un poco, lo justo para que el placer vuelva a crecer sin prisa, sin violencia, como una marea que sube lenta pero imparable. Succiona el clítoris de Cadence con delicadeza, lo rodea con la lengua, lo presiona con los labios mientras sus dedos la follan en un ritmo constante, profundo, perfecto. Cadence se retuerce debajo de ella.

El orgasmo de Cadence llega suave, largo, casi dulce después de la brutalidad anterior. Un gemido largo y tembloroso se le escapa contra

el sexo de Mackenzie, el cuerpo se le tensa y se relaja en oleadas lentas, los músculos internos aprietan los dedos de Mackenzie una y otra vez hasta que la última contracción se desvanece, y ella también llega al orgasmo.

Cuando ya no queda nada que dar ni recibir, Mackenzie se gira despacio, con las piernas flojas, y se deja caer sobre el pecho de Cadence. Se miran un segundo y se besan, saboreándose mutuamente, respirando el mismo aire caliente y húmedo.

Cadence acaricia su espalda, baja hasta las caderas y, con un movimiento suave pero decidido, la empuja hacia un lado y se coloca encima. Mackenzie suelta una risa cansada, y abre las piernas sin que haga falta pedírselo.

—Ahora me toca a mí —susurra Cadence con esa sonrisa peligrosa que Mackenzie adora y teme a partes iguales.

Se coloca entre sus muslos, los besa por dentro, sube despacio dejando un rastro de mordiscos suaves. Cuando llega al sexo de Mackenzie, lo contempla un segundo, hinchado, brillante, y después, baja la boca y lame una sola vez, larga y lenta. Mackenzie gime alto, se agarra a las sábanas, y arquea la espalda.

Cadence no tiene prisa. Empieza con la lengua, lamiendo despacio, rodeando el clítoris sin tocarlo directamente, torturándola mientras la acaricia. Mackenzie tiembla, pidiendo por más.

El placer crece despacio, como una ola que se forma lejos y va ganando altura. Mackenzie siente cómo se le acumula en el vientre, en la base de la columna, en cada nervio. Cadence acelera poco a poco, justo cuando Mackenzie está a punto de suplicar.

El tercer orgasmo de la noche la alcanza como un suspiro largo y profundo. Grita el nombre de Cadence contra su hombro, y el cuerpo se le tensa entero. Cadence sigue lamiéndola durante todo el orgasmo, prolongándolo hasta que Mackenzie empieza a reír, temblando, suplicando que pare, que no puede más.

Solo entonces Cadence se mueve y se tumba a su lado.

Las velas se han apagado casi todas; solo queda una llama pequeña que tiembla en la mesilla, hasta que el sueño las vence y la oscuridad, las cubre por fin.

Capítulo 21

—¿Estás bien? ¿Qué te pasa?

Cadence todavía no ha abierto los ojos cuando la voz de Mackenzie se filtra en la penumbra del sueño, quebrándolo con una ternura que choca frontalmente contra la brutalidad de la pesadilla. En ella, la nieve cae tan densa que parece plomo, tan pesada que el cielo entero se derrumba para enterrar lo que queda de mundo. Mackenzie corre entre los troncos negros, su figura se deshace en la tormenta como si nunca hubiera existido, y Cadence intenta alcanzarla, pero cada paso la hunde más, cada grito se le queda atascado en la garganta mientras la tierra la agarra por los tobillos. Cuando por fin logra pronunciar su nombre, solo responde el viento, un aullido largo y vacío. Y entonces despierta.

El aire le entra y le sale en bocanadas desordenadas. Tiene el pecho en guerra, la piel pegajosa de un sudor frío que se le mete hasta los huesos y se mezcla con el calor de las sábanas. Parpadea una, dos, tres veces, hasta que el techo de la habitación recupera su forma conocida y los ojos de Mackenzie aparecen a pocos centímetros, todavía hinchados de sueño, pero llenos de una preocupación que no disimula.

—Solo ha sido una pesadilla —susurra Cadence—. No te preocupes, de verdad. Vuelve a dormirte.

No quiere que vea el miedo que todavía le late en las sienes, ni esa sensación de amenaza que flota en la habitación como una niebla que se niega a levantarse. Cadence se aparta con suavidad, se incorpora despacio, arrastrando la sábana consigo, y se pone de pie, como si la distancia física pudiera contener el temblor que le recorre las piernas. El suelo helado le muerde las plantas de los pies y, por un instante, agradece el dolor: algo real, algo que puede controlar.

Camina hasta el baño, cierra la puerta con cuidado de no hacer ruido y abre el grifo de la ducha al máximo. El vapor empieza a subir casi de inmediato, envolviéndola en una nube blanca y caliente que le borra los contornos del mundo. Cuando el agua cae sobre sus hombros, Cadence apoya la frente contra los azulejos fríos, deja caer los brazos a ambos lados y permite que el ruido constante la envuelva como un capullo. Quiere borrar la imagen de Mackenzie desapareciendo entre la nieve, quiere que se disuelva con el jabón, pero la imagen se queda ahí, clavada detrás de los párpados.

No han pasado ni dos minutos cuando oye los pasos descalzos en el suelo y el leve roce de la cortina al correrse. Mackenzie entra sin pedir permiso, y se mete bajo el chorro con ella. Durante unos minutos

no existe más que el agua, el vapor y sus respiraciones acompasadas. Cadence no se gira. Siente la presencia de Mackenzie a su espalda como una corriente cálida que le recorre la columna vertebral y le deshace el nudo del pecho poco a poco.

Lo que sucede después entre las baldosas mojadas no requiere palabras ni descripciones minuciosas: es una intimidad lenta, hecha de caricias que podrían curar cualquier tipo de herida. Cadence se esfuerza por parecer la mujer que Mackenzie devoró la noche anterior, pero hay una parte de ella que permanece alerta, que cuenta los segundos, que teme que cualquier roce demasiado profundo rompa el hechizo y deje al descubierto la grieta que lleva dentro.

Cuando salen, envueltas en albornoces gruesos, la casa está en silencio y la luz del amanecer se cuela pálida por las ventanas. La nieve cae afuera, suave, hipnótica, como si quisiera convencerlas de que el mundo es inofensivo. Cadence se dirige a la cocina con la intención de aferrarse a la rutina, de construir un día normal aunque sea a base de café y tostadas.

Mackenzie la sigue sin preguntar.

Preparan el desayuno en un silencio cómodo. El olor del café recién molido se mezcla con el de la mantequilla derritiéndose y el pan

calentito. Cadence corta la fruta con movimientos precisos, casi mecánicos. Pero no puede evitar mirar a Mackenzie de reojo una y otra vez.

Ya no queda nada de la Mackenzie tensa y cortante de los primeros días. Los hombros han bajado, la mandíbula ya no está en guardia permanente, y cuando se aparta el pelo de la cara con el dorso de la mano deja ver una versión de sí misma que Cadence apenas reconoce; casi frágil. Tararea algo bajito mientras remueve el café, una melodía que Cadence no identifica pero que le aprieta el pecho.

—No te pareces en nada a la Mackenzie de la que hablan los periódicos —suelta de pronto Cadence, sin filtro, dejando que las palabras salgan tal cual llegan.

Mackenzie se queda quieta un segundo, con la cuchara suspendida a medio camino. Levanta la vista despacio y la observa con una mezcla de curiosidad y cautela.

—¿Y eso es bueno o malo? —pregunta al fin, con una media sonrisa que no termina de cuajar.

—Es... diferente —responde Cadence, buscando la palabra exacta—. Creo que los demás solo han visto la coraza que sueles llevar siempre.

Mackenzie deja la cuchara, se apoya en la encimera y cruza los brazos. Durante un instante parece que va a bromear, pero al final suspira y la mirada se le oscurece.

—El problema es que casi nadie se ha molestado en mirar lo que hay debajo —comenta en voz baja—. Ni siquiera los que yo consideraba amigos, si es que en algún momento los tuve. Llevo días sin recibir un solo mensaje de apoyo por su parte... nada. Como si el silencio fuera la manera más fina de decir «ya no quiero saber nada de ti. Me das asco».

—Se encoge de hombros, pero el gesto le sale forzado—. A veces siento que la única voz que escucho es la mía propia rebotando dentro de mi cabeza. Y créeme, no siempre es buena compañía.

Cadence siente que algo se le rompe un poco por dentro. Da un paso hacia ella, luego otro, hasta quedar tan cerca que casi pueden tocarse.

—No estás sola —murmura, y esta vez Cadence no aparta la mirada—. Aquí y ahora, no lo estás.

Mackenzie la observa en silencio, como si estuviera midiendo el peso de cada palabra. Luego baja la vista hacia su propia taza.

—Pero cuando todo esto termine —dice con suma frialdad—, mi padre te hará el ingreso y tú volverás a tu vida. A proteger a otra, a tus

viajes, a esa libertad. Y yo... yo seguiré siendo la misma que era antes de que llegaras.

La frase cae entre ellas como una piedra. Cadence deja el cuchillo sobre la tabla, se seca las manos en el paño y se acerca hasta rozarle el brazo con las yemas de los dedos.

—No hablemos del final mientras todavía estamos aquí.

Mackenzie no contesta, pero tampoco se aparta. Y con eso basta.

Después del desayuno, cuando los platos están ya en el lavavajillas y el sol asoma tímido entre nubes bajas, Cadence propone salir a caminar. Necesita respirar aire fresco, un ambiente que se lleve el recuerdo de la pesadilla.

Se abrigan bien —bufandas, gorros, guantes— y salen al porche. La nieve cruje bajo las botas desde el primer paso, un sonido limpio y alegre que rompe el silencio. El bosque las recibe con los brazos abiertos.

Caminan despacio, sin rumbo fijo, siguiendo un sendero que apenas se intuye. Al principio Mackenzie avanza con cuidado, desconfiada, hundiendo la bota demasiado y maldiciendo entre dientes cada vez que pierde el equilibrio. Pero pronto empieza a reírse de sí misma, a soltarse, a dejarse llevar. Se agacha para tocar la nieve con las

manos enguantadas, hace una bola imperfecta y amenaza con lanzársela a su sexy guardaespaldas. Cadence la mira de reojo y hasta sonríe.

De repente, un sonido débil, casi un lamento, rompe la quietud.

Cadence se para en seco y alza una mano.

—¿Lo has oído?

Mackenzie asiente, con los ojos muy abiertos. Avanzan juntas, con cuidado, apartando ramas bajas cargadas de nieve. A pocos metros, medio escondido entre unos arbustos, aparece el origen del ruido: un cachorro de lobo, apenas un puñado de pelo gris oscuro y ojos enormes, temblando sobre la capa helada. Intenta moverse, pero las patitas se le enredan y vuelve a caer con un gemido lastimero.

Mackenzie se lleva las manos a la boca, conteniendo un grito de emoción.

—Dios mío... mira qué cosa más bonita.

Cadence se agacha despacio, con movimientos suaves y calculados. El cachorro la observa, asustado, pero no huye.

—Tranquilo, pequeño —susurra Cadence, extendiendo la mano abierta para que huelga el aire—. No vamos a hacerte daño, te lo prometo.

El lobezno olfatea, inseguro, y al final se deja tocar. Cadence lo coge con cuidado infinito, lo sostiene contra su pecho un segundo para calentarlo y nota cómo su pequeño corazón le late a mil por hora.

—Está helado —informa Cadence en voz baja—. Y perdido. Mira, hay huellas recientes que se alejan hacia allí. La madre no puede andar lejos.

Mackenzie se acerca un poco más, con los ojos brillantes.

—¿Estás segura de que sabes seguir el rastro? —pregunta Mackenzie en voz baja, casi temblando, mientras se abraza a sí misma con los brazos—. Quiero decir... ¿y si nos equivocamos de dirección? ¿Y si la madre no está cerca y lo dejamos en peligro? No... no soporto la idea de que le pase algo por nuestra culpa.

Cadence baja la mirada hacia el cachorro. Le sorprende ver por primera vez una duda real en los ojos de Mackenzie.

—Confía en mí —responde Cadence suavemente, sin dejar de caminar despacio—. Las huellas son frescas, profundas, y van en línea recta; una loba que busca a su crío no da rodeos. Además, no vamos a abandonarlo. Te prometo que volverá con su madre.

Siguen el rastro despacio, dejando que el cachorro vaya en brazos de Cadence. El pequeño, al principio rígido de miedo, acaba

relajándose, apoya la cabecita en el hueco de su cuello y hasta se atreve a lamerle la barbilla con una lengua áspera y cálida. Mackenzie camina a su lado, sin poder apartar la vista.

—Es increíble lo rápido que confía en alguien —comenta ella en voz baja—. Con lo pequeñito que es y lo grande que es el mundo...

—Los animales saben leer intenciones mejor que las personas —responde Cadence—. No mienten, no fingen. Si nadie los amenaza, no hay motivo para tener miedo.

Siguen avanzando hasta que, entre los árboles, aparece la figura imponente de la loba. Está quieta, observándolas desde la distancia, con el cuerpo tenso, y sus ojos clavados en ellas. Cadence se detiene de inmediato.

—Quédate aquí —susurra a Mackenzie—. No te muevas.

Se arrodilla despacio en la nieve, deja al cachorro en el suelo con cuidado y retrocede un par de pasos, alzando ligeramente las manos abiertas. El lobezno da un par de pasitos inseguros, olfatea el aire y, al reconocer a su madre, corre hacia ella con un chillido alegre. La loba baja la cabeza, lo huele entero, lo lame un par de veces y lo coge suavemente por la nuca. Antes de desaparecer entre la espesura, gira la

cabeza una última vez hacia Cadence, como si quisiera asegurarse de que la amenaza se ha ido. Luego se aleja, y el blanco se la traga.

Mackenzie suelta el aire que llevaba conteniendo quién sabe cuánto tiempo.

—Madre mía. Esto ha sido... —empieza, pero la voz se le quiebra—. No tengo palabras. Has estado tan tranquila... Yo habría salido corriendo en cuanto la viera.

Cadence se incorpora, sacudiéndose la nieve de las rodillas.

—Solo hay que respetarlos —le dice con tranquilidad—. Y recordar que este es su sitio, no el nuestro.

Mackenzie la mira fijamente, con una expresión que Cadence no sabe descifrar del todo.

—¿Es que tú nunca tienes miedo? —le pregunta Mackenzie, y teme que esa capa de seguridad que lleva consigo siempre, caiga por completo.

Cadence sonríe de medio lado, porque sabe que no es cierto. Miedo tiene constantemente, y en el último par de días; a que todo esto sea un paréntesis que se cierre demasiado pronto, a que la pesadilla sea algo más que un mal sueño. Pero no dice nada de eso. Solo se encoge de hombros.

—Cuando toca, se disimula —responde Cadence, como si nada.

El entrenamiento en el ejercito debe de servir para algo.

Siguen caminando un rato más, en silencio. De vez en cuando Mackenzie se detiene para tocar la corteza de un árbol o para hacer una bola de nieve y lanzarla contra un tronco. Ríe cuando la bola explota en mil pedazos, y Cadence se da cuenta de que nunca la había oído reír así, con la garganta abierta y los ojos brillantes.

—Gracias por estos días —dice de pronto Mackenzie, parándose en mitad del sendero.

Cadence se queda mirándola. La luz del sol, que ahora se ha abierto paso entre las nubes, le cae de lado y le dibuja un halo dorado en el pelo mojado por la nieve. Es tan bonita que duele. Tan bonita que... «que he vuelto a ir contra mis normas y esto tendrá consecuencias».

—No me des las gracias —responde echando un vistazo a su alrededor. Como si la nada que las rodea, fuera en realidad el refugio que ambas estaban necesitando—. De verdad, no lo hagas.

Está a punto de añadir algo más, algo que lleva rondándole la cabeza desde hace rato, cuando el móvil le vibra en el bolsillo del anorak. Lo saca con desgana, mira la pantalla y el mundo se detiene.

El nombre de Lionel parpadea en letras negras sobre el fondo blanco.

Y el mundo entero, vuelve a helarse, trayendo a su estómago una sensación que no va a significar nada bueno.

Capítulo 22

—¿Qué te pasa? Te has quedado blanca.

El viento del bosque azota la cara de Mackenzie Sutton mientras observa cómo Cadence se ha quedado clavada en el sitio, con el móvil todavía en la mano y el pulgar suspendido sobre la pantalla, sin atreverse a tocar nada más. Los ojos que normalmente brillan con una intensidad casi salvaje, capaces de leer una habitación entera en medio segundo, ahora parecen huecos, como si alguien hubiera apagado la luz que siempre llevaba dentro. Mackenzie nota cómo el silencio del bosque deja de ser tranquilizador para convertirse en una sensación que le aplasta el pecho.

—¿Me vas a contar de una vez qué demonios pasa? —insiste Mackenzie, sintiendo que el pecho se le encoge bajo el peso de la incertidumbre.

Cadence parpadea al fin, como si acabara de volver de muy lejos, de un lugar al que nadie debería ir solo.

—Vamos a la cabaña. Ahora —ordena ella con una voz que no admite réplica. Un tono seco, cortante, que eriza la piel de Mackenzie hasta los huesos.

Sin mediar más palabra, Cadence le agarra la muñeca con fuerza y tira de ella, obligándola a avanzar a través de la nieve a un ritmo que le corta la respiración. Mackenzie intenta seguirle el paso, pero el agarre es férreo. El cuerpo de Cadence está rígido como una cuerda a punto de romperse y el silencio que las envuelve se le pega a la piel. El corazón le late desbocado, golpeando contra las costillas como si quisiera salir corriendo solo.

Lo que más la aterra no es la prisa en sí misma.

Es la certeza que le recorre la espalda como un escalofrío: Cadence ya lo sabía. O al menos lo sospechaba. Algo de todo esto no la ha pillado desprevenida. Y se lo advirtió. Vaya que si se lo advirtió.

El bosque se ha estrechado alrededor de ellas, convirtiéndose en un pasillo angosto de troncos altos y desnudos que parecen vigilarlas. La nieve cruje bajo las botas con un sonido monótono que se mezcla con la respiración agitada de Mackenzie. Por un momento tiene la sensación de estar atrapada en una de sus peores pesadillas: corriendo sin rumbo, huyendo de una amenaza que no tiene cara pero que se siente tan real como el frío que le quema las mejillas.

—Cadence... —susurra, casi sin voz.

La otra ni se inmuta. No afloja el paso, ni tampoco suelta su muñeca.

Mackenzie ya no puede más.

Justo cuando la cabaña asoma entre los árboles, envuelta en una luz gris y mortecina, tira hacia atrás con todas sus fuerzas, obligándola a detenerse de golpe.

—Por favor —suplica Mackenzie, jadeando—. Dime qué está pasando. No puedo seguir así.

Cadence se gira con brusquedad, como si el gesto le doliera físicamente. Su rostro está tenso, los labios convertidos en una línea fina, los ojos... Dios, los ojos. Hay algo en ellos que Mackenzie nunca había visto antes.

—Han amenazado a tu padre con filtrar nuevas imágenes tuyas, Mackenzie —suelta sin anestesia, como si las palabras le quemaran la lengua y necesitara escupirlas cuanto antes—. Eso es lo que pasa. —Se pasa una mano por el pelo, nerviosa, desordenando los mechones oscuros—. ¡Joder, te lo advertí! Te dije que esa Tiffany no era de fiar, que olía a problemas, pero no, tú tenías que creer en su maldita carita de no haber roto nunca un plato...

La confesión impacta a Mackenzie como un puñetazo en pleno estómago. Da un paso atrás, tambaleándose.

—¿Qué...? ¿Cuándo...? ¿Cómo...? —La voz se le quiebra a mitad de camino—. No... No, no, no. Esto no puede estar pasando otra vez.

Porque aquella sonrisa había sido real. Lo había sentido en las entrañas. Tiffany la había mirado como quien mira a alguien que simplemente le abre un nuevo camino, sin pedir nada a cambio. O eso había querido creer con todas sus fuerzas.

Pero quizá, una vez más, Mackenzie solo confundió amabilidad con sinceridad. Como siempre.

Cadence acorta la distancia en dos zancadas y la sujeta por los brazos, apretando lo justo para que Mackenzie vuelva al presente.

—Pues ha ocurrido —sentencia sin suavizarlo ni un ápice—. Y ahora mismo los periodistas están de camino hacia aquí, porque también les ha dicho donde nos encontramos. Lionel acaba de avisarme. Así que haz el favor de mover el culo y preparar la maleta. No tenemos todo el día.

Mackenzie sube los escalones de la cabaña como si sus piernas fueran de plomo. No siente el frío que le muerde los dedos, ni el ardor en los pulmones por la carrera. Solo oye el latido ensordecedor de su

propia sangre y, después, el portazo que resuena cuando la puerta se cierra tras ellas.

Sube a su habitación casi a tientas, como si estuviera sonámbula.

La maleta sigue en la esquina. Ahora la abre de par en par, y empieza a arrojar ropa dentro sin orden ni concierto: jerséis, pantalones, calcetines que se le escapan entre los dedos temblorosos.

—No puede ser —musita una y otra vez, con la voz rota—. No puede ser verdad...

Cierra los ojos y vuelve a verla: la sonrisa tímida de Tiffany al tenderle el cóctel, la forma en que inclinó la cabeza como si de verdad le interesara lo que Mackenzie contaba, la noche de pasión en su casa...

Pero si algo había aprendido a base de golpes era precisamente esto: que hay ciertas sonrisas que también saben cómo joderte la vida. «Maldita hija de puta. Me reconoció desde el principio».

Una camiseta se le cae al suelo. Se agacha a recogerla con torpeza y, al rozar la tela, la primera lágrima se desliza sin permiso por su mejilla. Se la limpia con rabia, pero llega otra, y otra, y otra, hasta que ya no puede contenerlas. El llanto se le escapa en sollozos entrecortados que sacuden todo su cuerpo.

—Joder... —susurra, abrazándose a sí misma—. Joder, joder, joder...

Porque el dolor no es todo lo que ya ha pasado.

Ni la amenaza.

Ni siquiera la humillación pública que ya ha vivido antes.

El dolor de verdad es haberse permitido creer, aunque solo fuera por unos días, que alguien podía mirarla sin querer destrozarla después. Que era una persona normal, como otra cualquiera.

Se tapa la boca con la mano para ahogar los gemidos, pero solo consigue temblar mucho más. No sabe cuánto tiempo permanece así, doblada sobre la maleta abierta, intentando respirar entre hipidos, intentando recomponerse antes de que el mundo vuelva a romperse del todo.

Cuando por fin baja las escaleras arrastrando las dos maletas, el ruido de las ruedas contra la madera resuena como un eco triste en la cabaña vacía. Cadence está frente al portátil del salón, iluminada por la luz fría y azulada de la pantalla. Sus dedos vuelan sobre el teclado a una velocidad vertiginosa: líneas de código, ventanas de seguridad, protocolos que Mackenzie ni entiende ni quiere entender en este momento.

—No tengo tiempo de desmontar todo el equipo —dice Cadence sin levantar la vista—. Diego vendrá a recogerlo más adelante. Nos largamos ya.

Mackenzie deja las maletas en el suelo con un golpe sordo y se acerca, incapaz de quedarse callada.

—Tiene que haber algo que podamos hacer —insiste Mackenzie, con la voz todavía temblorosa—. Alguna manera de parar esto antes de que...

—¡Mackenzie, por Dios! —estalla Cadence, dando un golpe seco sobre la mesa que hace vibrar el portátil—. ¡No hay tiempo para hipótesis ni para cuentos chinos! ¡Muévete!

El silencio que sigue es tan denso que casi se puede cortar.

Mackenzie se queda paralizada en mitad del salón.

Es la primera vez que ve a Cadence tan... No es la profesional fría que siempre mantiene la compostura. No es la guardaespaldas ni la mujer que controla cada detalle. Siente miedo por ella.

Y eso la golpea más fuerte que cualquier amenaza.

Cadence levanta la vista por fin. Tiene las pupilas dilatadas, la respiración acelerada, la mandíbula tan tensa que parece a punto de

quebrarse. Cuando vuelve a hablar, lo hace más bajo, casi ronca, como si cada palabra le costara la vida.

—Por favor —susurra—. Necesito que confíes en mí. ¿Vale? Hazme caso, joder.

Y de pronto todo lo demás desaparece: la rabia, la incredulidad, el dolor que aún le quema por dentro. Todo se desvanece ante esa súplica que Cadence nunca, jamás, había pronunciado así.

Mackenzie traga saliva y asiente despacio, sin apartar la mirada.

Solo una vez.

Cadence cierra el portátil de un golpe seco, lo desenchufa y se lo lleva enseguida consigo. La mujer coge las llaves del SUV, abre la puerta principal de par en par y se detiene solo un segundo para mirar atrás, asegurándose de que Mackenzie la sigue.

Cruzan el pequeño claro de nieve que rodea la cabaña. Las maletas chocan entre sí, y Mackenzie siente que deja atrás mucho más que una casa: deja atrás la primera vez en años que había empezado a bajar la guardia. El aire es más cortante que nunca; incluso los árboles parecen contener la respiración.

Cadence abre la puerta trasera del todoterreno, mete las maletas de cualquier manera y rodea el vehículo a grandes zancadas. Antes de

abrir la puerta del copiloto para Mackenzie, la mira fijamente, como si quisiera grabarle las siguientes palabras en la frente.

—No te separes de mí —ordena con voz grave—. Pase lo que pase. Ni un paso atrás. ¿Me has oído?

—Sí, tranquila —responde Mackenzie, y su propia voz le suena extraña.

Está a punto de subir cuando Cadence levanta la cabeza de golpe, mirando hacia el camino de acceso. Frunce el ceño, como si hubiera captado algo que los demás mortales no oímos.

—¿Qué pasa? —pregunta Mackenzie, y el miedo vuelve a treparle por la garganta.

—He oído un motor —musita Cadence entre dientes—. Todavía está lejos, pero creo que...

—¿No estaban en el pueblo?

—Hay que salir de aquí ya.

Y eso es justo lo que hacen.

*

El SUV sale disparado del camino forestal y se incorpora a la carretera secundaria con un derrape que levanta una cortina de nieve

pulverizada. Cadence mantiene el volante con las dos manos, los antebrazos tensos, y la mirada fija en el espejo retrovisor. A unos trescientos metros, dos coches aparecen de golpe: una berlina gris metalizado y un todoterreno blanco con el logotipo de una conocida revista pegado en el lateral como una bandera de guerra. Los flashes ya empiezan a rebotar contra la luna trasera aunque aún estén lejos.

—Periodistas —masculla Cadence entre dientes—. Alguien ha debido de soltar nuestra localización por un puñado de billetes. Qué sorpresa.

Mackenzie se gira en el asiento, mientras el cinturón le corta el hombro.

—¿Cuántos son?

—Dos coches. Seguro que van unas cuantas personas dentro. Los conozco: son como lobos cuando huelen sangre fresca.

El primer vehículo, la berlina gris metalizado, se pega a su parachoques con una maniobra suicida. El conductor saca medio cuerpo por la ventanilla y empieza a disparar ráfagas con una cámara réflex. Los flashes revientan dentro del habitáculo como relámpagos.

—¡Baja la cabeza! —ordena Cadence al tiempo que da un volantazo brusco a la derecha.

El SUV se sale un instante del asfalto, levanta una nube de grava y vuelve a la carretera con las cuatro ruedas chirriando. Mackenzie se agarra al asidero del techo con tanta fuerza que los nudillos se le ponen blancos.

—¿No podemos perderlos simplemente acelerando?

—Aquí la carretera es recta durante seis kilómetros —responde Cadence sin apartar la vista del frente—. Si piso a fondo, nos alcanzaran en dos minutos. Hay que ser más listas que rápidas.

—Joder, ¡pero que esto no es una persecución! —grita Mackenzie, entrando claramente en pánico.

Pisa el embrague, reduce a tercera y mete el coche en una curva cerrada que aparece de repente entre los pinos. Los neumáticos aúllan, el culo del SUV se desliza hasta casi tocar la cuneta y, en el último segundo, Cadence gira el volante con una precisión que parece imposible. Mackenzie contiene el aliento; por un instante cree que van a volcar. Pero no. El vehículo se endereza y acelera de nuevo.

Detrás, solo uno de los dos coches logra tomar la curva con limpieza. El otro se queda atrás, patinando hasta detenerse en medio de la calzada.

La carretera helada, es un claro amigo.

—Uno menos —anuncia Cadence con una sonrisa tensa.

La carretera se estrecha y empieza a bajar en picado hacia el valle. Los pinos se vuelven más densos, las curvas más cerradas. Cadence conduce como si el coche fuera una prolongación de su propio cuerpo: anticipa cada bache, cada cambio de rasante. Mackenzie la observa de reojo y, por primera vez, comprende de verdad lo que significa tener a alguien que sabe exactamente lo que hace.

—¿Recuerdas el puente viejo que hay antes de Saint Johnsbury cuando veníamos hacia aquí? —pregunta Cadence de pronto.

—El que está en obras, ¿no?

—El mismo. Solo tiene un carril habilitado. Si llegamos antes que ellos...

Aprieta el acelerador a fondo. El motor ruge como si estuviera vivo. El velocímetro sube de ciento cuarenta a ciento setenta en cuestión de segundos. El viento silba contra las ventanillas, la nieve que aún queda en los márgenes pasa como un borrón blanco para las dos mujeres que van ahí dentro.

En el retrovisor, el todoterreno blanco se pega aún más. Uno de los fotógrafos abre la puerta del copiloto y se sienta en el marco, con

medio cuerpo fuera, disparando fotos sin parar. Los flashes iluminan el interior del SUV como si fuera pleno día.

—¡Están locos! —exclama Mackenzie.

—No —corrige Cadence—. Están desesperados. Quien les haya pagado ha debido de prometerles la exclusiva del siglo.

De repente, el todoterreno blanco acelera por el carril contrario, intentando adelantar para cortarles el paso y obtener las mejores fotografías. «Todo esto es un puto montaje ¿o qué?», se dice Mackenzie.

Después siente que el estómago se le sube a la garganta.

—¿Y ahora qué?

—Agárrate otra vez.

Cadence reduce de golpe, mete tercera y luego segunda, el motor brama en protesta. El SUV pierde velocidad de forma brutal. El todoterreno blanco casi se les echa encima; se oye un bocinazo largo, frenazos, insultos que el viento arrastra.

Justo cuando el todoterreno blanco se cruza delante para bloquearles la carretera, Cadence pisa el embrague, gira el volante a la izquierda y mete el coche en un camino forestal apenas visible entre los árboles. Las ramas bajas golpean el techo y los laterales como latigazos. Mackenzie cierra los ojos un segundo.

—¡Esto no es un camino! —grita.

—Lo era hace veinte años —responde Cadence—. Y sigue estando en los mapas de los forestales.

El SUV rebota sobre raíces y piedras ocultas bajo la nieve. Detrás, se oye un golpe seco: el todoterreno blanco ha intentado seguirlos y se ha quedado encajado en cualquier lugar.

Cadence no reduce la velocidad. Sabe exactamente adónde va. El camino viejo desemboca en una antigua pista de explotación maderera, ancha y recta durante un largo kilómetro. Allí acelera otra vez hasta que el velocímetro roza los ciento noventa.

El todoterreno blanco ya no aparece en el retrovisor.

—¡Los hemos perdido! —exclama Mackenzie, casi sin creerlo.

—No cantes victoria todavía —dice Cadence, aunque una sonrisa leve se le escapa.

De pronto, la pista se acaba. Delante solo hay un terraplén cubierto de nieve y, más abajo, la carretera principal. Cadence no frena. Mackenzie abre la boca para gritar, pero no le da tiempo.

El SUV se lanza al vacío.

Por un instante eterno vuelan. El mundo se queda en silencio, solo se oye el viento y el latido desbocado de sus corazones.

Aterrizan con un golpe brutal que hace crujir toda la carrocería. Los neumáticos chirrían sobre el asfalto de la carretera general, el coche se desliza de lado durante veinte metros y Cadence lo controla con una serie de contravolantazos precisos hasta detenerlo en el arcén.

Respira hondo, apoya la frente un segundo contra el volante y luego mira a Mackenzie.

—¿Estás bien?

Mackenzie asiente, incapaz de hablar. Tiene la garganta seca y las manos le tiemblan sin control. Nunca pensó ser protagonista de algo así.

Cadence pone primera otra vez.

—Los hemos dejado atrás. Para siempre, espero.

Circulan en silencio durante quince minutos más. La carretera se vuelve más ancha, aparecen casas dispersas, algún coche de vez en cuando. La tensión empieza a aflojar, aunque ninguna de las dos lo dice en voz alta.

Mackenzie mira de reojo a Cadence: tiene el pelo revuelto, y aun así parece más viva que nunca. Conduce con una seguridad que resulta

casi hipnótica.

—¿Dónde vamos ahora? —pregunta al fin Mackenzie, con la voz ronca.

—A un sitio donde nadie nos busque esta noche —responde Cadence—. Y donde podamos respirar cinco minutos sin que nos persigan. Mañana sabremos qué hacer.

La carretera desciende suavemente hacia el valle. El crepúsculo tiñe el cielo de violeta y naranja. De pronto, al tomar una curva, aparece ante ellas un edificio grande, iluminado con luces cálidas que contrastan con el frío del exterior. Un cartel discreto, de madera tallada, reza: «Hotel Aurora – Saint Ives».

Cadence reduce la velocidad y gira hacia el camino de entrada cubierto de gravilla. Los faros del SUV barren la fachada de piedra y madera, las ventanas con cortinas pesadas, el humo que sale tranquilo de la chimenea.

Para el coche delante de la entrada principal y apaga el motor.

Solo entonces se permite una sonrisa cansada, la primera de verdad en todo el día.

—Aquí estaremos a salvo—dice Cadence, volviéndose hacia Mackenzie—. Y si alguien pregunta, somos dos amigas que venimos a

pasar el fin de semana.

Capítulo 23

La puerta de la suite se cierra con un portazo que corta de golpe el mundo exterior. Afuera quedan la nieve pisoteada, los focos lejanos de los periodistas, el olor a goma quemada y el eco de la montaña. Dentro solo queda el calor animal de sus cuerpos, la respiración entrecortada y la adrenalina que aún corre por sus venas como si fuera fuego.

Cadence se arranca la chaqueta con un movimiento brusco y la tira al suelo. La camiseta está pegada al torso por el sudor frío; se la quita de un tirón y la tela se resiste un segundo antes de ceder. Tiene el pelo revuelto, un arañazo fino en la mejilla que apenas sangra, y los ojos oscuros, brillantes. Mackenzie se queda parada en la puerta del baño, mirándola, y siente que el aire se vuelve imposible de respirar.

—Necesito una ducha —anuncia Cadence con la voz ronca, rota por la persecución—. Y tú también.

Cadence no espera respuesta. Gira el grifo de la ducha y el agua empieza a caer con fuerza, caliente, levantando una nube de vapor que se traga la luz fría del baño y lo convierte en una cueva íntima, casi irreal.

Mackenzie se quita la ropa como si le sobrara: botas, calcetines, abrigo, jersey, vaqueros, todo cae formando un montón desordenado. Cuando se queda solo con las bragas y el sujetador, Cadence ya está desnuda del todo. La luz cálida de los apliques le recorre el cuerpo como una caricia. Tiene los hombros tensos, los pechos endurecidos, el vientre con la marca leve de los abdominales, las caderas estrechas... Joder, esa mujer es irresistible. El agua resbala por su piel antes siquiera de que Mackenzie entre.

Cadence se gira. La mira de arriba abajo. Después se acerca, paso a paso, hasta que sus respiraciones se mezclan. Levanta una mano y le roza la mejilla con los nudillos, baja por el cuello, se detiene en el borde del sujetador.

—Quítatelo —ordena en voz baja.

Mackenzie obedece al instante. El sujetador cae. Las bragas siguen el mismo camino. Se queda desnuda, temblando, con la piel erizada aunque el baño esté ya caliente.

Cadence la coge de la muñeca y la mete bajo el chorro sin miramientos.

El agua cae como una cascada ardiente. Mackenzie suelta un gemido ahogado cuando le golpea la coronilla, le recorre la nuca, los

hombros, la espalda. El calor la envuelve. Cadence la empuja contra la pared de mármol con suavidad, pero con firmeza, y se pega a ella por detrás hasta que no queda ni un milímetro de separación.

—Joder, cómo te deseo —susurra Cadence contra su oído, y el sonido es tan ronco que vibra en la piel de Mackenzie.

Sus manos ya no esperan permiso. Una sube por el costado, se cierra sobre un pecho, lo amasa con fuerza, pellizca el pezón hasta que Mackenzie arquea la espalda y gime contra los azulejos. La otra mano baja directa, sin rodeos: cruza el vientre, se abre paso entre los muslos y encuentra el clítoris, ya resbaladizo. Dos dedos se deslizan dentro de ella de una sola embestida, profunda, posesiva.

Mackenzie echa la cabeza hacia atrás, apoyándola en el hombro de Cadence, y suelta un gemido largo que se pierde bajo el ruido del agua. El chorro les cae encima sin piedad, golpea los hombros de Cadence, resbala por sus pechos, cae en cascada por el vientre de Mackenzie y se mezcla con la humedad que ya brota entre sus piernas.

—Más —susurra Mackenzie, casi suplicando—. Por favor, más fuerte, no pares.

Cadence obedece. La empuja más contra la pared, le separa las piernas con la rodilla y empieza a follarla con los dedos en un ritmo

implacable, rápido, profundo, sin contemplaciones. El sonido del agua se funde con el de la carne húmeda, con los jadeos que rebotan en el mármol, con los gemidos que Mackenzie ya no controla.

Mackenzie gira la cabeza lo justo para buscar su boca. Se besan con hambre, con rabia contenida, llevadas por la adrenalina de lo que acaban de vivir. El agua les cae encima como una tormenta caliente, empapa sus pestañas, se mete entre sus labios.

Cadence retira los dedos de golpe y Mackenzie protesta con un gemido frustrado. Pero solo dura un segundo, porque Cadence la gira bruscamente, la empuja de espaldas contra la pared y se arrodilla frente a ella. El chorro le cae encima como una cortina, le empapa el pelo oscuro, le resbala por la cara, por el cuello, por los pechos. Levanta la mirada, oscura, peligrosa, y abre la boca sobre el sexo de Mackenzie sin previo aviso.

Mackenzie grita. Se le doblan las rodillas, pero Cadence la sujeta por las caderas con fuerza, la mantiene en pie, y la devora sin pensárselo más. La lengua se mueve rápida, experta, lamiendo el clítoris en círculos perfectos, entrando y saliendo, succionando hasta que Mackenzie se retuerce contra la pared, mientras sus manos se enredan en el pelo mojado de Cadence, tirando sin control.

—No pares... Dios, no pares...

Cadence introduce dos dedos otra vez mientras la lengua sigue torturando el clítoris sin descanso. Los mete y saca rápido, curvándolos justo donde Mackenzie más lo necesita. El orgasmo y Mackenzie se tensa entera, las piernas le fallan, un grito largo y roto sale de su garganta mientras se corre en la boca de Cadence, temblando violentamente.

Cadence no se detiene. Sigue lamiendo suave, prolongando las oleadas, bebiendo cada contracción hasta que Mackenzie suplica entre jadeos que pare porque no puede más.

Entonces se pone en pie despacio, la besa y Mackenzie siente su propio sabor mezclado con el agua de la ducha. Le agarra las caderas con las dos manos, la empuja contra la pared contraria y ahora es ella quien se arrodilla.

La primera lamida arranca un gemido grave de Cadence que retumba en todo el baño. Mackenzie no tiene paciencia: chupa el clítoris con fuerza, introduce la lengua hasta el fondo, la saca, y vuelve a entrar. Con una mano le separa más los labios, con la otra acaricia el interior de los muslos, sube hasta rozar su entrada, y después, presiona

suavemente, justo lo suficiente para que Cadence se tense y gima más alto.

Cadence se aferra a las paredes con las dos manos, los brazos en tensión, la cabeza echada hacia atrás mientras el agua le cae por el cuello, por los pechos, por el vientre. Gime sin vergüenza.

Mackenzie introduce dos dedos, luego tres, y los mueve rápido, fuerte, mientras la lengua no deja de torturar el clítoris de Cadence, que ya empieza a temblar entera, buscando más, siempre más.

—Dentro... joder, más dentro, no pares...

Mackenzie obedece y Cadence se rompe con un grito largo, animal, las piernas le fallan y se deja caer sobre Mackenzie, que la sujeta como puede mientras el orgasmo la sacude entera, ola tras ola.

Cuando termina, se quedan así un rato largo, abrazadas bajo el chorro que sigue erizando sus pieles. Cadence le muerde el labio inferior, y Mackenzie responde con un mordisco en el cuello que hace que Cadence vuelva a gemir bajito. Sus manos siguen recorriéndose, perezosas ahora, pero sin querer separarse nunca.

Permanecen allí hasta que el agua se vuelve fría de verdad y el vapor se disipa del todo. Solo entonces cierran el grifo, se envuelven en

toallas enormes y mullidas y salen al dormitorio, todavía sin poder —ni querer— soltarse.

Capítulo 24

La ciudad se desliza borrosa al otro lado del cristal, como si un pintor hubiera arrastrado un trapo mojado sobre los neones y los semáforos de Nueva York. Cadence lleva horas al volante, tiene los hombros agarrotados, la mandíbula tan tensa que le duele hasta el cuello, aunque hace verdaderos esfuerzos para que Mackenzie no lo note cada vez que le lanza una mirada fugaz. Ella viaja en silencio, hundida en el asiento del copiloto, con los ojos clavados en un punto indefinido del asfalto que se pierde bajo los neumáticos.

Cuando por fin estacionan el coche de alquiler —un sedán gris perla tan vulgar que podría pertenecer a cualquiera— frente al bloque de Diego, Cadence suelta el aire que llevaba conteniendo desde que se alejaron del hotel. Por suerte, nadie la ha seguido después de dejar el SUV atrás.

El edificio tiene una fachada de ladrillo sucio, un portal sin portero automático, y una puerta metálica llena de arañazos que parece gritar «aquí no pasa nada interesante». Exactamente lo que necesitan.

—Vamos —susurra Cadence mientras se baja la capucha hasta las cejas—. Ya hemos llegado.

Mackenzie asiente. Se ha envuelto en un abrigo y camina detrás, con pasos rápidos, pero sin energía, como si cada inspiración le costara un mundo. Cadence nota la presión que lleva dentro del pecho, esa lucha titánica por no romperse otra vez. Y siente, casi físicamente, cómo la rabia, la ternura y un miedo viscoso se le enredan en las tripas.

Juntas suben al tercer piso, y entonces Cadence golpea la puerta con los nudillos, dos veces. Se oyen pasos arrastrándose, luego el roce de una cadena, después otra. La hoja se entreabre apenas lo justo para que asome un ojo negro y desconfiado.

—Joder, ya era hora —masculla Diego al reconocerla, y abre del todo—. Pasad antes de que os vea medio Brooklyn.

El piso es grande, pero parece montado a toda prisa: paredes desnudas, muebles de saldo, un salón casi vacío salvo por un sofá que ha vivido tiempos mejores. En una esquina, una torre de ordenadores parpadea con luces azules y verdes, y los cables reptan por el suelo como serpientes perezosas. No es bonito, pero es seguro. Y ahora mismo eso vale más que cualquier palacio.

Diego retrocede para dejarlas entrar. Es alto, ancho de espaldas, con una barba de varios días y unas ojeras que parecen tatuadas. La camiseta negra deja al descubierto antebrazos llenos de líneas

geométricas y símbolos que Cadence nunca ha logrado descifrar. Sus ojos, pequeños y afilados, lo registran todo sin pedir permiso.

Mackenzie se tensa nada más verlo.

Diego le tiende la mano con una sonrisa que pretende ser amable y acaba resultando un poco lobuna.

—Encantado al fin, Mackenzie. Diego, para servirte... o para esconderte, según se mire.

Ella lo observa un segundo de más, como midiendo si el lobo muerde o solo enseña los dientes, y finalmente le estrecha la mano con una educación intachable.

Por mucho que quieran destrozarla, jamás va a perder las formas.

—Lo mismo digo —contesta, y se permite una media sonrisa cansada—. Tienes un refugio muy... personal. Me gusta.

Diego suelta una carcajada.

—Lo más discreto que hay al oeste del Hudson, créeme. Sentaos donde pilléis. Nadie entra aquí si yo no quiero.

Mackenzie se aleja unos pasos, atraída por los detalles que solo son visibles para quien ha aprendido a buscar amenazas en lo cotidiano: fotografías antiguas pegadas con cinta americana, un reloj

detenido a las 3:14, una manta doblada con sobre el respaldo de una silla. Cadence la ve recorrer el espacio con una mezcla de curiosidad y alerta, como si esperase que cualquiera de esos objetos explotara de un momento a otro.

La puerta se cierra, Diego se cruza de brazos y clava la mirada en Cadence.

—No me lo puedo creer, Cadence. ¿De verdad estás repitiendo la historia?

Ella levanta la mano sin mirarlo, con la mirada todavía clavada en Mackenzie.

—No empieces, Diego. Sé perfectamente lo que hago.

Él resopla, pero baja la cabeza. Cuando vuelve a alzarla, la pregunta sale directa, sin anestesia.

—¿Es que estás enamorada de ella o qué coño te pasa? Te advertí que no te implicaras demasiado. Estas cosas nunca salen bien.

El aire se queda suspendido. Cadence siente que una cuerda que llevaba días tensada dentro de su pecho se parte de golpe. Mira a Mackenzie, que en ese instante acaricia con la yema de los dedos el lomo de un libro viejo como si buscara consuelo en su tacto. No contesta. No puede. ¿Cómo explicar que cada vez que Mackenzie respira

ella siente que respira con ella? ¿Cómo confesar que la idea de que le pase algo le produce un dolor físico en el centro del esternón? ¿Cómo admitir que sí, que está enamorada hasta los huesos y que eso la aterra más que cualquier tipo de persecución? Y además, ¿cómo dar sentido a todos esos sentimientos si apenas han estado...? «Un montón de días juntas las 24 horas».

Diego arquea las cejas; el silencio de Cadence le basta.

—Vale —concede él, levantando las manos en señal de rendición—. No voy a darte la charla del siglo. Pero esto te va a comprometer hasta las trancas, y lo sabes.

—No te preocupes, lo tendré en cuenta —responde ella.

Fuera, empiezan a encenderse las luces navideñas. El tráfico lejano retumba como un corazón enfermo. Antes esas cosas le parecían vida; ahora solo son ruido que recuerda que el mundo sigue girando, aunque el suyo se haya parado en seco.

Necesitan respuestas ya.

Llevan casi doce horas incomunicadas. Cadence le confiscó el móvil a Mackenzie en cuanto salieron del hotel, y aunque ella protestó al principio, entendió el motivo en cuanto vio la cara de Cadence. Su

vida pende ahora de un hilo muy fino, y cualquier llamada podría joderlo todo.

Cadence se gira hacia ella.

—Tengo que saber quién más sabía dónde íbamos. Además de tu padre, claro.

Mackenzie se acerca despacio, como si temiera encontrar algo peor delante de ella.

—¿Por qué me preguntas eso ahora? —susurra, aunque ya intuye muy bien la respuesta.

Diego levanta la vista de la pantalla del ordenador frente al que se ha instalado y contesta por ella.

—Porque alguien filtró la ubicación exacta a los periodistas. Y según me ha contado Cadence, no fue nadie del pueblo.

Mackenzie palidece.

—Solo lo sabían mi padre... Tom... y el abogado de la familia, Marcus. Ha estado siempre con nosotros —musita ella, y empieza a sentir un nudo en el estómago—. Así es cómo funcionan estas cosas en la familia.

Cadence siente que el estómago se le cae a los pies.

—¿Estás completamente segura?

—Completamente —repite ella, y se abraza a sí misma—. Llevan con nosotros desde que yo era muy pequeña. Y siempre han seguido las órdenes de mi padre.

Diego suelta un bufido y se levanta para estirar las piernas.

—Creo que con eso me puede servir —dice él, esbozando una sonrisa—. Pero antes... ¿qué tal si pedimos unas pizzas? Estoy muerto de hambre.

Mackenzie esboza una sonrisa pequeña pero sincera. Ni siquiera sabe cuántas horas lleva sin probar bocado.

—Me parece una idea excelente —admite, y por primera vez suena casi humana.

Durante la espera, Diego se pone a trabajar. Los dedos vuelan sobre el teclado con una velocidad que siempre ha fascinado a Cadence. La luz azulada de las pantallas le dibuja sombras duras en la cara y le da un aspecto casi demoníaco. Mackenzie se sienta a su lado en silencio, siguiendo con la mirada cada movimiento como si quisiera aprenderlo de memoria. Cadence permanece junto a la ventana, vigilando la calle.

Cuando llega la pizza, Mackenzie coge un trozo y lo mordisqueea con total normalidad, como si su vida no dependiera de la información

que Diego está buscando. Le tiemblan tanto las manos que apenas acierta a llevarse la porción a la boca.

Diego deja que el silencio se alargue y entonces gira la silla hacia ellas con un gesto teatral.

—Bingo —anuncia, y golpea la mesa con los nudillos—. Esto no os va a gustar ni un pelo.

Cadence se acerca en dos zancadas. Mackenzie se pone en pie de un salto.

—Habla —ordena Cadence.

—Nicole Vasseur —responde él, y hace una pausa alargando un poco más el misterio—. Ha intercambiado cientos, miles de mensajes con... Marcus Halloran.

Mackenzie se lleva la mano al pecho, siente el dolor como si le hubieran dado un puñetazo.

—No... —susurra, y retrocede un paso—. No, eso no puede ser verdad.

Cadence siente que el suelo se mueve bajo sus pies.

—Enséñamelo ahora mismo.

Diego gira la pantalla. Los chats aparecen ampliados, fechas, horas, frases cortas y frías que no dejan lugar a dudas.

«Asegúrate de que esté sola.»

«Los periodistas estarán a las 19:15 exactas.»

«Borra esto después de leerlo, ya lo sabes.»

«Recuérdame que borre la carpeta con los chats manipulados cuando terminemos. No quiero cabos sueltos.»

«Después de esto nadie volverá a tomarla en serio. Se acabó lo de la princesita intocable.»

Mackenzie lee en voz alta, y cada palabra suena como un clavo en su propio ataúd.

—Dios mío... —musita, y las lágrimas que había estado conteniendo todo el trayecto empiezan a rodar por sus mejillas—. Toda la vida confiando en él... Toda la vida...

Cadence da un paso hacia ella, pero se detiene. Quiere abrazarla, quiere gritar, quiere romper algo. Se queda quieta, con los puños apretados.

Mackenzie levanta la mirada hacia Diego, furiosa y rota a partes iguales.

—¿Por qué? —exige saber—. ¿Por dinero? ¿¿Por qué demonios haría algo así alguien a quien he considerado un hermano mayor? Casi un segundo padre... ¡joder!

Diego se encoge de hombros, aunque su expresión es más compasiva de lo habitual.

—Los motivos están enterrados en otro lado. Pero el rastro es sólido. Hay transferencias desde cuentas opacas, correos en borrador, reuniones en parkings subterráneos... Lo tienen todo muy bien atado. No me extraña que estén tardando tanto en limpiar tu nombre. Ese hombre es quien tiene el control.

Cadence siente la rabia subirle por la garganta.

—Abre las transferencias —ordena con voz cortante.

Diego obedece. Los números aparecen fríos, impersonales. Cien mil dólares aquí, cincuenta allá. Siempre a nombre de empresas fantasma que, al pincharlas, llevan a otras empresas fantasma y después, «a la zorra de Nicole Vasseur».

Mackenzie se tapa la boca con la mano.

—Mi padre...—susurra, y se le quiebra la voz otra vez—. Si se entera de esto...

—Lo hará, créeme y va a joderlo vivo —interviene Cadence, sorprendiéndose de lo calmada que suena—. Pero antes, vamos a reorganizar todo el tablero, hasta el último peón.

Diego asiente y sigue tecleando. Aparecen fotos: Marcus y Nicole en un bar de Manhattan, sentados muy juntos, ella riendo, él con la mano en su rodilla. Otra foto: los dos saliendo de un hotel a las cuatro de la mañana. Otra: Marcus entregándole un sobre grueso en un callejón.

Mackenzie se derrumba en el sofá, con la cara entre las manos.

—No puedo... no puedo respirar —murmura entre sollozos ahogados.

Cadence ya no se contiene. Se sienta a su lado, le pasa un brazo por los hombros con cuidado, como si temiera romperla y Mackenzie se deja caer contra ella, temblando.

—Escúchame —le dice Cadence bajito, solo para ella—. Sé que esto parece el infierno. Pero ahora sabemos quiénes son los enemigos de verdad. Y eso significa que podemos contraatacar.

Mackenzie levanta la cabeza. Tiene los ojos rojos, pero hay algo nuevo en ellos: una chispa de furia que Cadence no había visto nunca.

—¿Cómo? —pregunta con voz ronca—. Tienen dinero, contactos, seguro que hasta mi propio padre ha creído esta maldita jugarreta... No hay más que ver cómo me trató.

—Nosotros tenemos la verdad —responde Cadence, y le sujeta la mirada—. Y tenemos a Diego.

Diego levanta una mano desde su puesto con una sonrisa burlona.

—Y yo tengo un par de ideas que les van a joder la existencia entera, si me dejáis decirlo.

Mackenzie se seca las lágrimas con el dorso de la mano y se incorpora un poco.

—Quiero saberlo todo —exige, y ya no le tiembla la voz—. Cada mensaje, cada foto, cada maldita transferencia. Quiero verlo con mis propios ojos. Los voy a destrozar.

Diego sonrío de medio lado y golpea la mesa con entusiasmo.

—Esa es la actitud, joder. Prepárate, porque esto es solo la punta del puto iceberg.

Durante las siguientes tres horas, Diego las guía por un laberinto digital que haría vomitar a cualquier persona normal. Muestra conversaciones donde Nicole se burla de Mackenzie llamándola «la princesita que se cree alguien importante», mensajes de Marcus

diciendo que «ya va siendo hora de que alguien le baje los humos a la niña rica». Aparecen planes para sabotearla, para crear un escándalo que «nadie podrá detener», para mentir a la prensa cueste lo que cueste.

Con cada nueva prueba, Mackenzie pasa de la tristeza a una ira fría y controlada que impresiona a Cadence. Ya no llora. Toma notas en un bloc que Diego le presta, pregunta detalles técnicos, pide que le expliquen dos veces las cosas que no termina de entender.

En un momento dado, Diego abre un archivo de audio. Es una llamada grabada entre Marcus y Nicole.

—...en cuanto los periodistas la pillen, estará acabada para siempre —dice la voz de Marcus, inconfundible—. La opinión pública la destrozará.

—Y tú te quedarás con el puesto de confianza máxima cuando su padre tenga que limpiar el desastre —responde Nicole, riendo con malicia.

Mackenzie cierra los ojos con fuerza y aprieta los puños hasta que los nudillos se le ponen blancos.

—Quiero hablar con él —declara de pronto, y se pone en pie—. Quiero mirarle a los ojos y preguntarle por qué coño me ha hecho esto.

Cadence y Diego intercambian una mirada rápida.

—No es buena idea —advierte Cadence, poniéndose delante de ella—. Ahora mismo es peligroso, Mackenzie.

—No me importa —replica ella—. Necesito oírse lo decir. Necesito que me mire a la cara mientras lo niega y ver cómo se le rompe la máscara cuando le ponga todo esto delante.

Diego suelta un silbido largo y admirado.

—La mujer tiene huevos, Cadence. Más que muchos tíos que conozco.

Cadence suspira, sabiendo que no va a poder disuadirla.

—Entonces lo haremos a mi manera —concede al fin—. Controlaremos la hora, el lugar, todo. Y si intenta algo raro...

—No lo hará —la interrumpe Mackenzie con una seguridad que podría helar la sangre a cualquier—. Porque va a pensar que todavía confío en él ciegamente. Va a creerse que sigo siendo la misma idiota de siempre.

Cadence la mira largo rato. Y por primera vez desde que empezó toda esta pesadilla, siente algo parecido a la esperanza.

—Vale —acepta, y Cadence le tiende la mano—. Pero antes vamos a prepararlo todo tan bien que no tenga escapatoria ni aunque rece a todos los santos.

Diego sonr e como un lobo que acaba de oler sangre fresca.

—Dame doce horas —propone, frot ndose las manos—. Para entonces tendr  un paquete tan bonito que hasta llevar  lazo. Y cuando lo abramos delante de Marcus y Nicole... se van a cagar encima, os lo prometo.

Mackenzie asiente. Se levanta, se acerca a la ventana y mira la ciudad que brilla abajo, fr a y ajena.

—Que se preparen —susurra con un tono de frialdad—. Porque ahora ser  yo la puta reina del juego.

Cadence se pone a su lado, hombro con hombro, y juntas contemplan las luces de la ciudad que parpadean como si nada hubiera cambiado.

Capítulo 25

Mackenzie Sutton abre los ojos poco a poco y nota de inmediato el calorcito que le nace en el costado, un peso suave y conocido que se mueve apenas en cada respiración. Tardea unos segundos en ubicarse: los techos bajos, las paredes casi desnudas, el aire quieto y un poco cargado de la casa de Diego. No recuerda exactamente en qué momento de la madrugada se dejaron caer sobre aquel sofá tan estrecho, ni cómo acabaron compartiendo una manta que huele a suavizante barato y a tabaco de liar. La luz que se cuela por la rendija de la persiana es tan tenue que apenas dibuja la silueta de Cadence, pegada a ella, con la cabeza apoyada en su hombro y un mechón escapándose sobre la mejilla.

Mackenzie se queda quieta, sin atreverse casi a respirar. Cadence duerme con la cara relajada, sin esa arruga permanente entre las cejas que lleva como si fuera parte de un uniforme. Tiene la boca entreabierta, los labios un poco hinchados, el pelo revuelto... Parece más joven, más frágil, y a Mackenzie le da un vuelco el corazón al darse cuenta de lo mucho que le gusta verla así: sin la coraza, confiando ciegamente en que nada va a pasar mientras estén juntas.

Y después de pensarlo, un miedo irrefrenable le recorre por dentro, pero lo intenta ignorar rápido.

Se inclina despacio y roza con sus labios los de Cadence, apenas es un roce. Cadence se mueve un poco, parpadea confusa y, al reconocerla, sonríe con una lentitud perezosa que derrite enseguida cualquier resto de sueño.

—Buenos días, señorita Sutton —bromea Cadence con la voz ronca, todavía medio dormida—. ¿Ya estás planeando cómo hacerme enfadar antes del café?

Mackenzie suelta una carcajada bajita que le sale del alma.

—No, solo comprobaba si sigues siendo tan gruñona al despertar como imaginé.

Cadence abre un ojo del todo y finge ofenderse, aunque la sonrisa le traiciona.

—¿Gruñona yo? Eso díselo a la que ayer se pasó media noche robándome la manta entera.

—Era eso o congelarme —replica Mackenzie, encogiéndose de hombros con cara de no haber roto nunca un plato—. Además, tú dormías como un tronco. Ni te enteraste.

Cadence se incorpora un poco, apoyándose en un codo, y la mira en silencio, dejando a Mackenzie con el corazón acelerado.

—Mentira. Me enteré perfectamente de cómo te pegabas a mí cada vez que me movía. Hasta ronroneaste un par de veces.

—¡Yo no ronroneo! —protesta Mackenzie, aunque las mejillas le arden—. Eso fue... fue la calefacción, seguro.

Cadence se ríe, una risa corta y sincera que llena el salón silencioso, y se inclina para besarla de nuevo, esta vez con más ganas. Cuando se separan, sus frentes siguen juntas.

—Oye —susurra Mackenzie, y de pronto, se pone seria—. Sé que te va a sonar raro viniendo de mí, pero... me gusta esto. De hecho, creo que me gustó cada día en la cabaña, me gusta despertarme contigo, me gusta... esto que estamos haciendo, aunque sea una locura.

Cadence la observa un segundo largo.

—¿Aunque al principio me quisieras pegar un tiro?

Mackenzie niega con la cabeza, y baja la mirada.

—Nunca te odié en realidad. Estaba enfadada, asustada, perdida... pero odiarte, no. La verdad es que no —reconoce—. Creo que desde el primer día supe que eras lo único auténtico que me estaba pasando dentro de esta mierda.

Cadence le acaricia la mejilla con el pulgar, mientras las dos comparten ese maravilloso silencio.

—Pues entonces dejemos que esto... simplemente pase, ¿vale? — comenta Cadence, con una sonrisa tranquila en los labios—. Porque yo tampoco quiero seguir fingiendo que solo estoy aquí para protegerte.

Mackenzie siente que el pecho se le va a salir por la boca. Asiente, incapaz de hablar, y se lanzan a otro beso más profundo, más lento, de los que borran el mundo un rato.

Hasta que Cadence, siempre práctica incluso en los momentos más dulces, carraspea y se aparta un palmo.

—Vale, suficiente romanticismo mañanero. Me muero de hambre. Voy a por algo de desayunar antes de que me dé un bajón de azúcar y te coma a ti. No sería muy prudente hacerlo con Diego por aquí.

Mackenzie se ríe y se levanta de un salto.

—Ni de coña vas sola. Me voy contigo. —Y cuando Cadence la mira, Mackenzie levanta las manos—. Tranquila, que nadie va a reconocerme.

Cadence arquea una ceja, divertida.

—Esto tendré que verlo.

Mackenzie desaparece por el pasillo y registra el armario del segundo cuarto —donde dejaron las maletas— como si fuera una misión de alto riesgo. Cinco minutos después reaparece en el salón convertida en una versión deportivamente desastrosa de sí misma: mallas negras ajustadísimas que seguramente eran de alguna ex de Diego (porque le quedan como un guante), una sudadera gris gigantesca que le llega casi a las rodillas, sus zapatillas blancas y caras —tampoco va dar un giro completo al estilismo— y, el remate final, una gorra negra puesta hasta las cejas con el logo de un equipo de béisbol. Mackenzie se ha recogido el pelo en una coleta baja y deshecha que asoma por detrás.

Se planta en medio del salón, abre los brazos y da una vuelta teatral.

—¡Tachán! ¿Qué tal?

Cadence se queda mirándola con la boca entreabierta y, acto seguido, estalla en una carcajada tan fuerte que hasta Diego aparece en la puerta del dormitorio, en calzoncillos y con pelo de loco.

—¿Qué demonios...? —empieza él, pero al ver a Mackenzie se le escapa la risa también—. Madre mía. Pareces la típica tía que sale a correr para olvidar que anoche ligó con su ex.

—¡Oye, que tampoco está nada mal! —protesta ella, fingiendo ofenderse—. Además, la sudadera es vintage. De los noventa, mínimo. Sé reconocer una buena prenda.

Cadence se acerca, todavía riéndose, y le ajusta la gorra con un gesto tierno.

—Estás ridícula para ser tú —susurra, muy cerca de su oído—. Y me encanta.

Diego levanta las manos en señal de rendición.

—Vale, vale, yo no he visto nada.

Cadence coge las llaves del coche de alquiler y le hace un gesto a Diego antes de abrir la puerta.

—Descarga todo lo de Nicole y Marcus. Mensajes, metadatos, ubicaciones, transferencias... Quiero hasta la marca del café que se tomaron el día que decidieron joder la vida de Mackenzie.

Diego le hace el saludo militar, todavía en calzoncillos.

—A sus órdenes, mi capitana. Marchando un informe detalladito para cuando volváis con los cruasanes.

Cadence pone los ojos en blanco, pero sonrío.

—Y ponte unos pantalones, hombre, que esto ya parece un capítulo de Friends.

Salen al rellano y bajan las escaleras en silencio. Afuera, Nueva York amanece con ese frío húmedo que se mete en los huesos, pero a Mackenzie no le importa. Por primera vez en meses, nadie la mira. Nadie saca el móvil. Nadie susurra frente a ella. Es solo una chica con chándal y gorra que camina al lado de otra chica que lleva botas militares y cara de mala leche.

Se detienen frente a un escaparate de una tienda de deportes cerrada. Mackenzie se mira en el cristal: sudadera enorme, mallas, gorra... y sonríe como una idiota.

—Mira —susurra hacia Cadence—. Soy... normal.

Cadence se coloca detrás de ella, le rodea la cintura con los brazos y apoya la barbilla en su hombro.

—Eres muchas cosas, Mackenzie Sutton —le dice al reflejo—. Pero normal nunca ha sido una de ellas. Y menos con esas pintas.

Mackenzie se ríe y le da un codazo.

—Oye, que me ha costado un máster encontrar esta sudadera. Es arte urbano.

—Arte urbano del mercadillo de Diego, querrás decir.

Las dos se echan a reír y sigue caminando, más despacio ahora, disfrutando de esa burbuja extraña que es poder pasear sin que nadie sepa quiénes son. Pasan por delante de un kiosco donde un señor mayor lee el periódico con tranquilidad. El titular principal sigue siendo ella, pero el hombre ni levanta la vista.

—¿Crees que esto va a salir bien? —pregunta Mackenzie de pronto, bajando la voz, aunque no hay nadie cerca.

Cadence se para, la coge de las dos manos y la mira a los ojos.

—Escúchame. Lo que te han hecho es una conspiración en toda regla. Cuando saquemos a la luz lo que tenemos, tu nombre quedará más limpio que nunca. Y Marcus... Marcus va a desear no haber nacido.

Mackenzie traga saliva.

—Es que... mi padre. No sé si será capaz de creerme. Lleva años confiando en él.

Cadence le acaricia los nudillos con los pulgares.

—Tu padre te quiere, por mucho que no lo demuestre abiertamente. Y cuando vea las pruebas, no le va a quedar otra. Además, pasado mañana tiene esa reunión con el consejo, ¿no? Pues ahí estaremos nosotras. Con todo el arsenal.

Mackenzie asiente, pero aún hay miedo en sus ojos.

—Y si no funciona... ¿qué?

Cadence sonr e, y la seguridad que muestra, deja a Mackenzie paralizada.

—Entonces improvisaremos. Ahora, somos t  y yo contra el mundo,  recuerdas?

Mackenzie siente que el nudo dentro de su pecho se afloja. Se pone de puntillas y la besa en mitad de la acera, sin importarle qui n pueda verlas. Un beso corto, pero lleno de promesas.

—Contra el mundo entero si hace falta —susurra contra los labios de Cadence

Siguen andando. Pasan por un parque peque o donde unos abuelos juegan a la petanca y un par de runners las adelantan sin mirarlas dos veces. Mackenzie se detiene junto a un banco y se sienta un segundo, solo para respirar.

— Sabes qu  es lo m s raro? —dice, mirando al cielo gris—. Que me siento... libre. Con estas pintas horribles y huyendo de medio pa s, pero libre.

Cadence se sienta a su lado, estira las piernas y le pasa un brazo por los hombros.

—Pues acostúmbrate, porque si me dejas, pienso darte muchas mañanas así. Con chándal o sin él.

Mackenzie apoya la cabeza en su hombro.

—¿Aunque tenga que seguir disfrazándome de estudiante?

—Sobre todo si sigues disfrazándote de estudiante —responde Cadence, riéndose—. Eres lo más adorablemente ridículo que he visto nunca.

—¡Oye!

—Lo digo con amor —se defiende Cadence, levantando las manos—. Nunca pensé que la fría Mackenzie Sutton fuera a caerme tan bien.

Le guiña el ojo, Mackenzie la observa un rato, y después la besa.

Se quedan allí un rato más, viendo cómo la ciudad despierta de verdad. Los repartidores descargan cajas, los bares suben las persianas, el olor a café recién hecho empieza a flotar en el aire. Mackenzie cierra los ojos un segundo y piensa que, pase lo que pase en los próximos días, este momento ya nadie se lo va a quitar.

—Venga —dice al fin Cadence, levantándose y tendiéndole la mano—. Que, si no llegamos pronto, Diego se va a desesperar y luego nos tocará escucharle quejarse porque que tiene hambre.

Mackenzie coge su mano y se deja arrastrar, riéndose.

—Con tal de que traigamos chocolate y cruasanes, creo que hasta me perdonará el robo de sudadera.

Capítulo 26

Mackenzie permanece inmóvil frente al espejo de cuerpo entero del dormitorio principal de su piso, como si necesitara confirmar que la mujer que le devuelve la mirada es realmente ella. El vestido gris perla, de lana fría y corte impecable, se ajusta a su figura con una precisión que roza lo intimidatorio; la chaqueta entallada, con solapas estrechas y botones ocultos, acentúa la línea de la cintura y le confiere esa autoridad que siempre asociaba a las fotografías antiguas de su madre. Se pasa las manos por los costados, alisa una arruga inexistente y siente cómo la tela pesada le recuerda que hoy no va de víctima. Hoy va de verdugo.

Sobre la cómoda de caoba descansa el maletín negro, cerrado con dos cierres metálicos que brillan como ojos acusadores. Dentro están las copias impresas por Diego a las cinco y cuarto de la madrugada, la memoria USB y el informe complementario de cuarenta y siete páginas que resume meses de traición. Mackenzie roza la superficie fría del maletín con las yemas de los dedos y nota cómo el estómago se le contrae en un espasmo breve pero intenso. No es miedo en estado puro;

es la conciencia absoluta de que, en cuanto cruce el umbral de la sala de juntas, la Mackenzie de antes quedará enterrada para siempre.

Se maquilla con calma. Elige la base ligera, el eyeliner negro que alarga su mirada hasta volverla afilada y, por último, el pintalabios rojo oscuro que solía llevar su madre —según le contó su padre alguna vez—. Se lo aplica en dos pasadas precisas, presiona los labios contra un pañuelo y se mira a los ojos en el espejo. El rojo le endurece los rasgos y, al mismo tiempo, le devuelve algo que había extraviado semanas atrás: la certeza de que pertenece a ese sitio, por mucho que hayan intentado quitárselo.

«Hoy no voy a suplicar a nadie», piensa mientras se coloca los pendientes de perlas pequeñas. «Voy a cobrar mis putas deudas».

Sale del dormitorio y el taconeo contra la tarima de roble suena como un cuenta atrás. En el salón, Cadence está de espaldas, contemplando la ciudad a través de los ventanales de suelo a techo. La luz cruda de la mañana neoyorquina le dibuja el contorno de los hombros y el nacimiento tirante de la coleta. Lleva la camisa blanca impecable, remetida dentro del pantalón negro, y la americana colgada del respaldo del sofá como si estuviera lista para entrar en combate.

Cadence se gira al oír los pasos y, por un segundo, se queda literalmente sin aliento.

—Joder, Mackenzie... —musita, y la voz le sale casi en un gruñido—. Si no tuviéramos que ir a esa reunión ahora mismo, te arrancaba el vestido.

Mackenzie arquea una ceja y avanza despacio, consciente de cada centímetro que recorre, disfrutando del modo en que los ojos de Cadence la recorren de arriba abajo sin disimulo alguno.

—¿Tan mal me queda? —pregunta Mackenzie con fingida inocencia, deteniéndose a apenas un palmo de distancia.

—Mal no es la palabra —responde Cadence, y su mirada se oscurece—. La palabra es ilegal. O pecado. O las dos cosas.

Mackenzie sonríe, le coloca la mano en el pecho y nota cómo el corazón le late fuerte y rápido bajo la palma.

—Guarda esa energía —susurra, rozándole los labios con los suyos sin llegar a besarla del todo—. La vas a necesitar para no partirle la cara a Marcus cuando empiece a balbucear excusas.

Cadence le coge la muñeca con suavidad y se lleva los nudillos a la boca para besarlos uno a uno.

—Tranquila, seré lo más profesional posible —murmura contra su piel—. Pero esta noche te cobro intereses. Con recargo.

Un carraspeo discreto pero firme interrumpe la escena. Tom espera en el umbral del salón.

—El coche está abajo, señoritas —anuncia con su habitual neutralidad—. Y el tráfico en la Sesenta y dos empieza a ser un infierno.

Bajan en el ascensor privado en silencio. Cadence no le suelta la mano a Mackenzie ni un segundo; entrelaza los dedos con los suyos y aprieta de vez en cuando, como si quisiera recordarle que está ahí, que no va a soltarla nunca más. Mackenzie observa los números descendiendo en la pantalla digital y siente que cada planta es un año que se quita de encima, una losa menos sobre los hombros.

El trayecto hasta el edificio de Sutton Global transcurre en una calma tensa pero extrañamente reconfortante. Mackenzie contempla la ciudad a través del cristal tintado: los taxis amarillos que se abren paso a bocinazos, los corredores que trotan junto al parque con auriculares. Nadie sabe lo que está a punto de ocurrir veinte pisos más arriba. El anonimato momentáneo le permite ordenar la respiración.

Cadence le acaricia el dorso de la mano con el pulgar en círculos lentos.

Cuando el Mercedes se detiene frente al edificio acristalado de la calle Cincuenta y siete, Mackenzie siente que el corazón le golpea las costillas con fuerza. Coge el maletín, respira hondo y baja del coche. El aire helado le azota las mejillas y le despeja la mente. Cadence camina a su lado, un paso atrás. Tom se queda junto al vehículo, vigilando la calle con esa discreción que lleva perfeccionando años.

En la recepción, Emily levanta la vista del ordenador y se queda petrificada. El bolígrafo se le cae de la mano y rueda por el mostrador.

—Señorita Sutton... —balbucea la joven—. Yo... nadie me había avisado de que...

Mackenzie le dedica una sonrisa serena y se acerca al mostrador.

—Precisamente por eso estoy aquí, Emily. Necesito que sigan sin saberlo un rato más. ¿Puedes hacer eso por mí?

La asistente asiente tan rápido que parece que la cabeza va a salirse del cuello.

—Claro, claro. Lo que necesite.

—Perfecto —responde Mackenzie, y le roza el brazo con cariño—. Luego te cuento.

En el ascensor privado, Mackenzie se mira en el espejo metálico de la pared. Cadence se coloca detrás de ella y le ajusta el cuello de la

chaqueta con un gesto casi reverente.

—Estás impresionante —susurra junto a su oído—. Y vas a destrozarle.

Mackenzie le coge la mano por encima del hombro y la aprieta.

—Vamos a destrozarlo —corrige en voz baja.

Las puertas se abren en la planta veinticinco. El pasillo parece interminable, más largo que nunca. Mackenzie avanza sin vacilar, con Cadence a su izquierda y el maletín en la mano derecha. Cuando llega a las puertas dobles de la sala de juntas, respira una última vez, coloca la mano en la manilla y empuja con decisión.

El estruendo de las puertas al abrirse corta todas las conversaciones de golpe.

Veinte cabezas se giran al unísono. Veinte pares de ojos la atraviesan como si acabara de materializarse de la nada. Charles Sutton se pone en pie de un salto, rojo de ira contenida.

—¿Se puede saber qué demonios haces aquí, Mackenzie? —brama, y la voz retumba en la sala de techos altos—. ¡Te dije expresamente que te mantuvieras alejada hasta que el escándalo se disipara!

Ella no contesta de inmediato. Avanza hasta el centro de la mesa ovalada de nogal macizo, deja el maletín con un golpe seco que hace temblar las copas de agua y abre los cierres metálicos con calma deliberada.

—Un escándalo que alguien se ha encargado de alimentar adrede, papá —responde Mackenzie con voz cortante—. Y hoy voy a demostrar quién ha estado moviendo los hilos.

Marcus se levanta lentamente, con esa sonrisa de tiburón que lleva perfeccionando desde que ella era adolescente.

—Mackenzie, por favor —dice con un tono paternalista que le revuelve el estómago—. Estás nerviosa, alterada. Esto no es sitio para escenas familiares. Te dije que debías tener paciencia.

Ella le corta en seco sin siquiera alzar la voz.

—¿Alterada? No, Marcus. Estoy más lúcida que nunca.

Abre el maletín, saca el dossier encuadernado en negro y lo desliza por la superficie pulida hasta colocarlo frente a su padre. Después levanta la memoria USB entre los dedos.

—Aquí están los mensajes que ha estado intercambiando con Nicole durante los últimos ocho meses. Fechas exactas, horas, geolocalización. Las transferencias a cuentas opacas. Las instrucciones

precisas para filtrar las fotografías en el momento de máximo daño reputacional, junto a todo lo demás.

Un murmullo bajo recorre la sala como una corriente eléctrica. Charles coge el dossier con manos que tiemblan ligeramente y empieza a pasar las páginas. Su rostro va perdiendo color a medida que lee, como si le estuvieran extrayendo la sangre gota a gota.

Marcus intenta reír, pero le sale un sonido estrangulado.

—Esto es ridículo. Son falsificaciones evidentes. Cualquier perito...

—¿Falsificaciones? —le interrumpe Mackenzie con una calma gélida que helaría el mismísimo Hudson—. ¿Como las que utilizaste para manipular las cuentas de la filial de Singapur el año pasado? ¿O las que preparaste para que yo estuviera en el ojo del huracán mediático?

Se gira hacia el proyector, introduce la memoria USB en el puerto lateral y pulsa el mando. La pantalla gigante se ilumina con la primera diapositiva: un mensaje de Marcus a Nicole, fechado tres días antes de que estallara todo.

«Cuando Charles vea las fotos, me suplicará que arregle el desastre. Y entonces le presentaré mi propuesta. Prepárate, cariño. Vamos a ser intocables.»

Otro mensaje. Y otro. Capturas de correos electrónicos. Transferencias bancarias. Grabaciones de voz manipuladas. Llamadas registradas con hora y duración. Todo encaja con una precisión demoledora.

Marcus palidece hasta el punto de parecer translúcido. Intenta hablar, pero la voz se le atasca en la garganta.

Charles levanta la vista del dossier. Sus ojos están vidriosos.

—¿Esto es verdad? —pregunta, mirando a Marcus como si lo viera por primera vez—. ¿Todo esto... es verdad?

Marcus abre la boca, pero no sale nada coherente. Se gira hacia la puerta con un movimiento brusco, buscando una salida que ya no existe.

Cadence se interpone en dos zancadas largas, le agarra del brazo con firmeza y lo empuja contra la pared con una tranquilidad aterradora.

—¿Adónde crees que vas, campeón? —susurra muy cerca de su cara—. Siéntate. La función acaba de empezar.

Charles se deja caer en su sillón de cuero como si le hubieran quitado diez años de vida de golpe. Mira a su hija con una expresión que Mackenzie no le había visto nunca.

—Mackenzie... yo... no tenía ni idea...

Ella se acerca, se agacha para quedar a su altura y le habla, sin rastro de la niña que solía suplicar aprobación.

—Papá. Me dejaste sola en medio de la tormenta. Pero hoy no he venido a pedirte perdón ni a lloriquear. He venido a darte la oportunidad de arreglarlo. Y esta es la única que vas a tener.

Un silencio sepulcral se adueña de la sala. Los miembros del consejo se miran entre sí, algunos con miedo, otros con una fascinación casi morbosa.

Charles traga saliva con dificultad.

—¿Qué necesitas que haga?

Mackenzie se incorpora, se gira hacia la mesa y habla con voz clara y rotunda.

—Primero, Marcus quedará suspendido de empleo y sueldo con efecto inmediato. Seguridad lo sacará del edificio en cuanto terminemos aquí y se le retirarán todas las credenciales de acceso. Segundo, se abrirá una auditoría interna completa e independiente de todas las operaciones que ha supervisado en los últimos cinco años, con acceso total a sus cuentas personales y corporativas. Tercero, se convocará una

rueda de prensa esta misma tarde, a las cuatro en punto, para anunciar públicamente que he sido víctima de una campaña de difamación orquestada y que la empresa tomará medidas drásticas contra los responsables.

Hace una pausa, mira a su padre directamente a los ojos y remata:

—Y cuarto... quiero ser tu socia directa, no solo tu heredera. Quiero el control, con voz y voto. A partir de hoy mismo.

Charles parpadea, atónito, como si le hubieran hablado en otro idioma.

Conrad Hamilton, el consejero más veterano y accionista desde antes de que ella naciera, carraspea y levanta la mano con lentitud.

—Señorita Sutton... lo que acaba de presentar es, sencillamente, abrumador. Yo, personalmente, apoyo todas y cada una de las medidas propuestas.

Otro asiente. Y otro. En menos de un minuto, la votación es unánime y se levanta acta en el momento.

Marcus, que hasta entonces había permanecido inmóvil junto a la pared, estalla en un grito histérico:

—¡Esto sí es una conspiración! ¡Demandaré a todos y cada uno de vosotros! ¡Tengo pruebas contra todos!

Cadence le tapa la boca con una mano y lo arrastra hacia la puerta mientras dos guardias de seguridad uniformados entran y se lo llevan casi en volandas. La puerta se cierra tras ellos con un golpe seco.

Cuando el silencio vuelve a la sala, Charles se levanta, rodea la mesa con paso inseguro y se detiene frente a su hija. Por primera vez en mucho tiempo, parece hasta vulnerable.

—Mackenzie... —empieza—. Lo siento. Siento haberte fallado tan estrepitosamente. Siento haber creído a esa... a esa hija de puta antes que a ti.

Ella lo mira un segundo largo, sin decir nada. Luego, muy despacio, abre los brazos y lo abraza con fuerza. Charles se agarra a ella como si temiera que fuera a desaparecer, y Mackenzie nota cómo tiembla contra su hombro.

—No pasa nada, papá —susurra contra la solapa de su traje—. Ya está. Ahora lo arreglamos juntos. De verdad.

Cadence se queda un poco aparte, con las manos en los bolsillos y una sonrisa orgullosa que no puede disimular. Cuando Mackenzie se separa de su padre y la mira, le guiña un ojo con disimulo.

«Te lo dije», articulan los labios de Cadence sin emitir sonido.

Mackenzie sonríe de verdad por primera vez en meses, una sonrisa amplia, limpia, liberadora.

El mundo de Sutton Global acaba de dar un vuelco histórico.

Y ella, por fin, va a estar en el lugar que merece.

Capítulo 27

La luz de los focos se derrama sobre la alfombra roja como un amanecer artificial, cálido, casi cegador. Cadence observa desde su posición, a apenas unos metros de la barrera de fotógrafos, cómo Mackenzie avanza con esa seguridad que ha ido recuperando semana tras semana. El vestido negro, ceñido y con un brillo sutil que evoca la superficie de un lago bajo la luna, le marca la silueta con una elegancia que obliga a las cabezas a girarse a su paso. Cadence intenta repetirse que está trabajando, pero la excusa suena hueca incluso en su propia mente. Sobre todo, cuando Mackenzie la busca con la mirada cada pocos minutos. No cuando la sola presencia de la empresaria la desarma de un modo que ni los años en el ejército ni las misiones de protección a altos cargos la prepararon.

Los periodistas la rodean con esa mezcla voraz de curiosidad y hambre de titular que siempre pone en alerta a Cadence. Los flashes estallan como ráfagas cortas y el murmullo de preguntas se entremezcla con la música ambiental de la gala. Aun así, Mackenzie mantiene una calma absoluta. Mackenzie ha peleado demasiado para

volver a este lugar, para reconstruir, pieza a pieza, lo que otros intentaron destrozar.

—¿Algún comentario sobre la investigación abierta, señora Sutton? —pregunta un reportero alzando la voz por encima del resto.

Mackenzie ni parpadea; su sonrisa resulta tan perfecta como educada.

—Esta noche estoy aquí para celebrar la innovación y el futuro de las empresas que realmente cambian el mundo —responde ella con naturalidad—. Sutton Global lidera nuestro sector, y eso es lo que me apasiona compartir de esta velada.

Cadence escucha y se maravilla, como siempre, de la facilidad con que maneja esas frases. Las conoce de memoria porque Mackenzie se las ha explicado tantas noches, sentada en el sofá con una copa de vino y el pelo recogido, cuando el cansancio le pesaba en los hombros y aun así necesitaba ordenar sus pensamientos en voz alta, con Cadence como único público. Mackenzie habla con firmeza, pero sin rigidez; con esa precisión que avisa, sin necesidad de alzar la voz, que no va a ceder ni un milímetro en temas que ha decidido dejar atrás.

Cadence se sorprende sonriendo como una idiota. No la sonrisa discreta y profesional que reserva para los clientes, sino una de oreja a

oreja que calienta las mejillas y delata todo lo que intenta guardar bajo llave. Es absurdo, lo sabe, pero también imparable. Ver a Mackenzie así —poderosa, radiante— despierta en ella un orgullo tan hondo que se expande por todo su cuerpo.

—Se la ve muy bien acompañada esta noche —comenta una periodista con retintín, alzando una ceja hacia la zona donde está Cadence.

Mackenzie ladea la cabeza y su sonrisa se vuelve traviesa, casi juguetona.

—Pues sí —contesta sin dudar—. Y no saben cuánto me alegro de que sea así.

La frase cae ligera, pero Cadence sabe perfectamente que cómo lo ha dicho no es casual. Mackenzie nunca deja nada al azar, y menos cuando se trata de marcar territorio. Algunas cabezas se giran hacia ella con curiosidad descarada. Cadence da un paso atrás de forma automática, se funde con la sombra de una columna, lo bastante cerca para intervenir si hace falta, lo bastante lejos para que ninguna foto las capture juntas y desate especulaciones. Aunque, siendo sincera consigo misma, ya es tarde para fingir neutralidad. El instinto profesional sigue ahí, grabado a fuego, pero ya no manda.

En ese momento, el móvil de Cadence vibra en el bolsillo interior de la americana. Lo saca con disimulo y ve el nombre de Elena en la pantalla. El corazón le da un vuelco breve.

«Gracias por todo, hermanita.»

Solo eso. Cuatro palabras. Y, sin embargo, Cadence siente que algo se afloja dentro de su pecho, como si hubiera estado conteniendo el aire sin darse cuenta. Se queda mirando la pantalla más tiempo del necesario. Sabe exactamente a qué se refiere: los pagos llegan puntuales, Elena puede continuar el tratamiento largo y caro que necesita. Y nada de eso sería posible sin este trabajo estable, sin la confianza ciega que Mackenzie ha depositado en ella.

Cadence guarda el teléfono despacio, como si quisiera alargar el instante. A veces todavía le cuesta creer que pueda pertenecer a algo, que no tenga que seguir siendo la que pasa de contrato en contrato, la que nunca echa raíces. Se acostumbró demasiado a no pedir, a no necesitar, a no quedarse. Pero ahora hay una mujer que la mira como si la hubiera estado esperando toda la vida. Y una hermana que respira tranquila porque, por primera vez, Cadence tiene algo firme entre las manos.

Cuando levanta la vista de nuevo, Mackenzie ya se despide de los fotógrafos con un gesto elegante de la mano. Camina hacia la entrada principal y, justo antes de desaparecer tras las puertas de cristal, gira apenas la cabeza y la encuentra. El gesto es mínimo, casi imperceptible para cualquiera que no lo busque. Pero Cadence sí lo busca. Y el calor que ya llevaba en el pecho se expande hasta las puntas de los dedos.

Mackenzie piensa en ella. Quiere que la siga. Y Cadence no encuentra ninguna razón en el mundo para quedarse quieta.

El salón principal está bañado en luz dorada que cae de enormes lámparas circulares suspendidas del techo como soles domésticos. Suena música suave, conversaciones en tono bajo, copas que tintinean, risas contenidas. Cadence avanza entre la gente con el paso firme que no consigue quitarse cuando está de servicio, pero sus ojos solo buscan un punto concreto entre tanto traje caro y vestido de alta costura.

Encuentra a Mackenzie al fondo, junto a una mesa alta de cristal, con una copa entre los dedos y esa postura relajada que avisa que ya ha dejado atrás la corbata empresarial y ha entrado en terreno mucho más peligroso. Cadence se acerca manteniendo la distancia de rigor hasta que los ojos de Mackenzie se alzan y chocan con los suyos.

Y ahí se rompe todo.

Las pupilas de Mackenzie brillan con una intensidad que casi quema. No hay dudas, ni barreras, ni rastro de aquella mujer que hace semanas saltaba ante cualquier sombra. Solo hay deseo, abierto, sin filtros, deslizándose entre ellas como una corriente eléctrica que obliga a Cadence a apretar los dientes para no delatarse ahí mismo.

—Pensé que te había tragado la prensa —dice Mackenzie con esa voz baja y ronca que solo usa cuando están solas... o cuando desea estarlo.

—Solo cumplía con mi trabajo —contesta Cadence, aunque la sonrisa que intenta mantener profesional se le estira como un chicle.

Mackenzie da un paso hacia ella. El cuerpo de Cadence reacciona antes de que el cerebro dé permiso: acorta la distancia sin darse cuenta.

—Me encanta que sigas siendo mi guardaespaldas oficial —susurra Mackenzie, lo bastante bajo para que nadie más oiga—. Sé que no eres de las que se quedan quietas en un sitio. Siempre has vivido de aquí para allá, sin ataduras... —hace una pausa, exhala despacio, y su mirada la recorre entera— ...pero no te imaginas lo mucho que me gusta tenerte cerca. Todo el tiempo. A todas horas.

Cadence debería responder con prudencia, levantar algún muro, aunque solo sea por costumbre. Pero ya no tiene muros con ella. Ni uno.

—No pude resistirme —admite en voz baja—. Y, la verdad, tampoco quise.

La sonrisa de Mackenzie se ensancha, lenta, peligrosa, cargada de promesas que recorren la columna vertebral de Cadence.

—Menos mal —susurra Mackenzie—. Porque yo tampoco he querido resistirme a ti ni un solo día desde que te vi aparecer con esa cara de mala leche.

Cadence se ríe breve, casi nerviosa. Mackenzie aprovecha para acercarse otro paso. Ya casi se rozan.

—Y menos aún quiero seguir fingiendo que solo eres «la de seguridad» —continúa Mackenzie, y su voz baja otro tono, se vuelve terciopelo—. Me vuelve loca verte ahí, de pie, con ese traje que te queda criminal y esa cara de «no me toquéis» mientras yo solo pienso en arrancártelo todo.

El pulso de Cadence se dispara. Lo nota en la garganta, en las sienes, en la boca del estómago. Intenta mantener la compostura, pero resulta imposible.

—¿Aquí? —pregunta, alzando una ceja—. ¿Delante de medio Manhattan?

—Aquí no —contesta Mackenzie, y sus dedos rozan disimuladamente el dorso de la mano de Cadence—. Pero ya. Ahora. Antes de que me dé un ataque y te bese delante de todos estos estirados.

Entonces Mackenzie le coge la mano. Sin disimulo, sin dudas. Entrelaza sus dedos con los de Cadence con una seguridad que le corta la respiración. Su piel está caliente y el gesto es tan firme que el salón entero se difumina.

—Vámonos —ordena en un susurro cómplice—. Sé exactamente cómo podemos divertirnos mucho más... y sin público.

El corazón de Cadence late tan fuerte que casi lo oye. No es solo deseo físico —aunque está ahí, latiendo, exigiendo—, es también la certeza de que ya no hay marcha atrás y de que ninguna de las dos quiere que la haya.

—Tú mandas, jefa —responde Cadence conteniendo una risa.

Mackenzie tira de ella con suavidad, pero decidida, guiándola hacia una salida lateral que pocos usan. Mientras avanzan entre la gente, Cadence nota algunas miradas curiosas posándose en sus manos unidas, pero le da exactamente igual. Que miren. Que hablen. Que saquen las fotos que quieran. Ya no hay nada que esconder.

La puerta se cierra tras ellas. El pasillo está en penumbra, solo luces indirectas que bañan las paredes en ámbar. Mackenzie se detiene, gira a Cadence hacia ella sin soltar su mano y la mira como si quisiera grabarla a fuego.

—Cadence... —susurra, y su nombre en los labios de Mackenzie sigue sonando increíble.

Ninguna sabe quién se mueve primero. Puede que las dos a la vez. De pronto están pegadas, tan cerca que Cadence siente el aliento de Mackenzie en su boca.

—Dime que tú también lo quieres —pide Cadence, porque aunque lo sabe, necesita oírlo—. Dímelo claro.

Los ojos de Mackenzie se oscurecen, se vuelven líquidos.

—Lo quiero desde la primera vez que me miraste como si pudieras leerme el alma —confiesa en un hilo de voz—. Lo quiero tanto que a veces me da miedo lo que soy capaz de hacer por tenerte.

No hace falta más.

Se besan. Profundo, sin prisas ni contemplaciones, como si llevaran meses conteniéndolo y ya no quedara ni una gota de paciencia. La mano de Mackenzie sube a la nuca de Cadence y la atrae más fuerte; la de Cadence se queda en la cintura de Mackenzie y la pega a ella hasta

que no queda ni aire entre sus cuerpos. Cadence saborea el vino en sus labios, el calor de su lengua, el leve temblor que Mackenzie intenta disimular y que la enciende aún más.

Cuando se separan lo justo para respirar, Mackenzie apoya su frente contra la de Cadence. Su aliento le acaricia la boca, caliente y entrecortado.

—No pares —susurra—. Por favor, no pares nunca.

—No pienso parar —promete Cadence.

Mackenzie sonríe contra sus labios, esa sonrisa traviesa y peligrosa.

—Entonces llévame a casa —murmura—. O a cualquier sitio donde pueda demostrarte cuánto he estado esperando este momento.

Cadence asiente, todavía aturdida por su sabor.

Y la sigue.

Porque esta vez no es Cadence la que protege los pasos de Mackenzie. Es Mackenzie la que la lleva de la mano hacia un lugar donde ya no hay títulos, ni contratos, ni distancias.

Solo ellas dos.

Y por primera vez en mucho, mucho tiempo, Cadence no tiene ninguna intención de soltarla.

Agradecimientos

Mi primer agradecimiento es para quienes creen en los romances que nacen en los lugares más inesperados, para quienes defienden que el amor entre mujeres merece ocupar espacios amplios, visibles y llenos de dignidad. Gracias por abrir las páginas con la mente despierta y el corazón dispuesto.

A mi familia y amistades, por su paciencia infinita y por recordarme, incluso en los días más complejos, que las historias encuentran su ritmo, aunque el camino parezca durísimo. Gracias por escuchar ideas, dudas, escenas sueltas y monólogos interminables sin perder la sonrisa. Vuestro apoyo silencioso ha sido un faro constante cuando el proceso creativo parecía desordenado o inabarcable.

Y, por supuesto, gracias a quienes han acompañado a Mackenzie y Cadence entre tormentas de nieve, silencios tensos, cicatrices invisibles y descubrimientos inesperados. Espero que su viaje os haya emocionado, reconfortado o inspirado, aunque sea un instante. Que su historia os recuerde que el amor no siempre llega en línea recta, pero casi siempre encuentra un modo de abrirse paso.